



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE PSICOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL

AMOR Y JUVENTUDES: Una mirada psicosocial a los imaginarios y las prácticas amorosas de jóvenes de contexto urbano en el marco de la Industria Cultural.

(Trabajo especial para optar al título de licenciada en Psicología)

Tutor:
José Félix Salazar

Autora:
Ghesiree Hernández

Caracas, Octubre 2014

¿Quién tiene razón?
¿Quién está errado?
¿Quién no habrá dudado de su corazón?
Jorge Drexler.

AGRADECIMIENTOS

A la opción de Psicología Social por alentarnos a construir una mirada crítica sobre el mundo y sobre nosotros mismos.

De corazón infinitamente agradecida con mi tutor José Félix y a todos aquellos que con sus aportes, reflexiones, participación y paciencia hicieron posible esta investigación.

AMOR Y JUVENTUDES: Una mirada psicosocial a los imaginarios y las prácticas amorosas de jóvenes de contexto urbano en el marco de la Industria Cultural.

Ghesiree Hernández

ghesireehernandez@gmail.com

Universidad Central de Venezuela

Escuela de Psicología

Resumen

Un sistema de desvinculos se forja en las nuevas condiciones del capitalismo flexible. La modalidad de afiliación social encarnada en la pareja se ha convertido en una utopía colectiva diseñada y transmitida por las distintas instancias de socialización y regulación de la vida pública; desde ellas se difunden modelos de relación basados en estereotipos de género y clase, siendo los jóvenes el target fundamental. Desde el feminismo el amor ha sido estudiado históricamente en relación con la mujer; rompiendo con esta unidad monolítica, nos hemos propuesto construir una aproximación psicosocial a los imaginarios y prácticas amorosas de un grupo de jóvenes varones en el marco de los discursos de la industria musical del pop. Para ello fueron entrevistados 15 participantes; con elementos del análisis crítico del discurso y la hermenéutica se examinó una selección de canciones basada en los rankings de popularidad. Encontramos que el modelo de amor romántico priva en estos productos y se correlaciona directamente con los imaginarios del amor que manejan los jóvenes de este estudio. Y por supuesto sus propias vivencias se hallan cargadas de contradicciones y desajustes.

Palabras claves: amor, masculinidades, juventudes, consumo cultural, género, discursos.

Ciudad Universitaria de Caracas, *Patrimonio Cultural de la Humanidad*, Edif. Facultad de Humanidades y Educación. Correo electrónico: escueladepsicologiaucv@gmail.com. Teléfono: 58-2-605 2917 / 2918 Fax 605 2919

INDICE

Agradecimientos	iii
Resumen	iv
Índice	v
Introducción	8

CAPITULO I: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1.1. La intimidad pública	12
1.2. Juventud y Consumo Cultural	22
1.3. Justificación psicosocial	29
1.4. Objetivos	38
1.4.1. Objetivo general	38
1.4.2. Objetivos específicos	38

CAPITULO II: MARCO TEÓRICO

2.1. El vaivén de la modernidad	39
2.1.1. De paradojas y cantos de cisne	39
2.1.2. El discreto encanto de la posmodernidad	46
2.2. Aproximación histórica a las juventudes.	50
2.3. Consumo cultural: música pop.	56
2.4. Sobre el amor	59

2.4.1. El Amor Complemento: la unidad original. “Y es que sin ti todo se quedó por la mitad”.	60
2.4.2. Del Amor romántico o pasión. Rómpeme, mátame, pero no me ignores no, mi vida...	64
2.4.3. El Amor posmoderno o el “yo no sé mañana”.	70

CAPITULO III: MARCO METODOLÓGICO

3.1. Una mirada al socioconstruccionismo.	73
3.2. Tradiciones metodológicas.	74
3.3. Dispositivos de reconstrucción de datos	75
3.4. Guión de entrevistas	76
3.5. Selección de canciones	78
3.6. Participantes	79
3.7. Procedimiento metodológico	81
3.8. Consideraciones éticas	82

CAPITULO IV: PRESENTACIÓN Y DISCUSIÓN DE RESULTADOS

4.1. Cadencias del corazón.	84
4.1.1. Imaginarios en torno al amor y la pareja.	85
4.2. Es pues un enamorado el que habla y dice.	92
4.2.1. El horizonte amoroso.	92
4.2.2. La coreografía de la conquista: la danza de los roles.	95

4.2.3. El oscuro objeto del deseo: la elección amorosa.	105
4.2.4. Sobre el despecho.	107
4.2.5. El amor en la era de la industria cultural.	112
4.3. A modo de discusión.	118
CAPITULO V: CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES	122
CAPITULO VI: REFERENCIAS	125

INTRODUCCIÓN

Desde el siglo pasado nuestras sociedades han sido testigos de un conjunto de transformaciones sin precedentes. El cambio en el patrón de acumulación capitalista y la emergencia de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones han reconfigurado el universo material y simbólico de los individuos a un ritmo vertiginoso. En este marco los bienes de la industria cultural se han convertido en importantes agentes de socialización y subjetivación. Las poderosas plataformas de difusión del sentido que poseen las corporaciones del entretenimiento han situado en el eje de sus producciones el tema de los afectos y el mundo de lo íntimo.

Es evidente que esta irrupción del discurso emocional en el espacio público no es casual; el proceso de descolectivización y de sobreindividualización de la biografía se apalanca en el consumo como parte del proyecto normalizador. Para ello el mercado de los bienes culturales, en sus distintas expresiones, constituye la tribuna ideal para deslizar una escala de valores cónsona con el modelo civilizatorio consumista.

El inocuo entretenimiento al que recurrimos para disfrutar o pasar el tiempo en realidad se compone de nuevos dispositivos institucionales de regulación de la vida enmascarados en programas de televisión, el cine, las canciones, los sistemas de expertos, la autoayuda, etc. Progresivamente la búsqueda de la identidad, la diferenciación, el placer, la felicidad y las relaciones de pareja, en conjunto con la eterna juventud, el retrato sin tiempo o la utopía corporal al estilo de Dorian Grey, se han tornado en las necesidades más sentidas y anheladas que reflejan sus producciones.

En este contexto, la relación de pareja vivida individualmente como una experiencia compleja, irreductible, mágica, apasionante es envasada y vendida. Explotada, agraviada y desacralizada se torna en la única utopía colectiva legítima con la cual somos invitados continuamente a comprometernos. El amor y la felicidad personal gravitan en los mandatos del sentido común, ocultando, entre otras cosas, las asimetrías del poder en el sistema de clases y de género. Desde estas fábricas ideológicas se reparten creencias, valores, roles, imaginarios y modalidades que pretenden implementar concepciones universales y absolutas del vínculo afectivo.

Asimismo el discurso moralista que construye la juventud como un grupo influenciado por estos contenidos (dada la omnipresencia de los mismos y la presunta carencia de recursos para discernirlos que se le atribuye a los jóvenes) los ubica en una situación de vulnerabilidad, una condición de riesgo. Las fantasías del perfecto amor eterno conviven con la estimulación al goce genital mezquino y narcisista. Por ejemplo los sectores conservadores levantan sus banderas en contra de los contenidos sexuales y agresivos de esta industria (como en el caso del reggaetón o los videojuegos bélicos) quizás porque les echan en cara el tipo de sociedad que han contribuido a formar, mientras permanecen en absoluto silencio frente a las telenovelas, series, canciones y cuentos de hadas que justifican y validan estereotipos de género y desigualdades de clase. En esta diversidad moral que circula en el entorno local y global, el joven se convierte en un campo de batalla entre versiones engranadas y antagónicas que compiten por legitimidad, obligándoles a relacionarse o tomar posiciones ante ellas.

El escenario actual signado por las transformaciones tecnológicas y el florecimiento de vigorosas fuentes de subjetivación han contribuido en el reajuste del tejido social, en los patrones de relación, las expectativas y trayectorias. Dentro de este espectro, la música se posiciona en un lugar privilegiado en la vida cotidiana. La industria del pop capitaliza la constitución del universo sonoro para amalgamar constelaciones de sentido y difundirlas de forma naturalizada, y aunque evidentemente su alcance es enorme, el segmento sobre el cual opera con mayor fuerza es en la juventud.

Es por ello que en la presente investigación pretendemos abordar el tema del amor y las relaciones de pareja a partir de los relatos de un grupo de jóvenes, contrastando sus preocupaciones, experiencias y sueños con los imaginarios y significados que se desprenden desde los discursos de la música pop.

El amor. Juguetón ambiguo y polimorfo fraguado en peculiares indefiniciones, seductoras y catastróficas; tan cargado de promesas y amenazas como de fe y sospechas. Quizás el tema que nos ocupe en este estudio se trate más de su ausencia que de su afirmación, del simulacro producido por los discursos que sobre él versan y las formas en las cuales ha sido colonizado y disciplinado.

Partiendo de estas premisas, nuestro trabajo se estructuró en torno a cinco capítulos. En el primero discutimos el carácter público de nuestro mundo privado, una suerte de desmitificación de lo íntimo que se dibuja en forma monolítica y totalizante desde distintos campos de acción discursiva. Posteriormente presentamos la relación entre juventud y música, mostrando el papel que ésta desempeña en la socialización de los jóvenes y a su vez en la construcción y caracterización de los mismos. Al final del apartado se expone la justificación psicosocial y los objetivos de la investigación.

Las relaciones de pareja en las sociedades modernas descansaron sobre un conjunto de roles acoplados al modelo de producción y reproducción del capital. En el tránsito de la economía industrial al consumo, las instituciones y los roles que le dieron sentido a la organización amorosa del pasado fueron desajustándose quizás a un nivel más rápido del que hemos sido capaces de procesar. Por ello en la primera parte del segundo capítulo presentamos una mirada a dichas transformaciones económicas y sociales resaltando el impacto de estos cambios en los sujetos y sus relaciones. Seguidamente haremos un recorrido histórico por la categoría de juventud y su papel en el mercado de los bienes culturales, específicamente en el caso de la música pop. Finalmente agrupamos en tres categorías las teorizaciones que desde la academia dan cuenta sobre el amor.

En el capítulo III describiremos el procedimiento metodológico que siguió esta investigación. Se describe la tradición del Análisis Crítico del Discurso y la hermenéutica, los dispositivos de construcción de datos, los participantes y el proceso que acompañó la selección de las canciones que fueron examinadas.

Los resultados se exponen en el capítulo IV, el cual se organiza en dos partes. La primera es un repaso a los imaginarios que sostienen las canciones seleccionadas para este corpus así como el sistema de roles y valores que detentan; la segunda muestra la reconstrucción de los relatos de los jóvenes y su articulación con dichas concepciones. Por último se despliega una suerte de diálogo de nuestros resultados con otros trabajos y perspectivas que han abordado este tema.

Finalmente, en el capítulo V se disponen las conclusiones sobre la experiencia, así como las limitaciones encontradas y las recomendaciones para futuras investigaciones.

Desde que seleccionamos un tema y lo convertimos en problema de investigación nuestros propios valores, intereses y nociones entran en escena. Tal como propone Weber reconocer este primer acto subjetivo derrumba parte de los planteamientos objetivistas sobre los cuales se construyó el conocimiento científico moderno (Ricardi, 2011).

Por consiguiente, como investigadores, la relación de pareja se convierte en foco de análisis porque creemos que entre tanta promiscuidad informativa y referencial es urgente una pedagogía del amor, entendida no en los términos de la enseñanza tradicional, sino más bien desde un proceso de desaprendizaje que involucre una mirada crítica a nuestro entorno, a las prácticas culturales que reproducimos en su nombre y al sistema de roles y de producción que jerarquiza esta sociedad. Un aporte en la construcción de horizontes simbólicos y materiales en los cuales las diferencias no sean sinónimo de desigualdad ni las asimetrías de subordinación.

De igual forma este tema nos atraviesa porque entendemos que el sujeto y el objeto se hayan inexorablemente fundidos; porque sabemos que es imposible hablar del amor sin que se mezcle con lo más profundo de la propia vida; porque desde las barandas personales, el amor no tiene certezas; se parece más a una apuesta por lo inseguro, a un acto de valentía. Así, las concepciones siempre precarias, inciertas y temerosas producto de la propia inserción en un mundo complejo y avasallante, son las que funcionan de motor para esta búsqueda de sentido; un intento por encontrar respuestas o plantearse nuevas preguntas, comprender la alteridad y hasta extender el trabajo terapéutico en una forma tal vez poco convencional.

CAPÍTULO I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

*Porque gracias a vos he descubierto
(dirás ya era hora y con razón)
que el amor es una bahía linda y generosa
que se ilumina y se oscurece
según venga la vida
una bahía donde los barcos
llegan y se van
llegan con pájaros y augurios
y se van con sirenas y nubarrones.
Una bahía linda y generosa
donde los barcos llegan
y se van
pero vos
por favor
no te vayas.
Mario Benedetti.*

1.1. La intimidad pública.

¡Me enamoré! expresión cargada de sentimiento que da la bienvenida a lo incógnito; un reconocimiento del amor, que declarado, convierte al verbo en carne, transforma lo cotidiano en milagro y se torna presagio de dulzura y martirio; olores, imágenes, texturas, sabores, voces y melodías adquieren significados especiales al convocarnos frente a la persona amada. Esta explosión incipiente de afectos, irónicamente dramáticos, discurre entre pasajes de sueños y noches de pesadillas, entre certezas e incertidumbres... en fin, cuando se habla de amor ¿quién es capaz de agotar en palabras la exuberancia de su experiencia?

Desde luego los afectos no se restringen a lo apalabrado pero en todo caso partimos de las narraciones para su estudio. Las estructuras del sentir se constituyen en una esfera material, simbólica y relacional transmitida a través del lenguaje; estos códigos colectivos adquieren un carácter histórico y se enraízan en la cultura. El socioconstruccionismo concibe el lenguaje como posibilidad, es decir, aquello que trasciende la función expresiva o referencial y se ubica en una forma de acción mediante la cual construimos el mundo; en las primeras socializaciones ocurre el contacto con estructuras y categorías conceptuales propias de la cultura existente, durante el desarrollo de nuestra capacidad lingüística, y por medio de ella, obtenemos estos conceptos socialmente elaborados, abriendo la posibilidad de transformarlos (Burr, V. 1995).

El lenguaje goza entonces de un carácter privilegiado en la construcción de la realidad; por consiguiente si parte de nuestra configuración afectiva se transmite a través de éste es preciso entonces despojarlo de su concepción representacionista y entenderlo como una entidad viva, fundamentalmente, en forma de discursos. Según Fairclough (1997) el discurso es acción, está configurado socialmente y a su vez es constitutivo de lo social, modula la construcción de los imaginarios y significados que los usuarios del lenguaje dan del mundo y de su experiencia, interviene en la conformación de las identidades personales y condiciona las relaciones y expresiones de poder que se establecen entre ellas.

Sintonizado con esta visión paradigmática, Fernández (2000) argumenta que la afectividad no es un ente subjetivo o abstracto; tiene la misma materialidad que la ciudad y la cultura y puede ser ubicada en los mismos espacios que éstas. Sin embargo, su característica principal es que no es ninguna cosa en especial: es una forma, y en consecuencia carece de contenido que pueda ser representado fuera de sí misma:

“Una forma en general, como la de las nubes o la forma de hablar, no es una cáscara, una apariencia o un accidente, sino un modo de ser: las formas son el modo de ser de las cosas, pues bien, la forma de la afectividad es la sociedad (...) es en este sentido fundamental que la afectividad es colectiva, y así cualquier sentimiento, por reducido que sea, aunque sólo se trate de un leve sin sabor, solamente puede ser comprendido en referencia a algún modo de sociedad y de ciudad. La afectividad colectiva es una colectividad afectiva” (p. 42, 43).

En este marco público y relacional en el cual se estructuran los afectos, Fernández invita al juego con las palabras, a revolverlas, torcerlas, trastocarlas, convertirlas en un sinfín de analogías, pues de esta forma son reveladas en la cotidianidad, con sentidos propios y carentes de correspondencia con hecho alguno. Para el autor, parte del sentir pertenece al mundo de lo inefable, por consiguiente resultan comunes en los relatos amorosos los: “no sé cómo explicarlo”, “no encuentro las palabras” o “nada de lo que diga es suficiente para expresar lo que siento”. Los repertorios comunicacionales restringen la realidad puesto que “el universo de las situaciones y los sentimientos es mayor que el de los nombres (...) la

tarea de una psicología de la afectividad es descongelar y ampliar la nomenclatura existente” (p. 66. Fernández, 2000).

Naturalmente el mundo de lo íntimo no se reduce a su enunciación, pero podemos acceder a parte de éste a través de sus discursos; a este respecto Fernández (2000) señala:

“El discurso sobre el amor no se basa en el sentimiento, sino en otros discursos que hablan de otros y otros. Por eso la gente, cuando está enamorada o desenamorada, atiende a las historias que otros le cuentan al respecto, pide opiniones, lee novelas, recita 20 poemas de amor y una canción desesperada, oye tangos y boleros y otros tantos fragmentos de un discurso amoroso”. (p. 22)

En efecto, esta también es una construcción discursiva y se enmarca en el modelo del amor romántico, una de las concepciones de mayor difusión en el espacio social que se caracteriza por su impronta mítica y avasallante; el no “saber explicarlo” es su evidencia. Frente a la mágica e imprevisible presencia de Eros, el mortal sólo puede prosternarse ante su imperio internado en la incertidumbre de la vivencia.

Estos contenidos se insertan en un sistema de creencias, percepciones y prácticas que graban en los corazones el rastro de la duda. Tras citar una derivación etimológica de las palabras duda y dos, Bauman (2011) señala: “*cuando se reconoce al otro como un 'segundo' por derecho propio, como a un segundo soberano, no una simple extensión, o un eco, o un instrumento o un subordinado mío, se admite y se acepta esa incertidumbre*” (p. 37). Pero esta no es una aceptación pasiva. Vinculados con la falta de certezas, Galeano implora el *desnudo* y la *desduda*, Benedetti el *por favor no te vayas* y probablemente nosotros nos reconozcamos en algunas de estas interrogantes: ¿realmente mi pareja sentirá amor por mí?, ¿cómo saber si es la persona adecuada?, ¿qué debo hacer para mantenerlo/a a mi lado?, ¿cómo sostengo la llama erótica a través de los años?, etc. Estas preguntas quizás cotidianas en nuestro entorno cultural pueden hacernos suponer que la vivencia del amor es universal en la especie humana. Desde luego, las ciencias y la psicología, entre otros

discursos, han contribuido extraordinariamente en difundir imaginarios amorosos homogeneizantes.

Por ejemplo, Jankowiak y Fisher (c.p. Maureira, 2008) aseguraron la presencia casi planetaria de este sentimiento a partir de un estudio antropológico realizado en 166 sociedades; los resultados indicaron que en el 89% de los casos, los sujetos eran capaces de reconocer la experiencia amorosa, por lo que los autores definieron el amor como una serie de respuestas movilizadoras de determinadas áreas neurales frente al estímulo visual. Dentro de esta línea, las investigaciones en neurobiología comprobaron que el enamoramiento está asociado a neurotransmisores específicos que también están relacionados con los sistemas de recompensa activados en la adicción al consumo de drogas (Páez, 2006; Fisher, 2002; c.p. Maureia 2008). Para algunos, la emoción placentera del amor es el resultado de descargas eléctricas que miles de neuronas lanzan al cerebro, por lo que los síntomas del enamoramiento comienzan con los órganos sensoriales del cuerpo (Ortiz, 1999).

La reducción de la experiencia amorosa a un proceso bioquímico del organismo es testimonio de la tendencia de “biologización” del amor, es decir, de la transformación de un conjunto de prácticas y actividades históricamente situadas en elementos fijos e inmutables de la naturaleza humana (Menéndez, 2001). Escondidas tras la máscara de la ciencia estas disciplinas reproducen concepciones absolutas y estáticas de los fenómenos sociales, excluyendo de sus interpretaciones los horizontes de posibilidad sobre los cuales se estructuran.

Desde estas arengas totalizantes nos preguntamos entonces si sus argumentos reconocen las diversas composiciones de la trama íntima: ¿se ama de la misma forma en todas las edades y clases sociales?, ¿son idénticos los ritos y las prácticas en las relaciones de pareja?, ¿los vínculos afectivos han sido iguales durante la historia?, ¿se constituyen de forma similar en dinámicas poblacionales distintas? Sin duda alguna, el esquema explicativo científico tradicional puede dar cuenta de ciertos momentos de la realidad amorosa, pero sus nociones resultan insuficientes para entender la complejidad de las construcciones humanas.

Dentro de la polifonía interpretativa, Beck (2006) considera que la exigencia de la intimidad compartida -institucionalizada en el matrimonio- no es primigenia en

el ser humano, sino más bien surgió a consecuencia de la disolución de las formas sociales colectivas de organización familiar que precedieron a la sobre-individualización del proyecto de la modernidad; el temor a la soledad, fundado en la paradójica libertad moderna, arrojó sobre los hombros del amor un peso titánico: “con el debilitamiento de las tradiciones crecen las promesas de la relación de pareja, se busca en el otro todo lo que se va perdiendo” (p. 190).

Esta idealización de la experiencia amorosa contempla también el requisito de la convivencia duradera, convirtiéndose en uno de los pilares aspiracionales de la relación; la nostalgia profunda del “*felices para siempre*” o del “*hasta que la muerte nos separe*” se posa en nuestras conciencias irreflexivamente (¡el origen de este imaginario se remonta a la época medieval cuya esperanza de vida se promediaba entre los 30 y 35 años!), sin dar lugar al cuestionamiento de esos preceptos en un determinado momento de vida o al menos visibilizar, dentro del abanico de los anhelos, otras perspectivas que proponen trayectorias, modalidades y actores diferentes a los impuestos desde la tradición. Sin duda conformar una pareja estrictamente bajo los cánones “normalizados” se inserta dentro del mercado de las utopías, sustituyendo deseos por culpas y repartiendo contradicciones a aquellos atraídos por otras formas periféricas e “indignas” de vivir el amor.

Y es que históricamente la experiencia afectiva ha estado cargada de prescripciones. De forma coherente con el desarrollo productivo del siglo XX, la sociedad industrial se valió de un modelo uniforme de agrupación familiar conformado por la estructura nuclear heterosexual como institución necesaria para la reproducción de la fuerza de trabajo y la expansión del capital. El amor, considerado la base de las uniones modernas, empezó a adquirir un lugar preponderante en las agencias de regulación de la vida pública. Así, desde las ciencias se desplegó un complejo andamiaje para disciplinar el universo amoroso: cómo, de quién y en qué momento del ciclo vital se estimaba deseable el enamoramiento representaron algunos de los mandatos sobre los cuales fueron acoplándose otros discursos cuyas formas y expresiones han ido mutando para construir en conjunto una poderosa tecnología de subjetivación.

En la esfera del abordaje académico, muchos aportes de nuestra disciplina se inscriben en tal dirección. La psicología, arraigada en el paradigma positivista de la

ciencia y su lógica fragmentaria mente-cuerpo, se ha aproximado a la arena de las relaciones íntimas produciendo explicaciones cognitivas y sociales que suelen dejar de lado las dimensiones históricas e ideológicas de las construcciones humanas.

La teoría de las emociones de James y Lange y Cannon y Bard se ha empleado para dar cuenta de los cambios biológicos que se suscitan en el cuerpo ante situaciones que requieren luchar, amar o huir; para estos autores las emociones se encuentran inevitablemente ligadas al sistema nervioso autónomo y la musculatura esquelética. Los primeros proponen la secuencia estímulo-cambios fisiológicos-emoción para explicar la activación conductual del individuo, en nuestro caso operaría de la siguiente forma: frente al objeto de deseo se detiene la digestión-mariposas en el estómago-, se dilatan las pupilas y aumenta la sudoración en las extremidades, a partir de estos cambios el sujeto identifica la emoción y el sentimiento: está enamorado (Martínez, 2004).

Por su parte, Cannon y Bard (c.p. Martínez, 2004) toman estos postulados pero argumentan que la experiencia emocional y la activación fisiológica ocurren simultáneamente, por lo tanto las emociones son un producto cognitivo, los cambios viscerales dependen del contexto en el que surgen y de la cognición como elemento de decisión; evidentemente este modelo se construye sobre la teoría del procesamiento de la información, la cual no contempla que toda decisión está mediada socialmente por los contenidos ideológicos del momento histórico en que se experimenta.

En el ámbito de la psicología social norteamericana se han realizado estudios de corte experimental sobre el amor, específicamente acerca de la atracción interpersonal. Festinger, Schachter y Back (1950, c.p. Chóliz y Gómez, 2002), llegaron a la conclusión de que la razón por la cual se establecen relaciones amorosas entre personas que se encuentran próximos espacialmente (vecinos, compañeros de trabajo, estudios, etc.) se debe al *efecto de simple exposición*, en el que la exposición reiterada a un estímulo produce familiaridad y adquiere connotaciones emocionales positivas.

Así también, los hallazgos del experimento de Dion, Berscheid y Walster (1972, c.p. Chóliz y Gómez, 2002) señalan que hay atributos que facilitan el

acercamiento y generan una sensación de bienestar asociado a su compañía, entre ellos el atractivo físico. Mientras más atractiva se considera a una persona se le atribuye en mayor grado cualidades valoradas positivamente por la sociedad; en tal sentido el prototipo de feminidad es una mujer de buena presencia, sensual y afectiva, mientras lo masculino refiere a las competencias, el status social y el éxito profesional.

En la misma línea, Sangrador (1993) cita la *Teoría bifactorial del Amor Apasionado*, propuesta por Berscheid y Walster (1982). Esta teoría supone que la experiencia amorosa requiere de dos componentes: “una fuerte activación emocional y un etiquetamiento de la misma como amor o enamoramiento” (c.p Sangrador, 1993 p. 186). Sus autoras consideran que desde la primera esfera de socialización el niño aprende a identificar “correctamente” las emociones a partir de los referentes con los que ha convivido. Para Sangrador el problema aparece cuando se constata las pocas experiencias que pueden existir en el núcleo familiar del amor de pareja, constituyéndose como una emoción difícil de reconocer.

Desde la orientación cognitivista, varios autores han explicado el amor como: una decisión consciente en función de ciertos esquemas; en interacción, según unos componentes derivados de la experiencia previa; o un compromiso de aceptación virtudes-defectos (Murstein, 1988; Beach y Tasser, 1988; Sternberg, 1988; c. p. Martínez, 2004). Lo que subyace a estos planteamientos cognitivos y experimentalistas es la visión mecánica y dicotómica positivista que promueve la división artificial entre emoción y pensamiento, razón y sentimiento, público y privado, objetivo y subjetivo.

En contra de esta herencia fragmentaria Davidson (2003) sostiene que lo subjetivo parte de un mundo público común; las creencias, pensamientos, afectos y todo aquello que se considera privado es sólo así en virtud de dos condiciones: la primera por cuanto pertenece al individuo, es decir, en el sentido estricto de la propiedad; y la segunda por el carácter asimétrico que implica tal conocimiento: “la persona que tiene un pensamiento sabe que lo tiene de un modo en que los demás no pueden saberlo” (p. 71). La conciencia esta forjada con los contenidos socioculturales e históricos de la época en la cual el sujeto está inmerso, por tanto las emociones, pensamientos y todo aquello que pertenece al mundo privado tiene un

enclave material y objetivo que le da sentido colectivamente; las particularidades se aprecian en las formas que empleamos para manifestar o acceder a dichos contenidos, pues están atados a los recursos y capacidades que se disponen para elaborarlos y exteriorizarlos.

El carácter subjetivo de la experiencia amorosa se asienta entonces en la propuesta de Davinson (2003): estamos enamorados de una forma que sólo nosotros podemos saberlo. Medir la magnitud del amor, los celos o las tristezas resulta una tarea difícil, y en todo caso inútil, en su lugar optamos por las construcciones narrativas que dan cuenta de las vivencias personales y los significados que le atribuimos socialmente, en otras palabras, la apuesta es por una recreación de lo social en lo individual y viceversa.

En consecuencia, la manera por excelencia de expresar nuestra subjetividad es a través del lenguaje; como afirmamos anteriormente, en las primeras socializaciones aprendemos el sistema de categorías, nociones, prejuicios y valores propios de la cultura, desarrollando en este contacto con el mundo de lo “público” la capacidad de simbolizar y significar nuestra experiencia individual.

Es por ello que desde esta investigación pretendemos aproximarnos a los significados del amor de pareja entendiéndolo como un producto histórico que se expresa en un código simbólico colectivo -en forma de discursos- sujeto a la reconstrucción constante mediante prácticas individuales, que si bien no son homogéneas, responden a una estructura social. A este respecto el concepto de *habitus* propuesto por Bourdieu (2002) puede ayudarnos a cuestionar las concepciones esencialistas y totalizantes que sobre el amor se ciernen; según este autor:

“Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas para su fin, sin suponer la

búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos” (p. 93)

Bourdieu (2002) nos señala que el habitus tiende a “engendrar las ‘conductas razonables’ o de ‘sentido común’ posibles dentro de los límites de las regularidades” (p. 96) convirtiéndose en una suerte de “probabilidades subjetivas” asociadas a las condiciones materiales de existencia y cuya evidencia inmediata: “es la armonización de las experiencias y el refuerzo continuo que cada una de ellas recibe de la expresión individual o colectiva, improvisada o programada de experiencias semejantes o idénticas”. (p. 98), haciendo de las prácticas formas inteligibles y previsibles, lo que permite asegurar el consenso y la objetividad entre los miembros de una misma clase. El habitus expresa la articulación entre lo individual y lo social, aquellos contenidos ideológicos que permanecen naturalizados y orientan implícitamente miradas, prácticas y trayectorias.

Tomemos algunos elementos del psicoanálisis freudiano para ejemplificar cómo opera este sistema de disposiciones y principios en nuestras vidas. La elección objetual, es decir, la decisión de escoger una persona como objeto de amor, armoniza con la estructura afectiva primaria que desarrollamos con nuestros padres o cuidadores. Si la fijación de la libido se encarna en las tipificaciones del padre o la madre, inconscientemente trataremos de revivir ese apego originario en las relaciones de pareja que se establezcan posteriormente. Sin embargo antes de que este proceso ocurra, existe un entorno material que trasciende nuestra experiencia personal e incluso la de nuestros padres.

En las relaciones amorosas se cristaliza tal proposición; la supuesta libertad de la elección de pareja está condicionada por elementos objetivos que operan en el reconocimiento de los objetos legítimos e ilegítimos de amor, regulando también los rituales de conquista y rupturas. La sociedad de clases distribuye de forma desigual los recursos simbólicos y materiales y estas diferencias son encarnadas en sus portadores. Esta suerte de “sentido común” subraya, por ejemplo, que las probabilidades de tener una relación de pareja socialmente aceptada entre un joven de clase popular y una muchacha de clase alta son bajas. El cantante Juan Luis Guerra retrata tales diferencias en su tema “Me enamoro de ella”: *Ella en un club de tenis, yo a veces juego billar, ella almuerza en El Lina, yo en un comedor social;*

tiene en su residencia un sauna, una piscina, en mi pensión dos cubetas para mojarme la vida; ella en bienes raíces hereda la capital, yo tengo que hacer magia para trabajar (...) Si ella cediera un poco mi vida fuera ideal, ***bájate de esa nube y deja de soñar***. El habitus reproduce las condiciones objetivas que lo generaron pero la relación entre la estructura de las disposiciones y las prácticas es dialéctica; frente a posibilidades históricas diferentes, la reorganización de dichas disposiciones puede engendrar nuevas prácticas transformadoras (García, 1984).

En este sentido podemos citar un habitus que opera en las relaciones de género y que contribuye a moldear el comportamiento de las mujeres y los hombres. Los primeros encuentros con las agencias socializantes están impregnados de códigos culturales; las niñas se vinculan al cuidado, la ternura y la maternidad, los varones a la fuerza y la producción; esos mensajes son acogidos con un carácter natural no-modificable, reproduciendo un sistema de roles que se inserta en relaciones basadas en la desigualdad y la dominación. Este habitus podría explicar la doble jornada, sin cuestionamiento, a la que se encuentran sometidas muchas mujeres en la sociedad actual ó por qué los hombres se hallan excluidos de los puestos de trabajo con características tradicionalmente enclavadas como femeninas, sin reclamar su derecho a participar en esas formas de producción de valor. Sin embargo, de las luchas políticas y sociales se ha desprendido la posibilidad de transformar este entramado en las nuevas condiciones del capitalismo mundial, empezando a visibilizar los fenómenos de explotación y exclusión por razones de género.

En todo caso la coherencia entre las disposiciones y las prácticas conduce a la asimilación inconsciente de la diferenciación social; el habitus permite explicar cómo se condicionan las trayectorias vitales y se programa el consumo, los asuntos laborales, las relaciones sociales, los objetos amorosos, etc. Los esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción son proporcionados al individuo mediante estas estructuras objetivas interiorizadas. Las estrategias de dominación en la sociedad de clases restringen las actuaciones de los sujetos a un perímetro previamente demarcado e introduce la desigualdad a través de la “conciencia de lo posible y lo inalcanzable” (García, 1990).

Ibáñez (1996) grafica estos límites de la agencia humana en las metáforas de la esponja y el laberinto. En la primera, las instancias de poder difunden presupuestos

y contenidos ideológicos del medio social, los cuales son absorbidos por el individuo durante los procesos de socialización; en la segunda, se garantiza el éxito si el sujeto decide transitar el camino señalado por la ideología dominante, toparse con las vías sin salida lo conducen a asumir el sendero trazado de forma tan natural que puede desarrollar la ideología adecuada automáticamente. En tal sentido nuestra mirada se orienta al reconocimiento de ese marco relacional que nos antecede y que vamos transformando con nuestras vivencias, particularmente en el ámbito de los intercambios afectivos posibles, normativos o periféricos.

En suma las experiencias amorosas son moduladas a través de discursos y éstos, en cuanto acciones ideológicas, se expresan en función de los sistemas de disposiciones que organizan las prácticas y las relaciones de poder. Así, durante siglos el trabajo de reproducción ideológica estuvo a cargo de la familia, la iglesia y la escuela; el concierto de las tres instancias condicionó las posibilidades de actuar del sujeto, regulando sus comportamientos e incidiendo sobre sus estructuras inconscientes (Bourdieu, 1990). Las transformaciones del capitalismo posindustrial desvanecieron el poder de influencia de las agencias tradicionales de socialización, emergiendo a la par del desarrollo de las tecnologías de la información nuevos mecanismos de subjetivación.

1.2. Juventud y consumo cultural. La música pop.

*“La música es un medio para percibir el mundo,
un instrumento de conocimiento que incita a descifrar,
una forma sonora del saber” (Hormigos y Martín, 2004)*

Nuestro panorama social está poblado de dispositivos culturales que promueven formas particulares de encuentro con el otro. La música, valorada por su potencialidad expresiva y comunicativa, destaca entre ellos. Al compás de los latidos vitales se inserta en el espacio íntimo de la afectividad convirtiéndose en maestro de ceremonias de alegrías y desencuentros cotidianos; sus composiciones marcan el ritmo de la plenitud, inundan al corazón de recuerdos y emergen como la banda sonora de la soledad. Poesía vibrante que conecta vivencias y sueños.

Históricamente la música ha constituido una herramienta importante en la construcción de la subjetividad individual y colectiva, impactando en los procesos de

identidad, diferenciación y sociabilidad entre los seres humanos (Martínez, 2009). No obstante, en las últimas décadas ha asumido un papel preponderante en estos procesos; desde la aparición de los artefactos portátiles (walkman, mp3, celulares, ipod, etc.) la música se instaló férreamente en la cotidianidad, tornándose en un acompañante inseparable de las actividades diarias (Valdez, 2013).

Pero desde luego estas invenciones tecnológicas no se articularon ingenuamente. Tal como advierte Bourdieu (2002) el sistema económico garantiza su reproducción cuando ejerce de forma hegemónica el poder cultural y simbólico; en este caso la industria del entretenimiento a través de sus tentáculos massmediáticos se encarga de perpetuar la lógica del capital y sus imperios de sentido. A tal fin, en el mercado de los bienes culturales, la música pop, para algunos abreviatura de popular, conforma una de sus expresiones favoritas.

De acuerdo con Frith (2001) los análisis antropológicos de la música popular se habían centrado en sus tres usos principales: instrumento de movilización política, accesorio ritual o por la facultad para estimular deseos; no obstante, en épocas recientes se introdujo otro elemento para su estudio: la capacidad de convertirse en mercancía, en música hecha para venderse. El autor advierte entonces que, tras la arremetida de la globalización, nos enfrentamos a una definición alternativa al concepto de lo “popular: *“La música popular no es popular porque refleje algo, o porque articule auténticamente algún tipo de gusto o experiencia popular, sino porque crea nuestra comprensión de lo que es la popularidad”* (Frith, 2001, p. 416). En efecto los objetos del mundo no anteceden a nuestras construcciones, es decir, su estatus de realidad viene dado por la capacidad humana de nombrarlos, categorizarlos y sostener las condiciones que aseguran su existencia. Esto se manifiesta claramente en los mecanismos del complejo industrial de la cultura de masas.

Las agencias de análisis de mercado generan listas que miden la popularidad en función de las transmisiones en las emisoras de radio, las ventas en las tiendas de discos y las votaciones electrónicas, pero evidentemente no miden la totalidad de las tiendas, emisoras o sitios web sino de forma exclusiva a aquellos que se encuentran afiliados a la industria y cumplen con su rol de marketing; este supuesto cómputo de preferencias realmente las construye y objetiviza. Las composiciones musicales que

devienen en patrones de éxito no están basadas en criterios estéticos, sino que se encuentran vinculados a la lógica del poder que opera en la creación y distribución de los bienes culturales; la industria orienta predilecciones colectivas para la aceptación de un género musical en particular y/o el rechazo de otros; la experiencia sonora se homogeniza privatizando el espacio público para facilitar la difusión masiva de ciertos contenidos frente a la censura de una variedad de expresiones excluidas del mainstream.

“Ser mainstream significa pensar siempre en un público de masas. Para ello hay que dar más importancia a la emoción que al estilo, a la estructura de la canción más que a su inventiva musical y creativa. La música pop no es un movimiento histórico, no es un género musical, se inventa y reinventa cuando la ocasión lo requiere” (p. 70, Valdez, 2013).

De acuerdo con los resultados de la Encuesta Latinoamericana de Hábitos y Prácticas Culturales del año 2013, en Venezuela¹ el 55% de los participantes reconoció escuchar música diariamente o al menos una vez por semana desde sus dispositivos personales (celulares, ipod, reproductores, etc.); el segmento de la población que realiza mayoritariamente este tipo de consumo se ubica entre los 16 y 30 años, mostrando los grupos etarios que le siguen un descenso progresivo en la frecuencia de escucha. Asimismo en las estadísticas comparativas iberoamericanas nuestro país se ubica en el segundo lugar (detrás de Argentina) con un 74% de consumo musical anual. Evidentemente los jóvenes son quienes abanderan estas cifras.

La omnipresencia del mercado musical en la vida cotidiana condiciona nuestras experiencias con sus productos, aportando elementos para la configuración de la memoria afectiva individual y colectiva. En las multitudes, la entonación de un himno despierta el sentimiento de pertenencia y evoca procesos históricos macroidentitarios nacionalistas, generacionales y grupales. En el terreno personal, las canciones se hallan inexorablemente ligadas a la nostalgia y la alegría del compartir,

¹ Según la ficha técnica del Latinobarómetro 2013 por países, en Venezuela se llevó a cabo un muestreo aleatorio a nivel nacional que agrupó 1200 casos.

la pasión y el enamoramiento, los dolores y los desencantos; la música nos permite apalabrar con mayor gracia parte de ese magma afectivo silente cuya expresión en nuestra propia voz pudiera resultar torpe, deficitaria y/o extraña (Frith, 2001).

Tomando el arte de la composición sonora como un mecanismo potente de influencia social la industria del pop apuesta por la musicalización de las emociones: explota las vivencias cotidianas, empaqueta sensibilidades y las comercializa como una mercancía más, vendiendo experiencias de romance, protocolos de despecho, roles e imaginarios amorosos totalizantes.

En este sentido, su finalidad consiste en la creación de comunidades del gusto, audiencias masivas estructuradas para valorar satisfactoriamente productos homogéneos valiéndose de la activación emocional que induce sus mensajes y las alianzas afectivas que son promovidas con sus representantes. Según Hormigos y Martín (2004) se trata pues de ritmos pegajosos y monótonos acompañados de letras sencillas que ahorran análisis e interpretaciones al oyente, generalmente aluden al romance y el desamor, y son personificados en “estrellas” con estilos diversos cuya difusión los convierte en imágenes referenciales para la construcción de identidades, favoreciendo por supuesto, la publicidad y el consumo. Tomando el signo de lo joven como estandarte, la industria cultural ubica en el segmento de la juventud un nicho de mercado eficiente para propagar estereotipos y producir anhelos y fantasías.

Si esta industria dirige su maquinaria al público joven, es preciso preguntarnos qué implica tal categoría. Ciertas definiciones de la juventud aluden a la articulación de elementos biológicos y socioculturales de los individuos en un momento histórico determinado.

“Etapa juvenil se considera, habitualmente, al periodo que va desde la adolescencia (cambios corporales, relativa madurez sexual, etc.) hasta la independencia de la familia, formación de un nuevo hogar, autonomía económica, que representarían los elementos que definen la condición de adulto”. (p. 10, Margulis y Urresti, s/f ¹).

Por su parte Martín (1998) apuesta por la polisemia del término y decanta por “las definiciones de clases de edad y prácticas, comportamientos, universos

simbólicos en función del origen y trayectoria social” (p. 14). Asumir la arbitrariedad de las construcciones de las clases de edades debe conducir los estudios de las juventudes a explorar el contexto simbólico, económico y geopolítico que modela el universo subjetivo de la sociedad.

Evidentemente la categoría juvenil es también una proyección de quien la enuncia. El desplazamiento del capitalismo de la esfera de la producción a la esfera del consumo requirió construir a la juventud como grupo social homogéneo para extender sus mercados; la mercadotecnia aglutina a un conjunto de sujetos en condiciones diversas tomando el criterio etario como único punto en común y esto ha representado una estrategia eficaz para la circulación y venta de mercancías. De tal forma se exporta a la sociedad como un estado, un signo o una estética de la vida cotidiana impactando en los discursos que la identifican; la juvenilización constituye una maniobra afianzada en estas concepciones (Margulis y Urresti, s/f²).

La sociedad moderna occidental diseñó la etapa de la juventud como un periodo turbulento de tránsito y búsqueda de identidad, pero los cambios acelerados de la era posindustrial difuminaron en el espectro social los rituales de paso, desdibujando las modalidades para el ejercicio de la autonomía. En este sentido la juventud, es por sobre todo, un concepto político. La edad supone una frontera, una línea divisoria para el uso legítimo de la autoridad, según Bourdieu (2002): “las clasificaciones por edad (y también por sexo, o claro, por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar” (p. 163). Ante el desmantelamiento y la desvalorización sistemática de los mecanismos de participación en la vida pública, el capitalismo propaga el modelo consumista a modo de control social, confinando al individuo a su mundo hiperprivado. En este punto la industria cultural entrelaza fines simbólicos y económicos necesarios para la reproducción del status quo: “no se consumen sólo objetos, sino también imágenes simbólicas que adquieren un valor social y se ven reflejadas en la vida cotidiana a través de estilos, actitudes y formas de expresión” (p. 182, Martínez, 2009).

Las nociones de sujeto de riesgo, exceso de pasión, tendencia a la diversión y falta de experiencia construyen los discursos sobre la juventud e imprimen sus huellas en los relatos identitarios. Lógicamente desde esta perspectiva se ocultan las

distinciones de la sociedad de clases. Aunque los sectores medios y populares enfrentan el impacto de la flexibilización del mercado laboral y la privatización del derecho a la vivienda, los deseos, oportunidades y trayectorias son diferentes para ambos. Los miembros de las clases medias gozan de una moratoria legítima en el ámbito de la producción que les permite la prolongación de su período académico-formativo con la esperanza de obtener una inserción laboral que satisfaga sus expectativas; por tales razones la identidad de estudiante les exime y/o posterga sus responsabilidades económicas (quizás con culpas y ansiedades) y les otorga un espacio de reconocimiento justificado por considerar la profesionalización como una condición intrínseca de su posición social. Para las clases populares es una obligación encarnar el paro forzoso que supone el período de estudios o aceptar empleos precarios. Según Bourdieu (2002):

“Aun hoy en día una de las razones por las cuales los adolescentes de las clases populares quieren dejar la escuela y entrar a trabajar desde muy jóvenes, es el deseo de alcanzar cuanto antes el estatus de adulto y las posibilidades económicas que este entraña: tener dinero es muy importante para darse seguridad ante los amigos, ante las chicas, para poder salir con los amigos y con las chicas, es decir, para ser reconocido y reconocerse como «hombre»” (p.165)

Pese a ello la juventud estereotipada se exhibe en los productos mediáticos como pilar aspiracional de gran éxito, y en este proceso la música constituye una vía importante para difundir constelaciones de sentido, posicionándose dentro del espectro del consumo cultural como una de las formas más accesibles y que detenta un alto poder de influencia.

“Esto es debido a que el joven no solamente consume un objeto material, como un disco compacto, por ejemplo; también está consumiendo un significado, una personalidad, en otras palabras una identidad que le ofrece la posibilidad de identificarse con otros, y por consiguiente,

pertenecer a cierto grupo o clasificación de joven en la sociedad” (p. 182, Martínez, 2009).²

Grosso modo las construcciones discursivas identitarias de los jóvenes parten de estos elementos estructurales y se desarrollan en la coexistencia de las instancias socializadoras tradicionales y emergentes (padres, amigos, escuela, iglesia, medios, artistas, etc.) como una oportunidad para la construcción del Yo, un espejo para la autodefinición y la diferenciación, para la pertenencia y la legitimación. Un territorio de encuentro con la alteridad en el cual confluye la unidad y la diversidad propia; un proceso siempre inconcluso, fragmentario, indefinido que se mantiene alerta y en negociación constante.

La influencia de la industria cultural se enfrenta a esta relativa autonomía. Sus mecanismos no operan de modo automático, los jóvenes resisten, se adaptan y/o transforman los contenidos que se desprenden de sus medios con los recursos y disposiciones que le son asignados en función de su ubicación en el espacio social. La metáfora del reloj de arena propuesta por Feixa (1999) ilustra esta condición:

“En el plano superior se sitúan la cultura hegemónica y las culturas parentales, con sus respectivos espacios de expresión (escuela, trabajo, medios de comunicación, familia y vecindario). En el plano inferior se sitúan las culturas y microculturas juveniles, con sus respectivos espacios de expresión (tiempo libre, grupos de iguales). Los materiales de base (la arena inicial) constituyen las condiciones sociales de generación, género, clase, etnia y territorio. En la parte central, el estilo filtra estos materiales mediante las técnicas de homología y bricolaje. Las imágenes culturales resultantes (la arena filtrada) se traducen en lenguaje, estética, música,

² Esto no responde solamente al patrimonio material del CD. Los avances en las plataformas digitales han “democratizado” el acceso al permitir a los usuarios descargar música en Internet de forma gratuita gracias al lucrativo patrocinio publicitario (streaming) o bien mediante los “servicios” de personalización de gustos musicales en las aplicaciones por suscripción (itunes). Bajo este esquema la música sigue formando parte de los mercados financieros y culturales.

producciones culturales y actividades focales. La metáfora del reloj de arena traduce en una imagen el proceso de mutua construcción en la relación cultura-individuo: cuando el reloj da la vuelta, la arena filtrada hacia las culturas juveniles se vierte a la cultura hegemónica permeando sus propiedades y modificando sus fundamentos, y viceversa. Esta construcción continua de sentido ilustra el carácter temporal de las culturas” (p. 105).

La industria capitaliza las culturas juveniles, incluso la contracultura la vacía de contenido y la hace moda. Sin embargo los jóvenes se apropian de forma diferenciada de estos productos, los transforman y libran batallas de legitimidades perennes. Esta mutua construcción es la que deja espacio para el florecimiento de discursos y prácticas contrahegemónicas que impacten en su subjetividad.

Por consiguiente, para esta investigación concebimos las juventudes como un producto socio-histórico, relacional y dinámico, organizado en dos dimensiones: la primera está vinculada a las especificidades propias de su contexto, es decir, la pertenencia de clase, género, etnia, dinámica poblacional, actividades, sueños y todo aquello que compone su mundo de vida cotidiano. La segunda alude a los discursos y códigos culturales que transitan en el espacio global e impactan en la construcción de su subjetividad; en esta hegemonía cultural los jóvenes deben lidiar con la sobresaturación referencial e informativa a la cual están expuestos y que les asigna como condición inherente la gestión identitaria y la búsqueda del placer en todas sus modalidades.

1.3. Justificación psicosocial.

Las tendencias de agrupación conyugal en nuestro país se han diversificado en los últimos años (Castro et. cols, 2010). La progresiva pérdida de influencia de la Iglesia sobre los asuntos del Estado ha posibilitado la flexibilización de los sistemas de unión y disolución del vínculo matrimonial en Venezuela. La reforma parcial al Código Civil del año 1982 amplió los causales para el divorcio, pero éste siguió constituyéndose como un proceso molesto y lento; en aras de solventar tal situación en mayo de 2014 el Tribunal Supremo de Justicia adaptó los procedimientos para su agilización en concordancia con los planteamientos de la Constitución de la

República Bolivariana de Venezuela referidos a la simplificación de trámites (Casique, 2000; Notiglobo, 2014). Asimismo, las uniones civiles de hecho se consagraron en esta carta magna y son protegidas por el sistema jurídico venezolano, el cual ha homologado obligaciones y derechos con la institución del matrimonio.

En el censo poblacional del año 2011 realizado por el Instituto Nacional de Estadística se constató que del 53,5% de las personas que conviven en pareja, el 27,9% lo hace en uniones consensuadas de hecho. García y Rojas (2001) refiriéndose al contexto latinoamericano expresan: “la unión libre ha sido tradicionalmente más temprana que el matrimonio, y es cada vez más frecuente entre los jóvenes quienes inician su vida conyugal de esta manera” (p. 84).

Motivos socioeconómicos, legales y culturales son atribuidos a la progresiva disminución de la nupcialidad en nuestro país, sin embargo este no es un fenómeno exclusivo de la sociedad venezolana (Castro et. cols, 2010). El encarecimiento de la vivienda, los procedimientos engorrosos para la separación, la relativa pérdida de valor simbólico del ritual y la emergencia de nuevas agencias de socialización han contribuido a configurar los imaginarios y expectativas que sobre el amor y las relaciones de pareja se manejan en nuestro contexto.

En el marco de estas agencias emergentes, la dictadura mediática confiere un lugar privilegiado al mundo de los afectos, constituyendo una fuente poderosa para la difusión de significados. Muchos de los hilos con los cuales se tejen la pasión y el desencanto provienen de las dosis globalizantes y reiteradas que nos inyectan continuamente en sus producciones cinematográficas, televisivas, musicales, etc. El discurso de lo emocional ha colonizado lo cotidiano y ha puesto en su centro a un modelo hegemónico de juventud como objetivo y aspiración. Sin duda alguna esta sincronización discursiva ha favorecido el redespigüe del capitalismo en su fase de consumo, dejando tras su paso una serie de contradicciones y malestares.

En tal sentido, la pretensión de sustantivar la juventud y venderla como signo no es una especulación filosófica o un elemento más de la teoría de la conspiración, sino que deja su impronta en variados escenarios. Según el DRAE (2001) un signo es un “objeto, fenómeno o acción material que, por naturaleza o convención, representa o sustituye a otro”. Tal como hemos expuesto anteriormente concebir la juventud

desde esta perspectiva implica agrupar de forma indiferenciada sujetos bastante diferenciados por sus posibilidades histórico-económicas y simbólicas. En este caso la “convención” es una generalización del modelo de juventud de los sectores medios-altos y altos de la sociedad cuyas prácticas, trayectorias y aspiraciones se corresponden y pueden ser satisfechas en virtud de sus condiciones materiales de vida. El discurso de la publicidad que aglutina los diferentes ámbitos de acción de la cultura hegemónica exhibe al joven signo de la siguiente manera:

“Se constituye un joven tipo, un producto que se presenta sonriente, impecable, triunfador, seguro de sí mismo: un joven mito que se emparenta con los notables de las revistas del corazón o con los ídolos del star-systems (...) va de fiesta en fiesta rodeado de todos los bienes, mujeres y mensajes, es fundamentalmente una medida del deseo” (p. 17, Margulis y Urresti, s/f²).

Esta estrategia de universalizar la experiencia de la juventud y estetizarla en un prototipo de joven, en un signo para el consumo, siembra la expectativa de compartir competencias, cualidades, estilos y disfrutar de los mismos privilegios. Del siguiente trabajo estadístico realizado en nuestro país encontramos algunos datos interesantes que nos abren una serie de interrogantes al respecto y se convierten en motivo de justificación para el desarrollo de esta investigación.

Entre el 01 y el 31 de octubre de 2013 el Ministerio del Poder Popular para la Juventud llevó a cabo la II encuesta nacional de juventudes denominada “Juventud, todo lo que podemos ser”, seleccionando una muestra de 10.000 entrevistados (50% mujeres y 50% hombres) entre los 15 y 30 años pertenecientes en un 97% a los estratos C, D y E de acuerdo con criterios proporcionales a la dinámica poblacional de las 24 entidades del país y distribuidos en 3 rangos de edades: 15 - 19 años 33%, 20 - 24 años 31,9% y 25 - 30 años 31,9%, tratando temas sobre el trabajo, la educación, las relaciones y la política.

Para el análisis tomaremos dos aspectos. El primero se vincula a la formación académica y la expectativa de futuro. El 79% de los consultados estudia actualmente, el 70% argumenta que la razón es para “superarse”, mientras el 90% considera que la obtención de un título le brindará “muchas o bastantes oportunidades”. Un 41% está

trabajando y de éstos un 67% le gustaría conseguir otro empleo. El 93% aspira a “emprender un negocio propio”.

La mayoría de los entrevistados pertenecen a los sectores medios-bajos y bajos de la sociedad venezolana. El primer elemento que capta nuestra atención está referido al imaginario de la formación académica como requisito para la movilidad social. Ciertamente prepararse para ejercer una profesión amplía los horizontes culturales y tiene una incidencia relativa para el mejoramiento de las condiciones de vida, sin embargo en una economía global compleja abarrotada de dinámicas excluyentes tal creencia merece ser examinada. Este análisis de Bourdieu (2002) acerca del sistema educativo puede darnos algunas claves al respecto:

“Uno de los efectos fundamentales de la escuela es la manipulación de las aspiraciones. Se suele olvidar que la escuela no sólo es un lugar donde se aprenden cosas, ciencias, técnicas, etc., sino también una institución que otorga títulos, es decir, derechos, y que con ello confiere aspiraciones. El antiguo sistema escolar producía menos desajustes que el actual, con sus trayectorias complicadas, que hacen que la gente tenga aspiraciones que no corresponden con sus posibilidades reales” (p.165).

En el caso de nuestro país nos preguntamos cuales podrían ser estas aspiraciones. Naturalmente el estudio estadístico no arroja información sobre qué significan las muchas/bastantes oportunidades de ese 90% que asegura puede brindarles la preparación académica o quizás qué implica para ellos “superarse”. Pero la diáda ascenso social = estudio está afianzada en sus representaciones, y de la misma se desprenden otra serie de interrogantes ¿Cuáles son sus referentes simbólicos del progreso o los indicadores de las mejoras en sus condiciones de vida? ¿Cómo se constituyen? Si están atados a la visión consumista de la felicidad y el éxito individual que comercializa la juventud en el orden discursivo de la publicidad: ¿Cómo se manejan los compromisos psicológicos resultantes? ¿Las frustraciones y/o desilusiones si sus posibilidades no corresponden con estas expectativas? ¿Cómo se posicionan ante esto? De ese 93% que aspira a emprender un “negocio propio” (y que además nos está hablando de su valoración de la institucionalidad y la organización tradicional del trabajo -rechazo muy característico de la sociedad posmoderna-) ¿están gravitando en el modelo de producción y/o apropiación

individualizada? ¿La fama del joven empresario, el heredero deseable del sistema de relaciones capitalista?

“El joven legítimo, el aspirante ideal, el aprendiz de la gestión del futuro, es una construcción social que enhebra múltiples discursos, series de normas explícitas o implícitas, coherentes y contradictorias (...) el emprendedor, el emergente, el dinámico, el productivo, el líder, son algunos de los temas con los que se inviste el eterno retorno de los héroes, ese simbolismo que se renueva en sus formas según el contexto y la conveniencia (p. 18, Margulis y Urresti, s/f²).

La formación académica y el empleo van atados a la expectativa de futuro de estos jóvenes y constituyen elementos característicos de las metodologías centradas en el proyecto de vida. Sin embargo, en el ámbito de las relaciones hay un presente que contrasta con dichas aspiraciones. Los datos de la encuesta en este tópico son los siguientes: la edad promedio para el inicio de las relaciones sexuales es 16.1 años. La edad promedio para independizarse del hogar es a los 19.3 años. La edad promedio para el nacimiento del primer hijo es 19.9 años. El 44% aspira al matrimonio y el 26% a permanecer casado o unido si ya lo está. Desde su perspectiva la edad promedio deseable para contraer nupcias son los 27.3 años.

El complejo andamiaje que modula las vivencias amorosas transita en orientaciones diversas y a veces contrapuestas: regulaciones parentales, control de la escuela, mandamientos de la Iglesia, estereotipos de la industria, presión de los pares etc. Como un equilibrista, los jóvenes se balancean sobre la cuerda floja.

Las experiencias sexuales compartidas se inician en el periodo de la educación secundaria, es decir, durante la adolescencia. La construcción de sujeto de riesgo cobra una fuerza mayor en este rango, por lo que las prácticas contenedoras suelen provenir de las instituciones educativas. De acuerdo con los argumentos de Bourdieu, para las clases populares una forma de reconocerse socialmente es asumiendo un “rol de adulto”, es decir, para los varones hacerse «hombre» requiere cierta autonomía económica la cual se obtiene participando precariamente en el mercado laboral o tomando vías alternativas. El dinero se constituye en símbolo de respeto para éstos; mientras, supuestamente, para las mujeres hay una tendencia de realización asociada

a relacionarse con tales propietarios y explotar su capacidad reproductiva (Margulis y Urresti, s/f²).

Esto nos abre una serie de consideraciones. Si los rituales de paso al rol de adulto están afiliados al ejercicio parental en nuestro país quizás esto permite explicar la clara correlación que existe entre la edad para la independencia del hogar y el nacimiento del primer hijo. Por otra parte, si se supone que la moratoria no es legítima en estos sectores y la forma más accesible de obtener el reconocimiento que le atribuyen a la “adulthood” es a partir de la independencia económica y la maternidad ¿Por qué la edad idealizada para casarse es a los 27 años? ¿Esto también aplica al lapso deseado para tener hijos? ¿Dichos resultados son indicadores de que tales acciones no entrañaron la satisfacción esperada y/o el reconocimiento?. Si ocurre de forma similar al ámbito académico mencionado en el punto anterior, podemos preguntarnos, en los términos que plantea Bourdieu, cuál es la relación entre las esperanzas subjetivas y las probabilidades objetivas que operan dentro de su rango de acción.

Por otro lado, la valoración negativa hacia la estructura tradicional del trabajo contrasta con el juicio contrario hacia la institución del matrimonio en la cual un 70% de los entrevistados aspiran a cumplirlo y/o permanecer casados, demostrando la convivencia de marcos normativos heterogéneos en las biografías personales.

Concretamente los jóvenes construyen su universo simbólico en torno a una pluralidad discursiva en la cual lo múltiple se sustantiva y sus dimensiones son acopladas en la construcción narrativa individual para dotar de cierta coherencia su experiencia vital. El conjunto de dudas que nos deja el análisis sucinto de la información arrojada por el trabajo estadístico, lo asumimos como una invitación a sumergirnos en la complejidad de los mundos de vida de nuestros jóvenes. En este caso, nuestra aproximación pretende caracterizar sus vivencias amorosas en el marco del discurso del consumo cultural como protagonista en su socialización. El objeto pues es tender un puente que conecte los significados de las canciones de la industria del pop con sus deseos y experiencias en este ámbito.

Por otra parte, la juventud como criterio de ubicación en el entramado social también se encuentra sujeta a un sistema hegemónico de relaciones de género.

Huggins (2005) define al género como “una construcción social e histórica de los contenidos simbólicos de lo femenino y lo masculino en articulación con la clase social, la etnia, raza, grupos etarios, etc. a partir de las diferencias biológicas de los sexos” (p. 15). Desde la perspectiva tradicional se enfatiza la impronta de la socialización en los primeros años de vida en los cuales se transmiten estereotipos, valores y creencias acerca del significado de ser hombre o mujer; en la estructura patriarcal el tema afectivo y del cuidado se vincula con la producción de la identidad femenina, mientras para los hombres, el éxito material y el reconocimiento social abanderan sus relatos.

Sin embargo muchas de estas caracterizaciones han ido mutando recientemente. La inmediatez de los acontecimientos, la saturación informativa, los cambios en la organización del trabajo y el consumo, la multiplicidad de instancias de socialización y sus continuas transformaciones han venido difuminando prácticas y expresiones de género, haciendo necesaria la vigilancia permanente de nuestras concepciones.

Desde la academia feminista el manejo de las relaciones de poder en la pareja, y más específicamente la visibilización de la violencia contra la mujer, ha ocupado un gran espacio en sus agendas (Esteban, Medina, Távora, 2005; Esteban, Távora, 2008; Sanpedro, 2005). No obstante este fenómeno cultural no se encuentra vinculado solamente a la condición de género. La violencia es una de las características predominantes de la organización social actual; se expresa estructural y simbólicamente en la agresión que supone la concentración del poder económico en manos de pequeños grupos mundiales, cuyas políticas sistemáticas de apropiación de la riqueza se traducen en miseria, guerras, enfermedades y muerte para gran parte de la población del planeta.

De esta forma tan naturalizada de tiranía se desprende la violencia de género como otra manifestación de la jerarquía vigente; y por supuesto este tipo de delito no es menos que alarmante. Constituye una de las caras más dolorosas de la discriminación, un problema social de grandes dimensiones que atraviesa a mujeres de distintos países y culturas, condiciones sociales, niveles de educación, religión, etnia y edad. En Venezuela, de acuerdo con el informe anual 2013 el Ministerio Público procesó un total de 102.676 casos por violencia de género; la

prensa nacional y regional es colmada de noticias de feminicidios y agresiones contra las mujeres (El Nacional, 06/11/2013; El Universal 28/2/13; Últimas Noticias, 21/12/2012). Incluso desde la última década el tema de la violencia en el noviazgo ha tomado un papel preponderante en el trabajo con los jóvenes dado el incremento de denuncias provenientes de esta población (Trezza, 2006; Meras, 2008). El cruento paisaje que se manifiesta en las relaciones de pareja ha trascendido el espacio doméstico y personal.

El traslado de la violencia contra la mujer del dominio privado a la esfera pública ha dado como resultado la suscripción de acuerdos internacionales en materia de prevención, atención y protección a las mujeres vulneradas (La Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer en 1979; La Declaración de las Naciones Unidas Sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer en 1993; La Convención Belem Do Pará en 1994, entre otras). Como un elemento novedoso, nuestro país promulgó en el año 2007 la Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, estipulando 19 tipos de violencia contra la mujer tipificados como delitos con sus respectivas sanciones. Este instrumento jurídico incluye dentro de su articulado la obligación estatal de diseñar y promover programas de educación y sensibilización a los agresores para contribuir en el cambio de los patrones de relación.

Es innegable que en la historia patriarcal las mujeres hemos sido las más oprimidas y victimizadas, pero tal como ya se ha señalado el principio organizador de género es un engranaje más de este sistema. En nuestro intento por construir prácticas emancipatorias hay rastros de retóricas esencialistas que simplifican las complejidades de las relaciones sociales. Así por ejemplo, el modelo masculino victimario ha ido ganando un lugar ontológico en muchos imaginarios, reforzando paradójicamente los mismos estereotipos que pretenden combatir. Para Connell (1995) la masculinidad constituye un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales nos apropiamos de esas posiciones y la influencia de las mismas en la experiencia del cuerpo, la personalidad y la cultura.

Precisamente las prácticas y las experiencias están cambiando. Desde los albores del capitalismo posindustrial las formas tradicionales de ejercicio de la masculinidad se vieron trastocadas; las modificaciones en las condiciones materiales

de existencia han ido diversificando roles y reconfigurando relaciones de poder. Las masculinidades hegemónicas experimentan una fase de crisis. El conjunto de transformaciones en la esfera de la producción convive con representaciones afianzadas en modelos normativos del pasado, con los mecanismos de resolución de conflictos y de gestión emocional, con el cuidado de la salud, con el surgimiento de nuevos patrones estéticos, nuevas presiones y nuevos ideales del yo.

El proceso de empoderarnos como mujeres, de forjar praxis liberadoras y de igualdad de género pasa también por trabajar con los hombres e invitarlos a participar activamente en las transformaciones sociales que planteamos, visibilizando sus posicionamientos, recursos y expectativas. Por ello en esta investigación la mirada de género es transversal y asumida desde un enfoque relacional. Nuestra intención aquí es presentar la perspectiva de un grupo que quizá porque hemos admitido desde el feminismo que representan una posición de poder ha estado excluido de las reflexiones en torno al amor en el espacio académico. Esta área tan poco explorada en las constituciones masculinas es lo que nos motiva a mostrar la voz de sus protagonistas.

En consecuencia la apuesta es aproximarnos al universo de lo íntimo a partir de los relatos de jóvenes varones para cartografiar sus concepciones y contrastarlas con los discursos que emanan de la industria musical como un acompañante metodológico. En tal sentido pretendemos dar respuestas a las siguientes interrogantes: ¿Cuáles son las características de las experiencias amorosas de los jóvenes y cuál es su relación con los imaginarios de la industria musical?

1.4. OBJETIVOS

1.4.1. Objetivo general

Analizar los significados sobre el amor y la relación de pareja de un grupo de jóvenes varones de contexto urbano en relación con los discursos de la industria musical.

1.4.2. Objetivos específicos

Caracterizar los imaginarios en torno al amor y la pareja que se difunden en algunas canciones de la corriente pop.

Caracterizar las experiencias amorosas de un grupo de jóvenes de contexto urbano.

CAPÍTULO II: MARCO TEÓRICO

2.1. El vaivén de la modernidad

La experiencia amorosa no ocurre en el vacío social. Tal como hemos señalado anteriormente, lo privado y subjetivo se constituye en un espacio relacional y discursivo, público e histórico. Para Ortega y Gasset (1997) el amor se dispone como una forma de reconocimiento, un indicador de la identidad personal, del *ser*; a este respecto, advierte: “Según se es, así se ama. Por esta razón podemos hallar en el amor el síntoma más decisivo de lo que una persona es” (p. 52). Naturalmente los relatos identitarios del sujeto se articulan en lo uno y lo múltiple, entre el juego de las estructuras objetivas del mundo arbitrariamente organizado y las estructuras cognitivas que se levantan en ese sistema de relaciones; se construyen y deconstruyen en el contexto simbólico y material al cual se adscribe y vinculado con la historia personal, genera formas de relación y de interpretación del universo social que son claves para comprender nuestro objeto de estudio.

Retomando los planteamientos de Fernández (2000), la arquitectura de la afectividad es eminentemente social; sus atributos y manifestaciones están atravesados por el sistema político, económico y cultural que se dispone intersubjetivamente. Por consiguiente en el presente apartado repasaremos el tránsito y la convivencia del espíritu moderno con el movimiento posmoderno, describiendo brevemente la historia de sus vaivenes y las transformaciones que a partir de esta confluencia han operado en la identidad personal y en la intimidad compartida.

2.1.1. De paradojas y cantos de cisne

Precedido por siglos de hegemonía obscurantista, el culto al logos se instituyó con un enfoque universalista del conocimiento y de la ciencia. El frenesí cartesiano invadió todos los ámbitos del mundo académico moderno catapultando el afán por alcanzar la base arquimedea, ese punto fijo e inamovible capaz de atornillar las expectativas de seguridad y estabilidad, como respuesta al temido caos de la vida fuera del tutelaje divino. Esta condición omnipotente de la razón se fundó en la necesidad práctico-moral de tomar uno de los dos caminos posibles: el del saber ó el

de la ignorancia, el de la luz o el de la locura envuelta en la oscuridad (Bernstein, 1990).

En el proyecto moderno germinó la semilla de una ciencia objetiva e instrumental, caracterizada por el afán de descubrir leyes universales que le otorgaran a la humanidad el dominio de la naturaleza, imprescindible para luchar contra la arbitrariedad de sus catástrofes y la infinita escasez. Se concibió entonces el conocimiento científico como una herramienta para la emancipación humana y el enriquecimiento de la vida cotidiana, promoviendo formas de organización social y de pensamiento alejadas de las irracionalidades del mito, la religión y la superstición. (Harvey, 1990)

Los pensadores de Occidente confiaron a la modernidad la titánica tarea de emanciparse del yugo religioso. Se substituyó un mito por otro. La promesa de la vida eterna en el cielo fue suplantada con el metarrelato del progreso, la existencia de Dios se relevó por la búsqueda de la verdad absoluta, antropocéntrica y representacionista, la guía teológica fue suplida por el método hipotético-deductivo experimentalista, etc. La deidad triunfante en esta batalla asumió reactivamente el rol de opresor frente a otras formas de interpretación del mundo. Nacía la hegemonía de la razón.

Para ello el movimiento secular de la Ilustración tuvo un papel preponderante en la concreción del pensamiento moderno. Desarrollado entre los siglos XVII y XVIII (revolución francesa) erigió la idea del progreso sobre la tradición y la historia, adoptando la doctrina de la igualdad, la libertad y la razón universal como nuevos horizontes de lo humano.

En el ámbito del saber esta fuerza abrazó el pensamiento cartesiano en su interés por despojar al conocimiento de opiniones y prejuicios, promoviendo una asepsia epistemológica basada en principios deterministas (y su lógica lineal), esencialistas y naturalistas, con la convicción de que el mundo antecede a las construcciones humanas y por tanto debe hallarse un método para descubrirlo. En la psicología, como en las demás áreas de la ciencia, el discurso de la objetividad se implementó como plataforma para alcanzar la verdad y las leyes de correspondencia como su mecanismo para verificarla. El progreso científico se catapultó como

garantía del progreso social. Convertir los principios de comprensión racional y científica en principios de acción moral y política resultaría la tarea fundamental de la civilización. Con esta receta, la felicidad era un destino inevitable.

Harvey (1990) resume el optimismo de la Ilustración en la frase de uno de sus exponentes: “una buena ley es buena para todos exactamente de la misma manera en que una proposición verdadera es verdadera para todos” (p. 28). La lógica subyacente del racionalismo, traducida en el anhelo de someter a la naturaleza y en consecuencia al hombre, era de dominio y opresión. Los mecanismos de poder permanecían ocultos en esta utopía, pues al fin y al cabo ¿quién estaba facultado para adjudicarse la autoridad de la razón?, ¿quién podría formular leyes que impidieran la libertad de unos sobre la esclavitud de otros?.

La promesa de brindarle al hombre la bienvenida al reino de la libertad y la dicha se trastocó; en términos weberianos, el resultado de la racionalidad instrumental fue la creación de una inmensa jaula de hierro, una estructura burocrática destinada a administrar el tiempo y las aspiraciones de los que sólo poseen su mano de obra -nótese la reificación-, es decir su fuerza de trabajo para “intercambiar” en el “contrato social” (Sennet, 2005). La epifanía del porvenir era una paradoja.

Baudelaire (c.p. Harvey, 1990) había definido la modernidad como “lo efímero, lo veloz, lo contingente; una de las dos mitades del arte, mientras que la otra es lo eterno, lo inmutable” (p. 25). La experiencia vital del individuo moderno (tiempo, espacio, identidad, relaciones y riesgos) estuvo atravesada por la oferta de pertenecer a un medio cargado de aventuras, placer, transformaciones personales y globales, pero contradictoriamente sometida al temor por la destrucción de las condiciones históricas precedentes y la certeza de interminables rupturas.

El imaginario ilustrado de la moral y los derechos universales se enfrentó a la nueva *esencia eterna e inmutable de la humanidad*, cuya expresión se halló en los procesos de “destrucción creadora”. Según Harvey “la única forma de representar las verdades eternas es a través de un proceso de destrucción que, en última instancia, terminará por destruir esas mismas verdades” (p. 32). Si la razón ya no representa la eternidad, entonces ¿qué o quién ocuparía este lugar?; el autor nos responde:

“Cuando Rousseau reemplazó la famosa máxima de Descartes «Pienso, luego existo» por «Siento, luego existo», signó un desplazamiento radical de una estrategia racional e instrumentalista a una estrategia más conscientemente estética para el cumplimiento de los objetivos de la ilustración” (p. 34). Bajo esta premisa, lo eterno se convirtió en ilusión, una aspiración del hombre aferrado a la fantasía de la certeza.

Nietzsche afirmaba que la experiencia estética como fin en sí misma tiene la capacidad de ir “más allá del bien y el mal”. Para algunos este principio suscitó una ola de subjetivismo radical, individualismo ilimitado y la búsqueda de la realización personal, que marcó el origen de profundas transformaciones premonitorias del rumbo de la vida moderna (Harvey, 1990). Por otra parte, la moral, creída otrora como dependiente de la verdad absoluta y la razón, se constituyó en la práctica y se aceptó en el discurso, como un artefacto utilitario cuyo sistema de valores se halla excluido de las categorías dicotómicas de bueno-malo, restringiéndose a la evaluación de las consecuencias en términos de costo-beneficio y sus implicaciones en un marco de acción específico. Se reconoció entonces una moral relativa, transformada a medida que la fuerza del poder la reinventa.

La entusiasta modernidad gestó en sus entrañas las contradicciones que prometió combatir. El siglo XX fue testigo de los horrores imperiales (I y II Guerra Mundial, Vietnam, el Golfo, etc.); la emergencia de movimientos de liberación nacional (revolución mexicana, rusa, cubana, levantamientos en Centroamérica, África y Asia); estallidos sociales; contraculturas; innovaciones científicas y tecnológicas; crisis en las instituciones socializadoras tradicionales; variedad de formas de gestión del poder político (comunismo, democracia, dictaduras, fascismo, socialismo), etc., en fin, experiencias que dieron cuenta del vaivén del curso de la historia, demostrando que el progreso no constituía una senda recta por el cual transitaría el mundo sino más bien el futuro estaría atado a los juegos de poder y contrapoder que en su seno germinaran.

En el ámbito económico, la sustitución del sistema fordista por el régimen de acumulación flexible en los llamados países desarrollados asentó un desplazamiento importante en la formas de producción y consumo del mercado global, con implicaciones notables para las naciones del “tercer mundo”.

Según Harvey (1990), el régimen de acumulación fordista se consolidó tras el pacto firmado entre los actores económicos (corporaciones, sindicatos y gobierno) con el denominado New Deal. La adopción de la teoría keynesiana de intervención estatal permitió la instauración del Estado de Bienestar en las naciones capitalistas, garantizando la incorporación del salario social a través del subsidio de la salud, la vivienda, la educación y otros semejantes.

La lógica subyacente a este modelo proteccionista era asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo (en un contexto marcado por las bajas de las guerras) para impulsar el crecimiento en la capacidad de consumo y por tanto elevar la tasa de beneficio del capital, cuyo patrón fue llamado círculo virtuoso del fordismo.

La producción en masa y por tanto el consumo en masa, inauguró una nueva estética basada en la uniformidad y la funcionalidad. De acuerdo con Sennet (2005) para el trabajador adscrito a este pacto, el tiempo seguía un curso recto: vínculo de pareja con duración ilimitada, familia estable, hijos a la universidad y ascenso dentro de la pirámide social para las generaciones venideras. Estos proyectos de vida masificados se sustentaron en el respaldo del empleo formal; la relación laboral amparada por las convenciones colectivas facilitaba la permanencia en el puesto de trabajo hasta por tres cuartos de la vida del trabajador, siendo “recompensado” por el acceso a un sistema de pensiones que le permitiera vivir, a sí mismo y a los suyos, cómodamente bajo los privilegios del consumo.

Para esta población, el futuro era un lugar seguro, estandarizado y planificado; el Yo moderno, armonizado por la voz de la razón y como reflejo de un mundo lógicamente organizado, se constituyó de forma monolítica y estable, provisto de características reales e identificables (Gergen, 2003).

No obstante, la estabilidad del régimen descansó sobre el equilibrio de fuerzas con intereses naturalmente contrapuestos. La exclusión de un contingente de trabajadores - mujeres, minorías étnicas, etc. - de la masa privilegiada, la pérdida de legitimidad de los sindicatos entre la clase obrera, la promesa incumplida de trasladar los beneficios del modelo a los países del “tercer mundo”, la recuperación de las economías europeas y de Japón -y la consiguiente creación de mercados para colocar

sus mercancías- la recesión de 1973 y la fisura en la hegemonía norteamericana (entre otros factores), precipitaron el fin del período fordista, abriendo paso a un nuevo régimen de acumulación capitalista: la acumulación flexible.

Esta incorporación al sistema global de las economías europeas y japonesa impulsó a las multinacionales a desplazar la actividad fabril hacia regiones convertidas en paraísos de desregulación laboral, principalmente en el sudeste asiático y Centroamérica, explotando la mano de obra de hombres, mujeres y niños a objeto de reducir costos y aumentar la competitividad. Harvey (1990) definió la acumulación flexible como “una confrontación directa contra las rigideces del fordismo. Apela a la flexibilidad de los procesos laborales, los mercados de manos de obras, los productos y las pautas de consumo” (p. 170). La innovación tecnológica, la adición de nuevas líneas y segmentos del mercado, las fusiones empresariales, la preponderancia del know-how científico y técnico (el conocimiento como mercancía/poder), el acceso instantáneo a los datos y por consiguiente la toma de decisiones rápidas y flexibles marcaron la pauta de un nuevo modelo de acumulación de capital que se convirtió en un modo de interpretar y de estar en el mundo. Germinaba la semilla posmoderna.

En Venezuela estos cambios hicieron eco durante las décadas de los 80 y 90 con la ola de privatizaciones y los consiguientes procesos de flexibilización de la relación laboral; las políticas impuestas por el FMI y el Banco Mundial en América Latina aniquilaron el precario andamiaje del *Welfare State* en nuestros países, apostando por el establecimiento de una economía de mercado condicionada por la posición de la región en la división internacional del trabajo como fuente de materias primas.

Del marco jurídico venezolano fueron eliminadas las garantías de las prestaciones por antigüedad, popularizando el mecanismo de subcontratación e incrementando la economía informal; bajo este contexto se acentuó la distribución de la miseria, los índices de pobreza extrema se elevaron y la movilidad social siguió una escala descendente, aumentando los niveles de conflictividad en general (Camejo, 2005).

Tal como lo advirtió Marx, las transformaciones en las condiciones materiales de vida tienen su correlato en las formas de estructuración de la subjetividad. Difundida desde los centros hegemónicos de producción del conocimiento (von Hayek, Friedman, Chicago Boys), la ideología neoliberal fue consolidándose en la vida cotidiana al instalar un fiero individualismo y una lucha por la supervivencia.

Según Harvey (1990) todo régimen de acumulación supone un “modo de regulación” que se materializa en reglas, leyes, costumbres y normas para garantizar la reproducción del sistema del capital. Las prácticas políticas y las formas culturales hegemónicas derivadas de esta ecuación se expresaron en hábitos y patrones de socialización que difirieron considerablemente con la lógica moderna inicial.

La promesa del progreso social fue reeditada en el éxito personal, promoviendo relaciones basadas en la competencia desleal y en la responsabilidad total del sujeto sobre sus acciones. Según estas premisas el triunfo o el fracaso dependieron exclusivamente del agente.

Bajo el amparo de la concepción mecanicista del *homo economicus* desarrollado por los economistas clásicos, se legitimó la noción de la libertad individual fuera de toda determinación socio-histórica, definiendo al sujeto como un agente racional poseedor de información plena y adecuada sobre su universo y por tanto capaz de responder apropiadamente a los estímulos económicos con el objeto de procurarse el bienestar propio.

Las reformas del Estado, entendidas como artilugios de desmantelamiento de las instituciones públicas y la consiguiente privatización de los derechos fundamentales de los ciudadanos, se sintetizaron en políticas públicas que obligaron a la sociedad a vivir con la carga de su propio peso; las garantías ganadas a fuerza de luchas históricas y derramamientos de sangre cayeron al despeñadero.

En el ámbito del saber, la continuidad de la tradición crítica en algunas universidades de nuestro país se vio amenazada por el desmembramiento de las estructuras que brindaban soporte; el presupuesto universitario público se hizo cada vez más insuficiente, por tanto las actividades de investigación y extensión dependieron del trabajo ad honorem de sus profesores y estudiantes o de los

convenios con las corporaciones a cambio de financiamiento (con sus orientaciones sobre qué, cómo y cuándo investigar), resultando en una situación precaria para el fomento del pensamiento crítico y la acción transformadora localizada en nuestro contexto.

En Venezuela -como en el resto de América Latina- el auge del modelo neoliberal se vio favorecido por la tendencia posmoderna de pensamiento, generando formas de legitimación de las nuevas condiciones sociales que impregnaron la vida y las prácticas de los individuos.

2.1.2. El discreto encanto de la Posmodernidad.

El diccionario de la Real Academia Española define la sensibilidad como la “facultad de sentir, propia de los seres animados”. Para Huyssens (c.p. Harvey, 1990), las transformaciones experimentadas en el universo social, económico, político y cultural desde mediados del siglo XX dan cuenta de un cambio en la sensibilidad, es decir, en la capacidad de percibir e interpretar sensaciones del mundo externo e interno. Si bien no representa una ruptura con el paradigma de organización socioeconómico imperante, vivimos una profunda transformación en la estructura del sentimiento:

“En un sector importante de nuestra cultura se ha producido un desplazamiento notable en la sensibilidad, en las prácticas y formaciones discursivas, que distingue a un conjunto de supuestos, experiencias y proposiciones posmodernas del que corresponde a un periodo anterior” (pg. 56).

Más que un periodo histórico o una variante de la tradición moderna, entendemos la posmodernidad como una forma particular de experimentar, interpretar y estar en el mundo. Para Harvey esta condición supone:

“La aceptación total de lo efímero, lo fragmentario, de la discontinuidad y lo caótico que formaban una de las mitades de la concepción de la modernidad de Baudelaire. El posmodernismo no trata de contrarrestar ni definir los elementos eternos e inmutables que pueden residir en él (...)

más bien se deja llevar y hasta se deleita en las corrientes fragmentarias caóticas del cambio como si fueran lo único que existiera” (p. 61)

Tal como señala el autor, esta nueva sensibilidad emerge de las contradicciones inherentes al proyecto moderno; tras el colapso de las tradiciones omnicomprendivas descendientes del cartesianismo, la duda dirige la búsqueda del sentido y se instala en el centro de la racionalidad instrumental, dando la bienvenida a la incertidumbre. Una vez más el mito que da coherencia a la organización social se transforma. El reconocimiento de la complejidad humana orienta la formulación de nuevas preguntas y construye respuestas diversas, presumiendo el re-nacimiento de la autonomía individual frente a las pretensiones universalistas de las narraciones anteriores.

En este sentido lo que distingue a la condición posmoderna es la incredulidad en los metarrelatos. La aspiración de contar con una representación unificada del mundo mediante discursos totalizantes y englobadores encuentra su muerte en los albores de la sociedad posindustrial, decantando por la exaltación de la pluralidad del sentido y la verdad contextualizada; en este marco el lenguaje se privilegia como constructor y legitimador de realidades, proliferando una multiplicidad de micronarraciones que revelan una preocupación por la otredad y subraya el interés en visibilizar a los excluidos de la historia (mujeres, gays, multiculturalidad, etc.), penetrando en los mecanismos infinitesimales del poder y la organización de la vida cotidiana (Harvey, 1990).

Esta misma pérdida de fe en los grandes relatos restringe el compromiso con un proyecto global de emancipación: “la acción puede concebirse y decidirse sólo dentro de los confines de un determinismo local, de alguna comunidad interpretativa” (p. 70, Harvey, 1990). Efectivamente, el escepticismo posmoderno posibilita el diálogo y la construcción de nuevas miradas, se interna en lo más profundo de la cotidianidad y suplanta la movilización política por la acción local en nombre del relativismo y del pensamiento pragmatista. Ante la ausencia de un horizonte global de transformación surge la pregunta sobre el qué, quién y cómo orienta la acción humana colectiva.

Por ello las tesis del desencanto y la anunciación del fin de la historia están cargados de un contenido ideológico evidente que favorece el redespliegue del orden económico. El régimen de acumulación flexible que permitió la estabilización del capitalismo tras las crisis de los 70", "flexibilizó" también las instituciones, la moral y la construcción unívoca de la personalidad del sujeto.

"En la cultura posmoderna se acentúa un individualismo extremo, un proceso de personalización que apunta la nueva ética permisiva y hedonista: el esfuerzo ya no está de moda, todo lo que supone sujeción o disciplina austera se ha desvalorizado en beneficio del culto al deseo y de su realización inmediata (...) Asociaciones libres, espontaneidad creativa, no-directividad, nuestra cultura de expresión, pero también nuestra ideología del bienestar estimula la dispersión en detrimento de la concentración, lo temporal en lugar de lo voluntario, contribuye al desmenuzamiento del Yo, a la aniquilación de los sistemas psíquicos organizados y sintéticos". (p. 14. Vásquez Rocca, 2011)

La estrategia de seducción que porta la promesa de la felicidad material es el epicentro del encanto posmoderno. La sustitución de los medios coercitivos del poder por una estética dionisiaca incita al goce consumista irresponsable y nutre al status quo; la acción colectiva es sepultada por la promoción de la autonomía narcisista. En consecuencia, la identidad moderna esencialista se destierra ante los ecos de las múltiples voces que luchan por declarar su existencia y legitimidad; para Gergen (2003) el Yo posmoderno se encuentra fragmentado y saturado por la diversidad de las transacciones sociales incoherentes y desconectadas entre sí que se fraguan a la luz de la nueva cultura de la información y las comunicaciones. Las certezas que acompañaron las concepciones del mundo y del sí mismo en la modernidad, son desmanteladas por el giro de conciencia que sumerge al individuo reflexivo en el cosmos de lo múltiple y lo plural, obligándose a construir y reconstruir su identidad en un proceso incesante.

Precisamente Lyotard (1991) ubica la génesis de la condición posmoderna en los procesos económicos de globalización del mercado y en la consolidación de la sociedad de la información. A través de los mass media se difunden y multiplican las

concepciones del mundo, imponiendo la hegemonía del capital de un modo sutil y naturalizado en las conciencias de sus usuarios; el lenguaje y la cultura de la imagen se erigen como agentes moduladores de la subjetividad individual. En esta era, los productos tecnológicos y los modos de investigación y transmisión del saber se modifican moldeando las condiciones materiales de existencia y generando efectos psicosociales importantes.

Así por ejemplo, las tecnologías de la información y las comunicaciones (TICs) han cambiado considerablemente las modalidades del intercambio social. En el mundo virtual de las redes sociales los contornos de lo público y lo privado son redefinidos; desde sus plataformas los usuarios participan en la vida política, revelan su intimidad y sostienen vínculos de pareja y amistad. El riesgo continuo de exclusión del mundo social se mitiga con la afiliación y el reconocimiento de los otros en este entramado; el sí mismo se edifica en un proceso claramente relacional, discontinuo y descentrado como un reflejo del estado del saber que analiza Lyotard.

Encerrados en esta jaula psíquica de la moral exhibicionista se potencia una supervaloración de lo afectivo que convierte las experiencias interpersonales en mercancías y los individuos en consumidores.

“Las redes sociales necesariamente se ven atravesadas por esta sociedad de consumo, en donde sus usuarios son sujetos de mercado, o de consumo, quienes frente a la demanda de otros -es el caso de promociones, o publicidades- tienen la ilusión de ser ellos mismos los que eligen el producto acorde a sus necesidades, cuando en realidad el deseo de consumo es provocado por el mercado. Este nuevo sujeto, inmerso en una sociedad hiperconsumista se ve orientado a la búsqueda de mercancías que le provean de experiencias emocionales, de inmediatez, y de comunicación; y las acciones de este consumidor convertirán su consumo en una vivencia” (p. 159. Elizondo y Picot, 2011).

La omnipresencia del aparataje globalizador promueve una subjetividad collage enmarcada en el consumo y la incertidumbre; tal como advierte Gergen (2003) el Yo desmembrado y multifrénico es producto de la saturación de la realidad

material asediada por el acceso ilimitado a la información y las comunicaciones. En el reino de la hiperconectividad, la publicidad asume el signo de la juventud como divisa del nuevo Zeitgeist; por ello en el apartado siguiente se desarrollará un repaso por la categoría de los jóvenes y su implicación en la trama de las relaciones sociales posmodernas.

2.2. Una aproximación histórica a las juventudes.

Desde la antropología se ha considerado la edad -al igual que el sexo- como un referente universal de organización social (Feixa, 1996). La experiencia biográfica de los individuos suele estar construida culturalmente en periodos diferenciados entre sí con el objeto de categorizar a los miembros de cada segmento del ciclo vital en función de las características y pautas de comportamiento que le son atribuidos. A pesar de constituir un criterio común de estratificación de la estructura social, la forma en que se originan las construcciones de las edades varía de una cultura a otra en términos de duración, ritos y prescripciones.

A menudo el compartimento que se sitúa entre la niñez y la etapa adulta es mostrado como un fenómeno universal y transhistórico. Los púberes (sociedad primitiva), efebos (sociedad antigua), mozos (sociedad medieval), muchachos (sociedad industrial) y jóvenes (sociedad posindustrial) han sido contruidos sobre horizontes de posibilidad limitados y atados a códigos simbólicos prescritos (Feixa, 1999). Ser joven implica una forma de estar en el mundo; potencialidades, aspiraciones, requisitos, modalidades éticas, estéticas y lenguajes, suponen el reflejo de una invención del pensamiento dominante materializado en un marco interactivo cotidiano que incide considerablemente en el proceso de constitución de la identidad personal.

La juventud como imagen cultural de Occidente emerge masivamente en el siglo XX; según Feixa (1999) la sociedad industrial inaugura importantes transformaciones en las cuatro agencias tradicionales de socialización. Para éste autor la familia fue la primera institución en mostrar cambios; las figuras parentales empezaron a asumir un papel activo en la promoción del desarrollo educativo y afectivo de los hijos, prolongando su dependencia económica y moral. La

industrialización permitió consolidar esta tendencia en la burguesía y expandirla progresivamente hacia otras clases sociales a partir de los procesos de urbanización y nuclearización de los grupos familiares.

La escuela también empezó a convertirse en un sólido espacio para la iniciación social. El objetivo moral de masificar este instrumento de normalización consistía en aislar por un tiempo a los jóvenes del mundo adulto mediante un régimen disciplinario cada vez más rígido y homogeneizante (Feixa, 1999). Por su parte, la obligatoriedad del servicio militar para los varones facilitó las condiciones para el surgimiento de una “conciencia generacional”, originada por la convivencia durante un tiempo prolongado de un grupo de jóvenes de diversa procedencia en un espacio delimitado.

Finalmente para este autor, la cuarta institución en presentar los cambios más complejos fue la del mundo laboral. La primera industrialización no tuvo diferenciación en la fuerza de trabajo, por lo cual incluyó mano de obra de todas las edades, incluso infantil; los avances tecnológicos y el incremento en la productividad permitieron alejar a los niños y adolescentes de las fábricas durante la segunda Revolución Industrial. La universalización de la escolaridad “democratizó” el concepto de adolescente, extendiendo los rasgos de este periodo a todas las clases sociales y hacia el género femenino. Bajo este contexto “surgen las primeras asociaciones juveniles modernas dedicadas al tiempo libre” (p. 39), arraigándose dos representaciones de la imagen cultural de la juventud: la del conformista (los muchachos burgueses) y la del delincuente (los jóvenes proletarios). De acuerdo con Feixa (1999) “mientras para los primeros la juventud representaba un período de moratoria social marcado por el aprendizaje escolar y el ocio creativo, para los segundos representaba a menudo su expulsión del mundo laboral y el ocio forzoso” (p. 41).

Durante el periodo de la posguerra se impuso en Occidente el modelo de la juventud conformista, generalizando a todos los estratos sociales la concepción de la adolescencia como un período libre de responsabilidades, despolitizado y consumista. El predominio de la imagen cultural de los jóvenes como sujetos pasivos y conformistas estuvo fundamentado en cinco importantes condiciones socioeconómicas y morales que describe Feixa (1999) a continuación:

1. Estado de Bienestar: la estabilización del régimen de acumulación fordista permitió la creación de un marco jurídico protector de los grupos dependientes mediante políticas de educación plena, seguridad social y estabilidad laboral para los padres, dotando a los jóvenes de una capacidad adquisitiva considerable.
2. Crisis de la autoridad patriarcal: la libertad juvenil y de adscripción grupal intensificó la oposición a todo tipo de autoritarismo, trasladando los referentes jerárquicos hacia otras esferas fuera de la figura del padre.
3. Consumo: la publicidad encontró en la juventud un segmento de mercado para ofrecer productos de adolescentes: moda, música, locales, etc., definiéndolos como grupo homogéneo de consumidores sin distinciones de clase.
4. Mass media: tras la aparición de los medios de comunicación de masas se instauró una cultura juvenil internacional, articulando un lenguaje universal que direccionó la identificación de los jóvenes, otrora con la pertenencia a una clase social o etnia determinada, con sus coetáneos mundiales.
5. Transformaciones morales: la sustitución de la moral puritana parental por una moral consumista más laxa y flexible abanderada por la juventud.

La imagen universal del joven conformista impuesta en Occidente se enfrentó a las contradicciones de la sociedad moderna. Durante los sesenta y setenta “la juventud” tomó un rol protagónico en el espacio público; el compromiso social y el activismo político se manifestaron en variados episodios históricos, llevando a muchos pensadores a reelaborarla como el sujeto revolucionario, nuevamente una generalización que pretendió agrupar en esta categoría a un grupo específico (los estudiantes universitarios) fuera de cualquier diferencia de clase e ignorando las singularidades periféricas.

Las condiciones socioeconómicas en los países industrializados se transformaron. Tal como mencionamos en el primer apartado, el desmantelamiento del Estado de Bienestar trajo consigo una serie de cambios en la organización de la sociedad, reforzando la imagen mediática del conformismo, la desmovilización política, el consumismo, la drogodependencia y la violencia.

El postergamiento de la juventud se enmarcó en este nuevo panorama social. La precarización del empleo alargó el período de dependencia familiar, impulsando a los sectores medios de la sociedad a invertir mayor cantidad de tiempo y recursos en la formación académica de los hijos a objeto de garantizar su futura incorporación en un mercado laboral altamente competitivo. Esta moratoria social posibilitó que en las clases medias y altas se alargara el promedio de edad para el matrimonio y la procreación, brindándoles la oportunidad de contar con un tiempo libre de responsabilidades legitimado socialmente.

Sin embargo, esta suerte de “estado de gracia” de la juventud contiene un elemento de diferenciación social. En las clases populares este período del ciclo vital se experimenta en condiciones diferentes; las necesidades económicas de su grupo familiar impulsan al joven a incorporarse en el mercado laboral tempranamente (los que pueden tener acceso a éste) ó desempeñar actividades fuera del marco del empleo formal con el fin de obtener los recursos materiales y simbólicos necesarios para su subsistencia. Asimismo, las familias suelen formarse al término de la adolescencia y en el caso de las jóvenes los hijos son frecuentemente concebidos durante ésta, matizando las modalidades y experiencias en esta etapa de la vida.

Para Margulis y Urresti (s/f¹) el modelo “moratorio” de juventud enfrenta dos grandes retos en la sociedad actual:

1. El tiempo libre del cual gozan muchos jóvenes no es producto de esta etapa de ligereza legítima, sino representa un tiempo de culpas e impotencia por no lograr acceder al sistema de educación superior y/o el empleo formal desde la posición que ocupa en el entramado social, lo cual puede conducir a la marginalidad, la delincuencia y la desesperación.
2. La incertidumbre con respecto al futuro se expresa también en la prolongación de los estudios superiores en las clases medias. La marcada independencia del capital con respecto al trabajo en la sociedad actual se materializa en la falta de un destino económico adecuado a la formación del joven que egresa del sistema educativo, concibiendo la mayor capacitación como un nuevo imaginario para permanecer en las instituciones de enseñanza y postergar las faltas de certeza con respecto al futuro.

La clase es un factor fundamental para la estructuración de las trayectorias sociales de los jóvenes; los enclaves materiales involucran escenarios simbólicos heterogéneos y suponen percepciones, actitudes, comportamientos y valores distintos entre los integrantes de cada sector. No obstante, la “juventud” como categoría social, es decir, como constructo aglutinador de una población en un rango de edad determinado, es también un producto de la lógica del mercado en la sociedad de consumo.

La imagen cultural del joven en la publicidad está estereotipada en rasgos de vitalidad, alegría, frescura y despreocupación; comúnmente se muestran muchachos y muchachas con expresiones de felicidad, emprendedores y dinámicos, vistiendo ropas de marcas en cuerpos esbeltos y tonificados, asistiendo a lugares de moda y consumiendo productos estructurados para promover un estilo de vida: música, cine, telenovelas, literatura, gastronomía, etc. Este modelo hegemónico de juventud (reflejo exclusivo de los sectores medios y altos de la población con capacidad para financiar hábitos de consumo costosos), se exporta a la sociedad como un signo, fuera de toda determinación de clase, edad o etnia; el patrimonio de la mocedad es comercializado en el mercado de los bienes y servicios, quienes puedan pagarlo experimentarán el mito de la eterna juventud.

Este modelo estético juvenil que se difunde por los mass media resulta un ícono eficaz de identificación para la venta de mercancías. El proceso de juvenilización de la sociedad es representativo de la época posmoderna, según Margulis y Urresti (s/f¹):

“La juvenilización habla de la búsqueda de un cuerpo inalterable, un espejo sin tiempo, una imagen sin pasado y sin las marcas de la historia y puede observarse, en sectores significativos de la sociedad, la caducidad de lazos de compromisos y solidaridad, antes vigentes, y el empleo de parte considerable de sus energías y deseos en el apego narcisista al cultivo y atención del propio cuerpo” (p.16)

La tendencia a la juvenilización de la sociedad apunta por el descenso del compromiso con lo público, el retraimiento hacia el espacio privado y un creciente interés por el bienestar personal. En esta atmósfera, la juventud constituye un

símbolo, una suerte de estado de ánimo que se representa en el cuerpo y en la psique de los individuos mediante prácticas y discursos que trascienden los límites de un rango de edad (Margulis y Urresti, s/f¹).

Para la cultura del massmedia, la juvenilización resulta una maniobra de seducción, el arte de la alienación propagado a través de los mecanismos de circulación de la ideología dominante, constituyendo la industria cultural un dispositivo fundamental para la promoción del consumo y la estructuración del sentido. En el marco de unas dinámicas sociales excluyentes, la publicidad iconográfica ubica en lo joven maniobras válidas para la participación y a su vez para la construcción de la identidad; referentes con una nutrida variedad estilística cuyo punto común se instaura en la estética consumista.

Bajo este sistema mediático se engendran modelos de tribalización basados en el consumo como estrategia de participación legítima en el mundo de lo público. Según Maffesoli (2001) la tendencia hacia el agrupamiento en comunidades afectivas coetáneas surge espontáneamente como una reacción frente al anonimato impuesto por la sociedad global; la lógica del mercado capitalizó el interés de los jóvenes en conformar lazos de solidaridad ad hoc para desmovilizar políticamente y orientar su acción hacia el consumo. Algunos, por sus trayectorias vitales pueden asumir el modelo estereotipado para la distinción social siguiendo vías socialmente aceptadas, otros (las mayorías excluidas) están condenados a buscar caminos alternos, y quizás algunos de ellos, a modo de hipótesis, al margen de la ley.

Las tribus urbanas desarrollan una cultura propia y diferencial marcada por el lenguaje, los rituales y los símbolos; la afirmación del yo se hace en y con el grupo de referencia, defendiendo los valores que los definen como comunidad; en Venezuela los sifrinós, skater, rockeros, tukis, etc. son manifestaciones tribales que involucran una manera de pensar, sentir, estar e interpretar el mundo, visten de una forma determinada, y actúan según el resto del grupo. A pesar de que la estética no escapa a elementos de clase diferenciadores entre sí, todas las tribus son víctimas de la misma estrategia de seducción: el consumo como símbolo de poder, pertenencia e identidad en un mundo que amenaza continuamente con la exclusión de sus esferas relacionales.

2.3. Consumo cultural: música pop.

El consumo como proceso sociocultural ha sido estudiado desde versiones económicas e interactivas como un lugar necesario en el ciclo de la producción o un elemento de disputa en la sociedad de clases, cuya distribución desigual de bienes se manifiesta en las prácticas de apropiación y uso. A partir de la década del 70' se ha establecido un giro en las investigaciones hacia la racionalidad consumidora evaluada desde los procesos de distinción simbólica como elementos de identidad y diferenciación entre clases y grupos sociales (García, 1995).

Con una economía especulativa y cada vez más feroz que sustituye la condición de ciudadanos por la de consumidores, los bienes culturales de la industria del entretenimiento ocupan un lugar privilegiado. Según García (2002) esta industria se define como “el conjunto de actividades de producción, comercialización y comunicación en gran escala de mensajes y bienes culturales que favorecen la difusión masiva, nacional e internacional, de la información y el entretenimiento, y el acceso creciente de las mayorías” (p.1). La lógica mercantilista y de máximo beneficio que opera desde estos centros de producción de tipos de sujeto sofoca las expresiones culturales locales y se encausa en el proyecto normalizador de la sociedad.

La estrategia globalizadora del mercado se valió del andamiaje tecnológico y mediático para trascender las fronteras temporo-espaciales que históricamente habían configurado las prácticas culturales de los individuos. Así el espacio público fue decorado con productos homogéneos diseñados desde los laboratorios del marketing del espectáculo, pregonando un discurso que vincula placer y consumo y que designa a la juventud como nicho de mercado fructífero para el redespigamiento de las fuerzas del capital. Esta maniobra que fue instaurada inicialmente en los países desarrollados se transformó luego en una fuente eficaz para la exportación de modelos y signos al resto de las naciones. Hormigos y Martín (2004) señalan el impacto de estas condiciones sociales:

“La nueva ética hedonista sumada a la aparición de un novedoso mercado destinado a la juventud afectó de modo profundo a los estilos de vida de la misma. La música comenzó a ocupar un lugar central en la

construcción del universo simbólico juvenil y en consecuencia se desarrolló un potente mercado destinado a satisfacer esta necesidad. A partir de los años cincuenta se estableció una relación muy fuerte entre la música popular y la juventud” (p. 263).

La música pop germinó con el signo de lo joven y a su vez este nacimiento reconfiguró la noción de juventud que la sociedad detentaba. Pero ¿por qué estas producciones explotan el tema del amor y no otro? ¿qué jerarquía de valores y necesidades plantean mediante la configuración del imaginario sonoro?

Frith (2001) explica el impacto de la música popular en los procesos de sociabilidad de los jóvenes a partir de cuatro funciones o “modos de usar” tales productos comerciales. La primera está vinculada con la identidad, para el autor: “el placer que provoca la música pop es un placer de identificación con la música que nos gusta, con los intérpretes de esa música, con otras personas a las que también les gusta” (p. 419). Constituye entonces una forma construir el yo y la alteridad, lo que valoramos positivamente y lo que rechazamos. En torno a estas definiciones surgen también lazos de fraternidad, elementos para la empatía, la agrupación y también para la diferenciación (p.ej. reggaetoneros vs. metaleros); el gusto musical suele emparejar y hasta cierto punto predecir las preferencias de consumo y de relación con otros productos de la industria cultural.

Para Frith (2001) la segunda función refiere al mundo emocional y el manejo de lo público y lo privado. La mayoría de las canciones del pop giran en torno al tema del romance y el vínculo de pareja:

“Porque la gente necesita darle forma y voz a las emociones, que de otra manera no podrían expresarse sin resultar incómodas e incoherentes. Las canciones de amor son un modo de dar intensidad emocional al tipo de cosas íntimas que nos decimos entre nosotros (o a nosotros mismos) en términos que son de por sí muy poco expresivos (...) Estas canciones no reemplazan nuestras conversaciones, pero logran que nuestros sentimientos parezcan más ricos y más convincentes incluso para nosotros mismos, que si los expresáramos en nuestras propias palabras” (p. 420)

Tal como señala Fernández (2000) la afectividad es compleja y suele involucrar una serie de procesos que van más allá del uso de la palabra. La industria del pop explota la constitución afectiva de nuestra sociedad y la usa para promover el gusto y la afiliación; pero claro está, con sus silencios selectivos. Las producciones musicales no nos hablan del tema emocional en toda su diversidad, por el contrario disparan mayoritariamente concepciones del amor basadas en estereotipos de género y heteronormativas. Las distintas modalidades de la trama íntima carecen de voz en estos medios, modulando experiencias de romance y ruptura a partir de los protocolos difundidos.

La tercera función tiene que ver con la organización del sentido del tiempo y la configuración de la memoria colectiva:

“Sin duda uno de los efectos de cualquier música, no solamente de la popular, es el de conseguir intensificar nuestra experiencia del presente. Una de las consecuencias mas obvias de la organización musical de nuestro sentido del tiempo es el hecho de que las canciones y las melodías son a menudo la clave para recordar cosas que sucedieron en el pasado” (p. 420).

La música da sentido a espacios sociales. En la configuración de la memoria afectiva se encuentran elementos musicales tanto a modo individual como colectivo. En el plano personal, es común asociar ciertas canciones con anécdotas biográficas: el primer beso, el vals de 15 años, la noche en la discoteca, etc. a nivel colectivo puede expresarse en forma de identificación generacional, por ejemplo, la música de los 90', las canciones del matiné, los estados afectivos o las luchas que identificaron en un periodo determinado a ciertos grupos de jóvenes (p. ej. la música revolucionaria de los 70' o los nostálgicos de los 80' con Karina y Ana Gabriel).

La última función, estrechamente vinculada al tema de la identidad, refiere al carácter de propiedad que, como cualquier otra mercancía, confiere la música popular. Una canción es poseible en tanto las experiencias personales están mediadas por la misma y este sentido de pertenencia no sólo se establece con la letra o el ritmo sino también con el intérprete y su ejecución; de esta lógica surge la figura del “fan”, un compromiso afectivo y psicológico con quien encarna un episodio o sentimiento

de la vida propia: “al poseer una determinada música, la convertimos en una parte de nuestra propia identidad y la incorporamos a la percepción de nosotros mismos” (p. 422. Frith, 2001). Esta apropiación modula la construcción de nuestras experiencias y la forma de posicionarnos ante ellas: “si bien llegamos a creer que poseemos nuestra música, no tardaremos en darnos cuentas de que estamos poseídos por ella” (op. Cit.)

La corriente del pop sostiene una hegemonía vigorosa dentro del espectro sonoro; aglutina compañías discográficas y medios de comunicación con el propósito de diseminar sin mayores trabas sus productos en el entorno global, controlando la expresión musical a partir de la homogenización de letras, melodías e imágenes. De este modo la industria del entretenimiento configura el gusto social. Causa y efecto se constituyen mutuamente.

En suma, estos productos generan emociones y sentidos de identidad individual y colectiva, facilitando la interacción social con prácticas, estilos, códigos, comportamientos y lenguajes asociados al consumo y la moda. Desde esta maquinaria la cultura se convierte en mercancía y vende experiencias que se centran fundamentalmente en el tema de los placeres. Entre ellos, en el amor y el desamor se ha construido un goce estético que es explotado y comercializado por esta industria, incidiendo en las estructuras del sentir de las audiencias condicionadas a responder ante estos contenidos.

2.4. Sobre el amor.

Las diversas modalidades de interpretación del sentimiento amoroso han contribuido en la construcción de los imaginarios de las relaciones de pareja, posicionándola como una meta deseable e imprescindible en la sociedad actual. Múltiples formas amar conviven, se adaptan y/o se resisten a los patrones culturales predominantes; a continuación agrupamos en tres categorías las teorizaciones exploradas en estos terrenos.

2.4.1 El Amor Complemento: la unidad original. “Y es que sin ti todo se quedó por la mitad”³.

La cristalización del instinto gregario señalado en la teoría freudiana se expresa en la búsqueda de compañía y pertenencia. A éste propósito, La Real Academia Española (2001) define el amor como “sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser”.

La falta se hace ontológica. Según el famoso mito de Aristófanes, en la obra de Platón (1997) el ser humano primitivo fue un andrógino poderoso dotado de un componente masculino (dependiente del sol) y uno femenino (dependiente de la tierra). Eran criaturas circulares, con cuatro piernas y cuatro brazos, dos rostros y una cabeza. En virtud de su gran fuerza y valentía quisieron enfrentarse a los dioses, por lo que Zeus, como castigo, los dividió en dos, obligándoles a pasarse la vida en busca de su otra mitad, que no es otra cosa que sí mismo.

Así pues, el Eros alude a la insuficiencia propia y la conciencia de finitud, parte de una relación de simetría e igualdad proveniente de la separación de un ser único, lo que implica placeres y deseos comunes. El deseo de la inmortalidad (parecerse a los dioses) es satisfecho a través de la procreación. Sabiendo el hombre que su estancia terrenal es limitada, procura eternizarse sustituyendo el ser viejo por uno nuevo (Platón, 1997). La base de la reproducción de la especie y su vínculo con el amor proviene de este discurso; tras él se esconde la necesidad política de poblar el mundo, garantizar la organización de las polis y posteriormente darle sustento al anexionismo imperial.

La perspectiva de Platón enfatiza el valor del amor en relación a la belleza, y ésta en función de la verdad. Es mediante la búsqueda de la verdad que se halla el amor, ascendiendo desde lo humano (la contemplación de la belleza de los cuerpos y de las almas) a lo eterno (la belleza en sí misma, la esencia).

³ “A medio vivir”, canción interpretada por Ricky Martín incluida en el álbum homónimo del año 1995.

Para Foucault (2010) la erótica platónica contiene una preocupación de carácter ontológico: la tarea del enamorado es reconocer que verdaderamente es amor lo que le embarga ¿Qué es el amor mismo, cuál es su naturaleza, y por consiguiente, cuáles son sus obras?. En la angustia amorosa de nuestros tiempos también se expresan estas interrogantes pero presumimos que se hallan diluidas en el plano de lo deóntico, de las prescripciones culturales y sus transformaciones.

La noción de que el amor se basa en el encuentro entre iguales oculta las disimetrías en las relaciones de pareja; los juegos de poder se enmascaran en el mito de la complementariedad. Promoviendo la imagen del ser incompleto, se le impulsa a internarse en la eterna búsqueda de esa parte del yo perdido; el encuentro con la mitad original, conocido popularmente como la media naranja, promete encaminar la vida hacia el sendero de la felicidad.

Frente a las condiciones de incertidumbre del mundo moderno, el amor como complemento se inserta dentro de las maniobras individuales posibles, por tanto se sobredimensionan las esperanzas y expectativas y al mismo ritmo crecen las decepciones y frustraciones. Desde esta perspectiva, la felicidad es extranjera. Viene de una nación que no es la propia y para alcanzarla es preciso instalarse en un territorio distinto al originario. En este sentido de Rougemont (1986) advierte:

“La idea moderna de la felicidad es comparable con una Eurídice: se la pierde en el momento en que se pretende agarrarla. Toda felicidad que se quiere sentir, que se quiere tener a la propia merced -en lugar de estar en ella como por gracia- se transforma instantáneamente en una ausencia insoportable” (p. 282).

El amor es la puerta itinerante hacia la alegría y el dolor, va de un lugar a otro cuando menos se lo espera. La cultura hedonista rechaza el sufrimiento; la satisfacción se supone plena e inmediata, sino el objeto puede ser sustituido. A este respecto Fromm (2006) afirma:

"En una cultura en la que prevalece la orientación mercantil y en la que el éxito material constituye el valor predominante, no hay en realidad

motivos para sorprenderse de que las relaciones amorosas humanas sigan el mismo esquema de intercambio que gobierna el mercado de bienes y de trabajo” (pág. 16)

No obstante, para este autor el amor está en el centro del problema existencial del hombre. La pérdida de la unidad original con la naturaleza es la fuente de las preocupaciones humanas; esta ansiedad se retrata en el mito bíblico de Adán y Eva, y es sintetizado para nuestros tiempos en el nacimiento de un nuevo ser. Indudablemente es imposible regresar al paraíso o al vientre materno, en esos espacios las certezas y la protección están dadas naturalmente; cuando la humanidad es arrojada de ellos, el hombre solo cuenta con su razón, es vida consciente de sí misma, consciente de su soledad, de su constitución como entidad separada:

“El hombre -de todas las edades y culturas- enfrenta la solución de un problema que es siempre el mismo: el problema de cómo superar la separatividad, cómo lograr la unión, cómo trascender la propia vida individual y encontrar compensación. El problema es el mismo para el hombre primitivo que habita en cavernas, el nómada que cuida de sus rebaños, el pastor egipcio, el mercader fenicio, el soldado romano, el monje medieval, el samurai japonés, el empleado y el obrero moderno.”(p.24)

Según Fromm vencer la separatividad constituye la necesidad humana más profunda, por tanto el hombre ha desarrollado tres formas, a su parecer ineficientes, de perseguir la unión:

1. Estados orgiásticos: son alcanzados mediante trances autoinducidos, por el consumo de drogas o el orgasmo sexual. En estos cuadros de exaltación el mundo exterior desaparece, y con él, el sentimiento de separatividad; una vez concluida la experiencia orgiástica la soledad retorna con mayor fuerza convirtiéndose en un ciclo interminable. Todas estas prácticas comparten las características de intensidad y periodicidad, incluso su manifestación puede ser de modo violento, por tanto el vínculo es transitorio.
2. La unión basada en la conformidad con el grupo: es la forma predominante de superar el estado de separación. El ser individual desaparece en gran medida

al adaptarse a las costumbres, las ideas o el patrón del grupo; la mayoría de la gente no es consciente de la necesidad de conformismo que le apremia, creen la ilusión del individualismo, de que sus conclusiones son resultado de sus propios pensamientos. El trabajo y la diversión están rutinizadas. La diferenciación se establece en base a un número limitado de posibilidades, por ejemplo en las preferencias estéticas y en las afiliaciones políticas o académicas. Se trata entonces de una pseudo-unidad.

3. La actividad creadora: la persona que crea se une con su material y este representa el mundo exterior a él. En todos los tipos de trabajo creador el individuo y su objeto se funden, se tornan uno; con la división del trabajo la producción está fragmentada, la planificación del proceso de trabajo no depende del individuo, su capacidad creadora se inhibe bajo la hegemonía del capital. En caso de acceder al sistema artesanal, esta forma de conexión no es interpersonal.

La solución plena para el estado de angustia es desarrollar el arte de amar, que en sí mismo conlleva éstas formas descritas. La fusión amorosa implica preservar la propia integridad e induce la unión con los semejantes; es la fuerza que sostiene a la raza humana, la familia y la sociedad, por tanto es una actividad que consiste en dar más que en recibir. La intuición, característica de todo arte, puede alcanzarse mediante el dominio de la teoría y la práctica continua. El psicoanalista concibe la relación amorosa como un fenómeno de la madurez que se exterioriza en el deseo de dar cuidados, respeto, conocimiento y responsabilidad por el otro; de esta manera se mitiga la ansiedad y el egoísmo del hombre.

El amor se vislumbra como sendero de reconciliación con la naturaleza. La teoría de Fromm es humanista y universal, opera a nivel existencial y pretende posicionar el arte de amar como un manantial de sentidos para la vida; sin embargo advierte que para remediar el problema de la humanidad el amor maduro debe dejar de ser un hecho marginal; conquistar ese objetivo pasa por transformar radicalmente la estructura social: “analizar la naturaleza del amor es descubrir su ausencia general en el presente y criticar las condiciones sociales responsables de esa ausencia” (p. 175).

Parte importante de la disertación de este autor se basa en estereotipos de género y en la sexualidad normativa, dificultando el reconocimiento de las múltiples construcciones del amor y las prácticas discursivas que genera. Pese a ello, valoramos la heterogeneidad de los discursos que se desarrollan sobre el vínculo amoroso, comprendiendo que desde el paradigma al cual se adscriba quien lo interpreta dependerán sus concepciones. En todo caso podemos afirmar con Fromm que el deseo de unirse a un otro orbita con fuerza en el imaginario Occidental posicionándose por encima de otros vínculos fraternos y de solidaridad colectiva.

Bien sea por considerarlo un hecho social que se impone de forma externa a la conciencia o por una reactualización arquetipal que se encarna en la vivencia individual, la búsqueda de la pareja es insoslayable en nuestra sociedad. La idea del complemento (bien sea desde la perspectiva platónica o religiosa -que veremos en el siguiente apartado) subsiste en la psique y en el cuerpo; el discurso de la ausencia nos construye como seres incompletos y en función de este motorizamos encuentros afectivos con los otros. Al fin y al cabo quizás podamos responder desde nuestro marco experiencial... ¿acaso no hemos creído descubrir a nuestra media naranja cuando estamos sumergidos en las mieles de la pasión?

2.4.2. Del Amor romántico o pasión. Rómpeme, mátame, pero no me ignores, no, mi vida...⁴

“El amor feliz no tiene historia, solo el amor mortal es novelesco” (p. 16, de Rougemont, 1986). El entusiasmo que imprime el amor pasión a la producción cultural del Medioevo se condensa en el erotismo idealizado del sufrimiento; la imagen de que el romance se alimenta de obstáculos, de breves excitaciones y separaciones, proviene de esta búsqueda de lo «apasionante», desligándose este sentido de la raíz etimológica del término; aquellas experiencias efervescentes que dan rienda suelta a deseos eternamente insatisfechos son tomados como prueba de vitalidad y trascendencia: “el hombre de la pasión espera del amor fatal alguna revelación sobre sí mismo o sobre la vida en general: último residuo de la mística primitiva” (p. 283).

⁴ Canción titulada “rómpeme mátame”, interpretada por el grupo Trigo Limpio en 1974.

Este imaginario amoroso compendia la imposición del cristianismo a los herederos paganos. El culto a Eros suponía la fusión del individuo en el dios, una disolución del yo; las criaturas terrenales eran consideradas producto del error, y por tanto no había prójimo o redentor, la perfección se alcanzaba perdiéndose en ellos como camino a la divinidad. Por otro lado, en la tradición Cristiana, el Ágape se instaura a modo de necesidad en el hombre autónomo que perdió a Dios tras su desobediencia; la reconciliación fue encarnada en su Hijo afianzando el mandamiento de amar a Dios y al prójimo como a sí mismo. En tal sentido, la comunión, la unión de dos prójimos, se dispuso como vía para transitar el desamparo y merecer la esperanza. Según esta perspectiva, la idea de la pasión procede originalmente de los paganos; doctrinalmente para los cristianos resultaría una afrenta y una falta de fe, el ser humano nunca será uno con Dios «Dios está en el cielo, tú en la tierra» (de Rougemont, 1986)

La consolidación del cristianismo como fuerza cultural aglutinadora del imperio de Constantino entrañó la imposición violenta de sus doctrinas a los recién convertidos. El dogma de la Iglesia fue patrimonio legitimador de príncipes y clases dominantes, imponiendo una cosmovisión contrastante con los modos propios de existencia de las poblaciones conquistadas. Sin embargo, los procesos de coloniaje no destruyen por completo las identidades sometidas; la resistencia se cuele por los rincones. Las formaciones identitarias se configuran como campo de batalla de las disputas sociales históricas generando universos sincréticos de significados.

En el caso del amor, el culto a Eros permaneció clandestino en las conciencias colectivas. Si bien trató de ser combatido por la institución sacramental del matrimonio, acabó teniendo una función social importante: “orientar secretamente las nostalgias de la humanidad sufriente. Era sin duda una herejía, pero pacífica, y en algunos de sus aspectos muy favorables para el equilibrio civilizador” (p. 244, de Rougemont 1986). Incluso su repercusión se halla en fragmentos bíblicos del nuevo testamento; el apóstol Pablo en el libro primero de Los Corintios 13:4-7 expone una síntesis de las posturas en pugna: “el amor es sufrido y bondadoso (...) todas las cosas las soporta, todas las cree, todas las aguanta”.

Pese a ello la concreción de esta herencia se manifestó en el siglo XII (época de “nacimiento” del amor cortés del cual deriva la concepción moderna de amor

romántico). De Rougemont señala que es en la literatura europea medieval donde se extrae la fenomenología de este sentimiento; los trovadores provenzales dedicaron su vida a la composición de obras destinadas a las relaciones imposibles, generalmente con mujeres casadas.

Durante el período premoderno el amor prohibido fue considerado una desgracia; encontrarse con el amado(a), sentir su proximidad, disfrutar del ardor erótico, llorar la despedida y sufrir la larga ausencia era exponerse a un riesgo mortal sin precedentes. Internamente se debatía la paradoja de la organización social: tal pasión sería un sufrimiento, pero sin lugar a dudas, sería un sufrimiento hermoso y más lleno de vida que el matrimonio:

“El amor romántico se percibía como una fuerza subversiva que amenazaba el orden legal y moral de la Europa premoderna de los matrimonios arreglados. Retó el orden establecido y estuvo infundido por un aura de transgresión elevado como valor supremo”. (p. 21. Martínez, 2004)

La leyenda de Tristán e Isolda y la historia de Abelardo y Eloísa fueron íconos de este tiempo; a pesar de las lágrimas vertidas por la relación imposible, el llanto nunca apagó los ardores, se eternizaron en el inconsciente colectivo reformulando figuras arquetípicas y construyendo otras. De este modo el amor pasión se asentó en nuestra psique bajo la estampa del mito:

“Un mito es una historia, una fábula simbólica, simple y patente, que resume un número infinito de situaciones más o menos análogas. El mito permite captar de un vistazo ciertos tipos de relaciones constantes y destacarlas del revoltijo de las apariencias cotidianas (...) su carácter más profundo es el poder que ejerce sobre nosotros, generalmente sin que lo sepamos”. (p. 91, de Rougemont 1986).

Con importantes diferencias de tiempo, la obra de Romeo y Julieta se convirtió en un clásico universal de la literatura; las Aventuras y Desventuras del Joven Werther dejó una impronta considerable en la Alemania del siglo XIX; más recientemente en el campo cinematográfico el Titanic tuvo record de asistencia en las

salas de cine a nivel mundial. Muchos lectores y espectadores se conmovieron con cada tramo de las historias de estos personajes; las reminiscencias de la organización amorosa del pasado movilizaron las subjetividades colectivas, permitiendo atar sin mayores contradicciones el romance y la tragedia en un territorio común.

En este imaginario el amor se tejió con los hilos del sufrimiento, tornándose en una linda y deseable catástrofe; en unos casos nos sentimos presa de un conjuro mágico que trasciende nuestra capacidad volitiva, en otros desarrollamos estados de sumisión enfermiza hacia un otro que de alguna manera siempre sentimos ausente. Barthes (1993) retrata un episodio de tal pasión sufriente en el discurso del enamorado:

“La espera es un encantamiento: recibí la orden de no moverme. La espera de una llamada telefónica se teje así de interdicciones minúsculas, al infinito, hasta lo inconfesable: me privo de salir de la pieza, de ir al lavabo, de hablar por teléfono incluso (para no ocupar el aparato); sufro si me telefonan (por la misma razón); me enloquece pensar que a tal hora cercana será necesario que yo salga, arriesgándome así a perder el llamado bienhechor.

¿Estoy enamorado? – Sí, porque espero. El otro, él, no espera nunca, a veces quiero jugar al que no espera; intento ocuparme de otras cosas, de llegar con retraso; pero siempre pierdo a este juego: cualquier cosa que haga me encuentro ocioso, exacto, es decir, adelantado. La identidad fatal del enamorado no es otra más que ésta: yo soy el que espera” (p. 138, 139).

El abordaje de Barthes se inscribe en este ideal del amor romántico o pasión sufriente. El discurso construye realidades y en el enamorado cobra un significado especial: “dis-cursus como la acción de correr aquí y allá”, en este fluir de incertidumbres el sujeto es cautivo de sus propios argumentos, de sus refutaciones y extravagancias. En todo caso el planteamiento remite a una dimensión fenomenológica en la cual se privilegia el sentido del actor; sin embargo, Barthes no lo concibe desde una postura individual y privada de la experiencia, por el contrario su narración nos induce a la reflexión de esa concepción pública del sentido. Lo que

muestra en los fragmentos son experiencias construidas y sincronizadas socialmente, permitiendo la identificación del texto con vivencias particulares recogidas desde distintos campos de acción discursiva. Por ello propone el tratamiento de las palabras como una práctica, una entidad viva: “el lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro”; en ese sentido, el interés recae en la voz del sujeto, aquello que expresa frente a otro (el objeto amado) que no habla.

No obstante la entrega incondicional marcada por el sufrimiento se enfrenta, por lo menos, a dos importantes críticas: la permanencia en el tiempo y su carácter legitimador de la desigualdad de género.

Para Ortega y Gasset (1997) este tipo de vínculo se asocia más al enamoramiento que al amor; la diferencia entre ambos radica en su duración: el deseo es sinónimo del enamoramiento, es decir, el impulso ineluctable de poseer, de hacer que el objeto amoroso forme parte de nosotros mismos, por esta razón, nos dice: “el deseo muere automáticamente cuando se logra; fenece al satisfacerse. El amor, en cambio, es un eterno insatisfecho” (p. 66).

La brevedad y el heroísmo son las características fundamentales de estas grandes historias de amor. Nadie podría asegurar que el sentimiento de los personajes míticos se mantuviera intacto con el paso del tiempo; los cuentos de Hadas reproducidos por Disney terminan con la frase “felices para siempre” sin mostrar cómo opera tal afirmación en sus vidas; el cantante de reggaeton Tito El Bambino asegura que el “amor es una magia, una simple fantasía” que alcanzan los afortunados. Las idealizaciones que emanan de la industria cultural generan un prototipo de relación basado en la noción de un amor eterno y único, de inicio súbito (a primera vista), con un alto contenido de sacrificio por el otro (pruebas de amor), de expectativas simbióticas (la media naranja) y con exigencias monógamas (fidelidad). A partir de aquí se establece un compromiso psicológico importante en la configuración del vínculo amoroso y en el manejo de sus consiguientes decepciones (Sanpedro, 2005).

Desde el feminismo se argumenta que existe una relación estrecha entre las disposiciones amorosas y el ordenamiento desigual del mundo. El rol estamental de la mujer se circunscribe a la creación y mantenimiento de afiliaciones y relaciones de

apego, por lo que la organización de su vida gira en torno a esta motivación; los discursos hegemónicos que influyen en el proceso de construcción de la subjetividad femenina están cargados de significados, metáforas y símbolos asociados a los procesos amorosos y contienen también las formas de entender y reproducir la masculinidad y la femineidad estereotipada (Esteban, Medina, Tabora, 2005; Sanpedro, 2005).

Para Sanpedro (2005) la centralidad del amor en la producción de la identidad de género femenino se traduce en una mayor proporción de mujeres que buscan el sentido de su existencia en las relaciones amorosas, constituyendo un proyecto prioritario al cual se le otorga más tiempo y más espacio imaginario y real que el que los hombres le conceden en sus vidas (el éxito económico y/o el reconocimiento social ocupan según la autora un sitio privilegiado). Por ello en las consultas clínicas los índices de depresión más altos se encuentran en las mujeres; en las estadísticas de muerte por razones de género resultan ser las más afectadas, muestran una tendencia considerablemente elevada a permanecer en relaciones de parejas basadas en la violencia física y psicológica y en ocasiones romper con este tipo de vínculo implica introducirse en una fuerte contradicción con el ideal amoroso desde el cual fueron socializadas.

Pese a esto no se trata desde nuestra perspectiva otorgar un carácter ontológico de víctimas y victimarios a mujeres y hombres. Coincidimos en visibilizar y denunciar el problema social de los feminicidios porque forma parte del paisaje cruento de la cotidianidad la muerte de miles de mujeres bajo el móvil de “crimen pasional”. Sin embargo esto no quiere decir que la violencia en nombre del amor se ejerza unilateralmente; las posibilidades históricas dotan de armas distintas a cada género, intercambiando los roles de agresor (a) – agredido (a) según el caso.

En todo caso, tomados por el mito hombres y mujeres cultivamos costosas expectativas en el terreno del amor; el deseo erótico puede tener límite, la convivencia es constante, requiere de negociaciones y acuerdos que serán construidos y quebrantados conforme pase la vida. A pesar de ello la experiencia amorosa no puede simplificarse: las promesas motivan, los celos pesan, lo uno y lo múltiple se manifiestan en el itinerario amoroso. En esta bóveda celeste nos encontramos habitados por los otros, la razón, la intuición y el espíritu.

2.4.3. El Amor posmoderno o el “yo no sé mañana”⁵.

Giddens (1992) alega que el amor romántico nació sobre la base de una relación de desigualdad, pues en la época cortesana el enamorado -activo- era esclavo de la doncella amada -pasiva- (recordemos que el oficio de poeta, principal vía de exposición de tal ideal amoroso, era ejercido por hombres). Frente a la inminente emancipación sexual femenina en el siglo XX y su inserción remunerada en el sistema productivo, la noción del amor romántico, según el autor, ha sido fragmentada; la causa estriba en el auge de las relaciones informales que se presentan en los espacios cotidianos por el aumento de la reflexividad. Este concepto, característico de la modernidad para Giddens, constituye la capacidad de las personas para modificar radicalmente sus prácticas -su modo de vida- como resultado de los conocimientos y la información que adquieren sobre dichas prácticas y se encuentra ligada a los “*sistemas de expertos*”. Como categoría explicativa que diferencia el amor romántico de las relaciones amorosas modernas propone el modelo de amor confluyente.

De acuerdo con el DRAE (2001), confluir significa “coincidir en un mismo fin”; de esta forma, el amor confluyente para Giddens (1992) es un amor “contingente y activo (...) presupone la igualdad en el dar y recibir emocional (...) logra la meta de la realización de un placer sexual recíproco (...) su condición es abrirse el uno al otro (...) abarca el amor homosexual (...) se apoya en la relación pura basada en la reflexividad”. (p. 39, 40)

Este tipo de amor no precisa de las expresiones “para siempre” o “sólo y único”, pues la duración y la exclusividad sexual dependerá de los acuerdos a los cuales lleguen los emparejados. En palabras de Giddens (1992) “lo que la pura relación implica es la aceptación -por parte de cada miembro de la pareja hasta nuevo aviso- de que cada uno obtiene suficientes beneficios de la relación como para que merezca la pena continuarla” (p. 40).

El autor describe al amor confluyente como una especie de transacción costo-beneficio, en la cual, los amantes disponen de un sistema de expertos que les asesoran sobre temas relacionados con la inversión de afectos y tiempos. El objetivo

⁵ “Yo no sé mañana” interpretada por el cantante nicaragüense Luis Enrique en el año 2009.

de su convivencia se asienta en la construcción de una narrativa conjunta que apunte hacia el futuro, tomando como base los aprendizajes obtenidos tras la resignificación de sus experiencias pasadas.

A simple vista constituye el ideal amoroso por excelencia, los conflictos son resueltos en términos de acuerdos y condiciones, y cuando estos no pueden ser acatados, la separación y la ruptura son las soluciones por antonomasia. Desde nuestra perspectiva se trata de una sobre-racionalización de la vivencia del amor enmarcado en la misma concepción del sujeto como *homo economicus*. A este respecto Bauman (2011) señala:

“Considerar una relación como una transacción comercial no es, en ningún aspecto, una cura para el insomnio. La inversión hecha en la relación es siempre insegura y está condenada a seguir siéndolo aunque uno desee otra cosa: es un dolor de cabeza y no un remedio” (p. 31)

El riesgo es una condición inherente a las sociedades posmodernas; para que el poder fluya “el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras y controles” siendo sus principales instrumentos la falta de compromiso y el arte de la huida. El derecho al largo plazo se circunscribe entonces a las operaciones de crédito bancario y comercial, se encuentra privatizada para los vínculos afectivos. Según este autor, las relaciones amorosas se presentan en una estructura de red, de la que es posible conectarse y desconectarse fácilmente. La ausencia del compromiso se constituye así como un eficaz mecanismo de defensa del yo -en correspondencia con una estrategia del biopoder-; el individuo protege su corazón (y sus bienes) en un continuo ir y venir, limitando la intimidad, la solidaridad y la entrega afectiva (Bauman, 2011).

Por ello la característica central del vínculo amoroso es la fragilidad; la vida en pareja depende de la “conexión” que exista entre los miembros de la red, cuya facultad principalmente valorada es la facilidad con la que puede ser “desconectada”. En este marco la libertad se convierte en obligación: “dentro de un entorno fluido comprometerse con el futuro es casi tan imposible como ofensivo” (p. 26) Se apela entonces a las “relaciones de bolsillo”, de tiempo parcial, limitándose a compartir el campo de la sexualidad, los placeres y la conveniencia. La dependencia, otrora natural y deseada, es vapuleada en los nuevos tiempos (Bauman, 2011).

No obstante, el discurso sobre el amor domina el espacio público sobre la base de un doble mensaje: a modo de fuente unívoca de seguridad y compañía que si implica algún esfuerzo o sacrificio no merece continuar. El individuo enmarañado en esta red de informaciones y concepciones contradictorias concentra su energía en desentrañar el misterio del otro y resolver su propia angustia ante la amenaza de la soledad: “todo ese unirse y separarse posibilita percibir la existencia simultánea del impulso hacia la libertad y el anhelo de pertenencia, y encubre, si es que no altera completamente, la disminución y privación de esos anhelos” (p. 54)

Por tal motivo está siendo continuamente invitado a involucrarse en relaciones de pareja que irán “acumulando” aprendizajes, o en el peor de los casos, habrán cumplido su función de distraer el desamparo. Las “relaciones de bolsillo” están a la orden del día, un acompañante temporal para menguar los embates de la soledad.

En los tiempos de flexibilización de las instituciones que sostienen el capital, en el amor y las relaciones de pareja reverberan las contradicciones que tal transformación implica. Las rutas discontinuas y fragmentarias son el orden del día y se enfrentan a relatos unitarios y trayectorias lineales idealizadas e inalcanzables que marcaron las condiciones sociales precedentes.

CAPÍTULO III: MARCO METODOLÓGICO

3.1. Una mirada al socioconstruccionismo.

Desde la hegemonía paradigmática de la ciencia positiva se pretendió erigir la sociedad como un ente independiente de la acción de los sujetos, carente de toda historicidad y, en consecuencia, en una forma de organización regida por leyes naturales universales. El socioconstruccionismo, en sintonía con los principios de la posmodernidad, ha estado marcado por la crítica radical de los presupuestos de la ciencia moderna (específicamente a su lógica binaria y descontextualizada) a partir de la cual se han reevaluado algunos conceptos de la psicología y reconstruido y deconstruido otras nociones fundamentales.

Por ejemplo, desde esta postura, Ibáñez (1989) señala que la realidad no es independiente del conocimiento que producimos sobre ella, en tal sentido, los fenómenos psicosociales no están dados, sino que son construidos mediante prácticas sociales intersubjetivas, transmitidas por la vía del lenguaje y que le confieren una naturaleza simbólica. Igualmente se asume la realidad social intrínsecamente histórica, resultante de las peculiaridades culturales que una sociedad ha ido construyendo a lo largo de su desarrollo. A partir de aquí, se enfatiza la concepción dialéctica de la realidad en el ámbito relacional y procesual, es decir, la dicotomía individuo – sociedad pierde sentido cuando se entiende desde la postura de la mutua construcción, en el que las causas y los efectos intercambian continuamente su estatus

En esta misma línea, Berger y Luckmann (1986) conciben la realidad social como el producto de la actividad constante de sus miembros, objetivada a través de la institucionalización de las prácticas (tipificación recíproca de los hábitos). Empíricamente, dicha realidad se antepone al desarrollo individual y representa un agente externo con el cual se debe enfrentar y negociar en el marco de sus recursos y posibilidades.

La relevancia que presenta la noción de discurso se ve potenciada en esta teoría cuando se afirma que la realidad no es sino “la objetivación que resulta de nuestras convenciones y de nuestras prácticas lingüísticas” (Sandoval, 2000), es decir

nuestra capacidad de simbolización en términos de discurso es la que nos permite relacionarnos en un marco contextual determinado. Sin embargo no toda experiencia se reduce a la forma en que la contamos con palabras, sino que existen estructuras de poder que nos anteceden e involucran relaciones de producción económica, jerarquías sociales, políticas, etc. los cuales se articulan en discursos legitimadores que permanecen naturalizados en nuestros pensamientos y acciones.

En el caso que nos ocupa, el tema de los afectos está mediado tanto por lo que es expresado en discursos como en sus silencios, aquello de lo que se habla y de lo que no, de las acciones y omisiones, de las elaboraciones individuales y las prescripciones hegemónicas y alternativas de las agencias de socialización. Al asumir entonces el carácter simbólico, construido e histórico de los fenómenos u objetos del mundo en conjunto con las relaciones de poder que germinan en su seno, decantamos por una perspectiva cualitativa enmarcada en la tradición lingüística y hermenéutica.

3.2. Tradiciones metodológicas.

Para el presente trabajo hemos optado por estrategias de corte cualitativo, tomando elementos de la tradición hermenéutica y el análisis crítico del discurso. Desde la perspectiva hermenéutica se privilegia el sentido del actor, es decir lo que sus acciones significan para sí mismos, así como también lo que significan para sus investigadores. Resulta entonces una experiencia dialógica entre lo que un texto (vivencia, fenómeno, objeto) expone y las nociones, expectativas y conocimientos que el investigador tiene sobre la cosa en sí.

Para Gadamer (cit. p. Hernández, 2001) la hermenéutica es la comprensión e interpretación de textos, el intento por encontrar el sentido y las respuestas a las preguntas planteadas en el plano de la intersubjetividad, en el encuentro del Yo con la alteridad, en la fusión de horizontes. Asimismo es intrínseca a nuestra existencia, continuamente vivimos en un proceso interpretativo en el cual nuestros prejuicios se ponen sobre la mesa y, en el mejor de los casos, dialogan con los del otro. El abordaje hermenéutico nos permite entonces comunicarnos y ser partícipes en la reelaboración de las historias personales que han sido confiadas en esta investigación, con el objetivo de comprender cómo se estructuran y expresan esas configuraciones individuales en el marco de unas dinámicas sociales y económicas particulares.

Sin embargo privilegiar el sentido del actor no implica desligarse de los referentes simbólicos y los enclaves materiales propios del contexto histórico. En este sentido, asumimos la centralidad del lenguaje y del discurso en la construcción y reproducción de tales inventarios de significados. Según Angenot (2010) el discurso se configura para producir determinados efectos en los ámbitos microsociales (posicionamiento frente al otro) y macrosociales (legitimación y validación de formas de entender el mundo y las relaciones sociales). No obstante, Fairclough y Wodak (1997) afirman que tal configuración no es “ni fija ni mecánica”, pues las sociedades y las instituciones, por un lado, mantienen una serie de prácticas discursivas que coexisten, se contrastan y pueden competir entre sí, pero por otro, existe una compleja relación entre eventos discursivos particulares y normas y convenciones subyacentes al uso lingüístico.

En consecuencia el análisis crítico del discurso constituye un abordaje complejo que involucra el análisis de las estructuras del texto para evidenciar los significados subyacentes que opacan las relaciones de dominación y desigualdad en la sociedad actual, pues es una disciplina comprometida con el cambio social. En palabras de van Dijk (2003) “El ACD no brinda una metodología de análisis de discurso, sino que a través de la profundización del análisis teórico de una cuestión social, capacita al investigador para seleccionar qué discurso y qué estructuras sociales se analizan y se desarrollan en función de los objetivos planteados”.

En sintonía con nuestro corpus, seleccionamos el discurso de la música pop que emana de la industria del entretenimiento y que forma parte del mercado de los bienes culturales. En función de los objetivos planteados tendimos un puente entre las narraciones de cada participantes y el conjunto de referentes simbólicos e ideológicos que circulan socialmente que reproducen y legitiman los imaginarios amorosos de nuestros días.

3.3. Dispositivos de reconstrucción de datos

Para esta investigación decidimos trabajar con la entrevista en profundidad y el grupo focal. Para ello se construyó un guión con preguntas abiertas cuyo orden y formulación quedó supeditada al microclima generado durante cada sesión.

De acuerdo con Taylor y Bodgan (1986), las entrevistas a profundidad son “encuentros dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto a sus vidas” (p.101). Se decidió por este dispositivo de construcción de datos dado que el tema, vivido psíquicamente como experiencias de lo íntimo, precisa la recreación de un espacio de confianza y respeto. A pesar de que los participantes con los cuales dialogamos según estos criterios eran desconocidos, las conversaciones fueron amenas y fluidas y permitieron tomarnos el tiempo para profundizar en aspectos que no estaban contemplados dentro de nuestro esquema.

Esta atmósfera también reinó durante los grupos focales. Escobar y Bonilla (2011) sugieren que el propósito principal de dicho dispositivo es hacer que surjan actitudes, sentimientos, creencias, experiencias y reacciones en los participantes mediados por la interacción de sus distintos miembros. La intención de efectuar esta intervención grupal fue contrastar los posicionamientos de los jóvenes frente a sus interlocutores, potenciando el efecto de deseabilidad social que ya está presente en su interacción con el investigador.

3.4. Guión de entrevistas

El guión se estructuró de forma que permitiera acercarnos al mundo de vida del entrevistado progresivamente. En esos primeros instantes de la conversación pudimos generar las condiciones para la apertura y la participación fluida. Las preguntas que conformaron nuestro guión, tanto para las entrevistas como para los grupos focales, fueron las siguientes:

¿Tienes tiempo libre?

¿Qué haces cuando estas desocupado?

¿Qué tipo de música escuchas?

¿A través de cuál medio conoces o escuchas las canciones? Radio, TV, redes sociales, etc.

¿Cuál género musical es de tu preferencia?

¿Puedes nombrarme al menos tres de tus canciones favoritas?

¿Por qué te identificas con esas canciones?

¿Crees que alguna canción te pueda hacer recordar experiencias amorosas? ¿Puedes mencionarme alguna?

¿Te has enamorado?

¿Qué sientes / sentiste al estar enamorado?

¿Qué haces para enamorar a la persona que te gusta?

¿Cómo te conquistan?

¿Qué cualidades crees que debe tener una persona para ser tu pareja?

¿Si tienes una novia (o) cual crees que debe ser tu papel?

¿Qué es el amor para ti? ¿Dónde aprendiste tal definición?

¿Qué es para ti el compromiso?

¿Qué piensas sobre el matrimonio? ¿Crees que es necesario?

¿Qué piensas sobre las relaciones sexuales en la adolescencia/juventud?

¿Cómo crees que impactan sobre el vínculo de pareja?

¿Has sentido celos? ¿Por qué? ¿Cómo lo has manifestado?

Recuerdas cuáles han sido los motivos de conflictos y peleas en tus relaciones de pareja.

¿Qué haces cuando peleas con tu novia (o)?

¿Has tenido alguna ruptura amorosa? ¿Por qué? ¿Cómo fue? ¿Qué sentiste o hiciste?

¿Cómo te imaginas en un futuro?

¿Cuáles son tus planes en el mediano plazo?

En un ejercicio de imaginación, cuéntame donde crees que estarás en 10 o 15 años.

3.5. Selección de canciones

Tal como nos planteamos en los objetivos, específicamente en la caracterización de los imaginarios amorosos que circulan en la esfera sonora, compendiamos las 20 canciones más sonadas durante el año 2013 de los ranking Record Report, HTV y el Latin Billboard, todos Agencias de Análisis de Mercado que posicionan y miden la popularidad en medios radiofónicos y televisivos en Venezuela y Latinoamérica. Dentro del análisis previo constatamos que efectivamente el 95% estaba directamente vinculado al tema afectivo y de pareja, mientras el resto relacionado con la diversión y las fiestas. La centralidad del mundo del amor en estos dispositivos de subjetivación responde a la tendencia de musicalización de las emociones que emana de la corriente pop. A continuación presentamos el listado de tal selección sin ningún en orden especial:

Nombre de la canción	Intérprete
Mi burbuja	Mariana Vega
Loco por tu amor	Hanny Kaum
Quiero que vuelvas	Lasso & Sheryl Rubio
Boom Boom	Los Cadilacs
Vivo	Guaco
Vamos a portarnos mal	Omar Acedo
Vivir contigo	Servando y Florentino
Vivir mi vida	Marc Anthony
Propuesta indecente	Romeo Santos
Mi linda princesa	Jonathan Molly
Te pienso sin querer	Franco de Vita & Gloria Trevi
Volví a nacer	Carlos Vives
Yo te esperaré	El Cali & el Dandee
Te gusta	Grupo Treo
Nadie como tú	Magic Juan
La noche es de los dos	Daddy Yankee & Natalia Jiménez

Buscándote	Mia Mont
Mi chica ideal	Chino y Nacho
Loco	Enrique Iglesias & Romeo Santos
Quiero darte un beso	Prince Roy

Tabla 1. Selección de canciones

3.6. Participantes

Este trabajo no conlleva una pretensión nomotética; los resultados son inherentes al momento y a las condiciones de la investigación. Por este motivo el criterio de saturación fue la clave para la selección de nuestros informantes. A tal fin apostamos por un muestreo propositivo considerando ciertos parámetros de estratificación social; para ello elegimos un conjunto de 15 jóvenes, 12 varones y 3 hembras, con edades comprendidas entre los 12 y 30 años, cuya participación se estructuró en 6 entrevistas individuales y dos grupos focales, uno de 5 participantes, y otro de 4 con carácter mixto.

Los contactos con los jóvenes del Colegio en la ciudad de Los Teques y del grupo focal N° 1 fueron por la vía institucional. El grupo focal N° 2 estuvo convocado por un contacto familiar. A pesar de ser encuentros fortuitos entre desconocidos se generaron climas de confianza que permitieron en algunos casos profundizar en temas muy personales y emotivos.

En las siguientes tablas están organizados los datos de nuestros colaboradores de acuerdo con el dispositivo empleado:

Entrevistas individuales.

Nombres y apellidos	Edad (años)	Nivel de instrucción / Ocupación	Dirección de Residencia	Lugar y fecha	Estrato social
A.D.	15	Estudiante 3 ^{er} año de bachillerato	Los Teques.	Institución educativa. Los Teques. 04/07/14	Clase media baja
A.R.P.	17	Graduación de bachiller	Los Teques		Clase media baja
A.T.H.	12	Estudiante 1 ^{er} año de bachillerato	Los Teques		Clase media baja
J.A.J.	16	Estudiante 4 ^{to} año de bachillerato	Los Teques		Clase media baja
J.C.	30	M.Sc Geología. Empleado público	San Antonio de Los Altos	Centro laboral. Los Teques 12/08/14	Clase media alta
G.M.	19	Estudiante universitario – UCV	Santa Cecilia	Centro comercial. Caracas. 17/09/2013	Clase media alta

Grupo focal N° 1.

Nombres y apellidos	Edad (años)	Nivel de instrucción / Ocupación	Dirección de Residencia	Lugar y fecha	Estrato social
J. Y	16	Estudiante 3 ^{er} año de bachillerato	La Silsa	Institución educativa. 23 de enero. 17/09/2013	Sector popular. Pobreza relativa
J.A.A. *	14	Estudiante 2 ^{do} año de bachillerato	Sierra Maestra.		Sector popular. Pobreza relativa
J.C.A. *	14	Estudiante 2 ^{do} año de bachillerato	Sierra Maestra.		Sector popular. Pobreza relativa
N.S. *	14	Estudiante 3 ^{er} año de bachillerato	Bloque 24. 23 de Enero.		Clase media baja

* Participantes femeninas.

Grupo focal N° 2.

Nombres y apellidos	Edad (años)	Nivel de instrucción / Ocupación	Dirección de Residencia	Lugar y fecha	Estrato social
O.J.B.	18	Estudiante universitario	Colinas de Carrizal	UCV. Caracas 23/09/13	Clase media alta
J.D.G	21	Estudiante universitario / comerciante	La Candelaria		Clase media alta
E.R	18	Estudiante universitario	Los Teques		Clase media baja
C.P	17	Estudiante universitario	La California		Clase media alta
J.L.M.	18	Estudiante universitario	El Paraíso		Clase media baja

3.7. Procedimiento metodológico

A los fines de exponer la organización de este trabajo segmentamos dos fases o momentos de su realización. Desde luego no fueron rígidos ni mecánicos, sino más bien una construcción simultánea que evoca la lógica del círculo hermenéutico, ese tránsito de las partes al todo y del todo a las partes en un ejercicio continuo de interpretación y reinterpretación que permite presentarlo en un orden discursivamente coherente.

La primera fase la titulamos de reconstrucción referencial y selección de textos e informantes. Los aportes teóricos de las distintas disciplinas que han abordado nuestro objeto de estudio fueron revisados y sintetizados en el marco teórico, orientando previamente la construcción del área problemática. De igual forma fue recopilada información hemerográfica relacionada con el tema de la violencia de género y en el noviazgo. En este momento se ejecutaron las técnicas descritas, así como la selección del listado de las canciones que serían analizadas.

La segunda fase la denominamos de procesamiento y análisis de nuestros corpus, tomando como base las cuatro nociones del ACD expuestas por van Dijk (1997):

1. Acción: el discurso puede ser una actividad controlada y con un propósito, sin embargo existen distintos niveles de conciencia de los actores sobre su

enunciación, por ello el análisis depende de la perspectiva adoptada, bien sea desde los que hablan o desde los que interpretan, estudiando así las implicaciones y los efectos que producen en los otros las acciones del discurso.

2. Contexto: encontramos aquí el análisis de los participantes y sus roles; el marco o la ubicación espacio temporal y los actos no verbales (gestos, movimientos).
3. Poder: refiere a la relación específica entre grupos sociales o instituciones basadas en el control que pueda ejercer sobre el otro; la hegemonía y el consenso dada desde los primeros espacios de socialización (la institución familiar, la escuela, la iglesias, etc.) cuya apariencia implica un “acuerdo natural” en múltiples creencias; y finalmente el acceso a recursos materiales y simbólicos que permite el control del contexto y de las estructuras del lenguaje que derivan en prácticas sociales específicas.
4. Ideología: dada las características de la sociedad capitalista se relaciona en un sentido marxista de ocultamiento de la realidad, lo que puede conllevar a la manifestación de elementos alienantes que hagan opacas las relaciones de dominación y subordinación que el sistema impone.

Partiendo de estos planteamientos reconstruimos los códigos y significados provenientes de los relatos de los jóvenes entrevistados; bajo este mismo esquema analizamos las composiciones de la industria del pop, basándonos fundamentalmente en el tema de los imaginarios y los roles que se dibujan en sus letras. En el procesamiento de las entrevistas, agrupamos en cinco macrocategorías los elementos comunes en las narraciones de los participantes y su vinculación con los resultados de nuestro análisis de canciones.

3.8. Consideraciones éticas.

Desde el enfoque cualitativo se entiende la investigación como un proceso de comunicación “un dialogo que toma diferentes formas” (p. 95, González, 2002). En éste se hallan involucrados individuos con pensamientos, emociones y límites que deben ser respetados por el investigador en todo momento. Para resguardar este principio, en el presente trabajo se informó a los participantes el objetivo de nuestro

estudio, la justificación y algunos aspectos vinculados con el dispositivo de construcción de datos. De igual forma se dio fe de la confidencialidad de sus identidades y del carácter público de los resultados que acompañarán el trabajo. Durante todas las interacciones se gestó un clima de confianza y respeto entre los actores. Este consentimiento informado garantizó que los sujetos decidieran tanto su participación como los niveles de profundidad en los relatos de sus vivencias.

CAPÍTULO IV: PRESENTACIÓN Y DISCUSIÓN DE RESULTADOS.

Para este capítulo hemos dividido en tres secciones los análisis de nuestro trabajo empírico. El primer apartado muestra el estudio de los fragmentos de las canciones seleccionadas según los criterios reportados en el procedimiento metodológico; principalmente exploramos los imaginarios y los roles que se difunden desde estos dispositivos. La segunda parte involucra la reconstrucción de los relatos de los jóvenes en un cuerpo articulado con nuestras reflexiones y los planteamientos teóricos asumidos; se organiza de la siguiente manera:

- Conciencia del enamorado: el horizonte amoroso.
- La coreografía de la conquista: la danza de los roles.
- El oscuro objeto del deseo.
- Sobre el despecho.
- El amor en la era de la industria cultural.

Por último presentamos una suerte de discusión de los resultados, dialogando con la perspectiva tradicional de género y otras investigaciones que han realizado aportes en esta área.

4.1. Cadencias del corazón.⁶

*El discurso amoroso es hoy de una extrema soledad.
Es un discurso tal vez hablado por miles de personas
(¿quién lo sabe?), pero al que nadie sostiene; está completamente
abandonado por los lenguajes circundantes:
o ignorado, o despreciado, o escarnecido por ellos.
Roland Barthes (1993)*

En nuestro corpus revisamos el rol que desempeña la industria del entretenimiento en la configuración del gusto social. La música que se distingue con la etiqueta de “moda” es causa y efecto de sí misma, circula masivamente en el espacio público alcanzando altos niveles de popularidad y a su vez estos constituyen el resultado de tal difusión. De esa estrategia de mercado se deriva la imposición sutil

⁶ Las consideraciones presentadas en este apartado no pretenden invalidar el uso legítimo de la música como instrumento para la comunicación de los afectos. Nuestra intención radica en mostrar los contenidos de un producto cultural que enfatiza ciertas concepciones del amor y el romance sobre otros tópicos posibles como una estrategia para las ventas y la difusión de imperios de sentido.

de preferencias, pero ciertamente no ocurre de forma automática; los productos que se ofrecen desde estas instancias se insertan en esquemas de percepción y valoración previamente incorporados, siendo aceptados y reproducidos por los agentes condicionados ante ellos.

Hablamos entonces de los hábitos de clase y de grupo que operan en el reconocimiento de los bienes culturales a los cuales tenemos acceso por nuestra ubicación en el entramado social. En este caso, a quienes se dirige este conjunto de experiencias sonoras es al segmento de mercado denominado por la publicidad “jóvenes”, y a pesar de la diversidad estilística de los géneros que ofrecen, son estructurados en torno al discurso del placer y el amor y constituyen una fuente de recursos simbólicos en el proceso de conformación de identidades. En este apartado haremos un breve repaso de los imaginarios extraídos de los productos de la industria pop.

4.1.1. Imaginarios en torno al amor y la pareja.

Indudablemente la experiencia afectiva, al igual que todo fenómeno humano, es compleja y multidimensional; en ella razón-instinto y pensamiento-sentimiento se articulan fuera de la lógica esencialista que las concibe de manera jerárquica y universalista. Sin embargo en el discurso de la música de moda el imaginario de la irracionalidad amorosa es frecuente; el fuego, el ardor erótico, los celos, el deseo irrefrenable de proximidad y todas las conductas que denominamos irracionales están mediadas por estructuras culturales que nos anteceden, pero sin duda alguna, el carácter de construcción social que le damos a la cultura no elimina su condición de realidad. En este caso el enamorado se retrata como sujeto patológico gobernado por inclinaciones autónomas que le justifican por ejemplo, la insistencia hostigadora frente al rechazo de la pareja bajo el argumento de morir sin su amor, enmascarando a la vez la noción de propiedad que acredita al individuo (generalmente hombre) a poseer el otro como un derecho legítimo de su condición.

“Estoy loco por tu amor (loco loco) (crazy for your loving). Y es que sin ti no sale más el sol (oh oh oh, oh oh oh). Sabes que yo estoy loco por tu amor. (Estoy loco) Por tu amor. Como frenar un corazón que ya se

enamoro y el fuego no se apaga que no quiere dejarte ir y que si tú no estás ya no le importa nada” (Hanny Kaum, Loco por tu amor).

“Loco por besar tus labios sin que quede nada por dentro de mí, diciéndotelo todo. Yo no te perdonaré si me dejas por dentro con ese dolor no te perdonaré, si me vuelves loco” (Enrique Iglesias & Romeo Santos, Loco).

Basados en este sentido de propiedad, las invitaciones eróticas se fundamentan por su carácter retroactivo. El encuentro sexual como espacio para el disfrute de la pareja es banalizado en nombre del placer narcisista que edifica el ego masculino sobre la potencia genital y su pretendida capacidad de suscitar el goce femenino, una condición de superioridad que impacta en las construcciones de género.

“Aunque tú ya no estés conmigo todavía yo te quiero, todavía te quiero como dice mi canción tu eres mi amor verdadero (...) tú lo sabes que tengo el secreto que tengo la llave y ahora necesito bailar contigo, apretaito, apretaito ey ey vamos a portarnos mal, tu y yo vamos a portarnos mal, vamos a portarnos mal (...) y aunque tu mami no me quiera y tu hermano me va a matar tu y yo vamos a portarnos mal, vamos a portarnos mal” (Omar Acedo, Vamos a portarnos mal).

“Yo sé que tu quieres, yo te llevo al cielo, seguro que la noche es de los. Yo no estoy jugando, yo tampoco juego. Seguro que la noche es de los dos” (Daddy Yankee & Natalia Jiménez).

La reproducción estereotipada de los contenidos sobre lo femenino y lo masculino que se encuentran arraigados en nuestra cultura se realiza eficazmente desde estos medios. Lo femenino suele ser reducido a la dupla que describe la “santa” y la “lujuriosa” como referencias naturalizadas del sistema patriarcal. Según Viñuela (2009):

“El hecho de que el funcionamiento de los códigos patriarcales en las categorías musicogénicas se dé en un nivel inconsciente garantiza su continuidad y se ve reforzado por la ideología del conocimiento según la

cual la música popular es entretenimiento, y por lo tanto, no transmite significados” (p. 13).

Valores, creencias y percepciones son emitidas desde dichas esferas de influencia cuyos esquemas de significados permanecen blindados dentro del orden androcéntrico. En el caso de la “santa” se muestra una idealización del objeto del deseo acompañada de promesas de amor eterno; el sujeto absorto por su suerte relata la felicidad del descubrimiento y los efectos que sobre su vida personal ejerce tal figura.

“Mi linda princesa eres perfecta entraste a mi mundo y ahora está de cabeza, mi linda princesa no dudes lo que siento por ti, me ilusioné desde el primer momento en que te vi y supe que eras para mí, que pasaré la vida enamorado de ti. Ahora estoy preso de tus besos y esclavo soy de tu piel. (Jonathan Molly, Mi linda princesa).

“Eres mi chica ideal a quien quiero querer. No pareces real, preciosa mujer. Mi chica ideal de mi jardín el clavel, yo te quiero amar hasta envejecer” (Chino y Nacho, Mi chica ideal).

“Y es que por tu amor volvía a nacer Tu fuiste la respiración (...) Quiero Casarme contigo Quedarme a tu lado Ser el bendecido con tu amor Por eso yo quiero Dejar mi pasado Que vengas conmigo Morir en tus brazos dulce amor” (Carlos Vives, Quiero).

Asimismo el rol del cuidado asociado al mundo femenino y específicamente a la figura de la mujer del hogar se presenta como una “cualidad”, pero se transforma en un arma de chantaje y manipulación usada para demostrar los sacrificios propios como signos de afecto y entrega a la espera de una correspondencia. La vida sólo tiene sentido si es para dedicársela al otro.

“Porque nadie te cuidara como yo te cuido. Y aunque tú nunca me des las gracias aquí voy a estar. Se irán amigos y los hijos quizá, pero yo no me iré jamás. Y mi burbuja te protegerá de todo lo que en este mundo anda mal. Vengo a tu lado y no te das cuenta. No silbarías si tuvieras corneta. Pasaron varias mujeres solteras y tú rezando escaparte con

ellas, hasta ese día en el que tú te enfermes, porque eres tú el que bajo la lluvia duerme. Pasarás hambre pasarás frío y será entonces cuando vuelvas conmigo” (Mariana Vega, Mi burbuja).

Con el otro estereotipo se abre un panorama distinto. Las invitaciones dirigidas a la figura anterior están vinculadas al compromiso, la eternidad y hasta el matrimonio. En este caso el único compromiso posible es con el placer; la mujer se construye desinhibida e incitadora, una fruta para la tentación o para ser tentada. El pecado que se ontologiza en el cuerpo femenino a modo de utensilio para la sexualidad, parte de un disfrute que no es propio sino dependiente de las capacidades masculinas para despertarlo.

“Baby Ya, y vamo a bailar a disfrutar, la noche es nuestra vente conmigo (...), me lo demuestras tú quieres conmigo (...) tu eres mi bombón se nota que eres dulcita baby dame una probadita. Boom bom, boom boom tu eres mi bombón” (Los Cadillacs, Boom Boom).

“Una aventura es más divertida si huele a peligro. Y si te invito a una copa y me acerco a tu boca. Si te robo un besito, al ver que no vas conmigo. ¿Qué dirías si esta noche te seduzco en mi coche? Que se empañen los vidrios y la regla es que goces. Si te falto el respeto y luego culpo al alcohol. Si levanto tu falda, ¿Me darías el derecho a medir tu sensatez? Poner en juego tu cuerpo, si te parece prudente, esta propuesta indecente” (Romeo Santos, propuesta indecente).

El binarismo femenino que se desarrolla en estos discursos nos permite inferir dos tipos de vinculación, que además de reproducir contenidos sexistas esconden la complejidad de la relación de pareja. Se presenta entonces la santa deseable, aquella que es meritoria del compromiso y encarna los valores de la mujer tradicional sumisa con la cual la felicidad está garantizada. La otra se convierte en un territorio para la pasión, un espacio en el que ella funge de instrumento para la manifestación de la potencia sexual masculina y la exaltación de su predominio. En ambos casos se mantiene invisibilizada la condición humana de la mujer y su rol activo dentro de las construcciones afectivas multimodales.

Por otra parte, encontramos el imaginario de que la existencia sólo tiene sentido en la relación de pareja. Incluso las letras ofensivas del reggaetón bajan su tono con versiones edulcoradas de romanticismo dramático que otorga el papel protagónico a la anunciación amenazante de la propia muerte. Las reminiscencias del amor pasión se asientan en las letras de estas canciones desdibujando en el horizonte la habilidad para manejar conflictos, diferencias e incluso rupturas. La separación, imaginaria o real, del ser amado es fuente de angustia mortal. Ninguna calamidad externa se compara con el yugo del despecho resultante por la pérdida del otro.

“Siento que la vida se me va porque no estoy contigo, siento que mi luna ya no está si no está tu cariño, ni toda la vida ni toda el agua del mar podrá apagar todo el amor que me enseñaste tu a sentir, sin ti yo me voy a morir solo si vuelves quiero despertar” (El Cali & El Dandee, Yo te esperaré).

“Siento que la vida se me ha ido si no estoy contigo, siento la nostalgia y el dolor yo mismo me castigo, siento la pasión que brota de un manantial de amores, prueba tan solo una gota para poder decir que vivo” (Guaco, Vivo).

En la corporación mediática los discursos sobre el amor están gobernados por la desgracia. Las vivencias aprensivas de plenitud que describen algunas de sus letras son acompañadas con otras de desenlaces fatales y decepciones incomparables; el amor como pasión sufriente es una “catástrofe deseable”, la utopía que conduce a la muerte simulada es vivida con una fuerza alucinatoria. Lamentos, súplicas, gritos, llantos y ruegos son derrochados en este estado de duelo sempiterno; un perverso placer que esclaviza al sujeto al recuerdo de la relación y muestra la fragilidad de la constitución de su ser. Esta estrategia se inserta dentro de la lógica del capital posindustrial que requiere el confinamiento del sujeto al mundo privado de los afectos y las vivencias personales, promoviendo una idealización de experiencias afectivas imposibles de alcanzar (precisamente porque ocultan las relaciones de poder en todos los niveles de vinculación social) y potencian las microtragedias individuales presentando a la soledad como la peor arma de destrucción masiva.

“Cómo pudo haber tanta destrucción era tan sencillo, te llevaste la ilusión Tienes que tomar una decisión, no ves que tengo miedo, que no tengo otra opción no regreses nunca mas nooo no regreses nunca mas nooo. Sólo quiero que vuelvas, vuelve ya. Sólo quiero que vuelvas ya, nada es igual sin ti quiero que regreses” (Lasso & Sheryl Rubio).

“Buscándote me paso por las noches llamándote y sé que yo te necesito aquí y sé que todo el tiempo que perdí ya no me deja vivir se que tú estás enamorado mientras la soledad me hace pensar que yo te tuve aquí y me destruye no sentirte en mi” (Mía Mont, Buscándote).

El inevitable final también entra dentro del inventario de regulaciones y prescripciones. La industria cultural abre espacios para la escenificación de los dolores; públicamente se estructuran en la búsqueda del placer a modo de negación y la evitación del sufrimiento que paradójicamente promueve con la misma intensidad.

Y para qué llorar, pa' qué Si duele una pena, se olvida, y para qué sufrir, pa' qué, si así es la vida, hay que vivirla Lalalé. Voy a reír, voy a bailar Vivir mi vida lalalalá Voy a reír, voy a gozar Vivir mi vida lalalalá (Marc Anthony, Vivir mi vida).

La producción de anhelos y fantasías es otro elemento clave en este mundo sonoro. Desde luego la imagen de caminar de la mano con el ser amado en el paisaje del crepúsculo marino concuerda con el repertorio de emociones construidas culturalmente como placenteras, y quizás nuestra propia experiencia es un testimonio de la movilización afectiva que genera este paseo romántico. Lo que resulta interesante para el análisis es que estas concepciones que se transmiten desde los artefactos de subjetivación masivos confinan las vivencias amorosas a escenarios y objetos estereotipados; el romance se funda en imaginarios asociados comúnmente a atardeceres, playas, velas, rosas, cenas, fresas, vino, melodías y otras objetivaciones que ignoran contextos de posibilidad particulares.

“Yo te esperaré, nos sentiremos juntos en el mar y de tu mano podré caminar. Y aunque se me pase toda mi vida yo te esperaré. Sé que en tus

*ojos todavía hay amor y tu mirada dice volveré” (El Cali & El Dandee,
Yo te esperaré)*

*“Y vivir contigo, volar contigo y aterrizar en tu almohada. Quiero estar
contigo, bailar contigo esta bachata en la playa. Caminar contigo, soñar
contigo y de la mano llevarte. Quiero estar contigo, morir contigo y en
otra vida encontrarte” (Servando y florentino, Vivir contigo).*

Nuestra ideología romántica nos invita soñar descontextualizadamente. A este respecto Bourdieu (2002) advierte: “para la práctica los estímulos no existen en su verdad objetiva de detonantes condicionales y convencionales; sólo actúan a condición de encontrar a los agentes ya condicionados para reconocerlos”. En este caso las disposiciones que nos inclinan a discriminar lo que consideramos legítimamente romántico están inscritas en los mensajes que por décadas nos ha bombardeado la industria cultural a través de su andamiaje de subjetivación. Por eso tal vez no nos resulta extraño que en las composiciones musicales de estos caraqueños no figure el mango, la cerveza o el mirador del metrocable de San Agustín como ingredientes para recrear una experiencia romántica urbana. Naturalmente los estímulos que evocan el romance se insertan en estas imágenes ideales comercializadas a escala global.

Las experiencias afectivas se estructuran entre las representaciones de los referentes primarios y las construcciones culturales de la industria del entretenimiento en sus distintas modalidades (novelas, cine, música, expertos, porno, reality show, etc.) que ensalzan el libertinaje, el descompromiso y la sexualidad irresponsable a la par del falso puritanismo, la cursilería y el juicio conservador. Con esto no queremos decir que existan relaciones de causa y efecto en la constitución del Yo y por tanto en la construcción de la intimidad compartida, por el contrario los procesos de influencia se dan en el marco de una negociación constante de la identidad personal y de los posicionamientos objetivos y simbólicos que los sujetos asumen en el entramado social.

4.2. “Es pues un enamorado el que habla y dice”⁷

Luego de esta breve revisión sobre los aspectos de interés de los discursos de la música pop concebido como eje de influencia y de socialización, en el apartado que sigue organizamos y caracterizamos la vivencia del amor para los jóvenes que participaron en esta investigación, resaltando la reconstrucción de estos imaginarios en sus universos simbólicos y experienciales.

4.2.1. El horizonte amoroso.

“Es un sentimiento más allá del corazón” (A.T.H.12 años).

El temblor amoroso trasciende los límites de la presión sanguínea y las secreciones glandulares; los anhelos, las ilusiones y los sueños están forjados con retazos del tiempo, de ayeres y porvenires. Para estos jóvenes las concepciones del amor parten de una dimensión empírica propia: *conozco el sentimiento porque lo viví*. La definición hace referencia a lo experimentado, opera en el sentir y en el hacer; aquí los linderos trazados por el pensamiento cartesiano se funden en la vivencia, se piensa y se siente con el cuerpo.

“Se siente lo que uno dice maripositas en el estómago (...) se siente así como cosquillas” (A.T.H.12 años. Los Teques)

“Cuando uno está enamorado como que se pone muy iluso en ciertas cosas, es como que uno no tiene los dos pies sobre la tierra porque te estás imaginando algo que podría pasar o que no pues (...) entonces te sientes bien con esa persona y esa persona hace que en ti haya felicidad o que más bien haga que no haya felicidad, que te puede hacer sentir triste (...) es como el hecho de estar metido ya en ese hoyo”. (J.L.M. 18 años. El Paraíso)

En las voces de los jóvenes habla la sociedad. Tal como mencionamos en el apartado anterior, la cultura del romance diseña las metáforas con las cuales describimos los encuentros amorosos; en este caso, la construcción aprensiva del

⁷ Barthes, (1993).

amor se revela omnipresente en las narraciones de los entrevistados. Despegar los pies de la tierra o sumergirse en el abismo dan cuenta de la carga de vulnerabilidad que subyace al enamorado cuando relata su experiencia afectiva.

A nivel discursivo, según sugiere Fernández, el empleo de esta estrategia estilística también obedece a la necesidad de mitigar la dificultad para englobar los afectos con palabras; estas “formas” lingüísticas confieren materialidad al sentido. Pero nuevamente su construcción cultural no las desplaza al terreno de lo ficticio, por el contrario “las mariposas en el estómago” son vividas como un proceso orgánico y psíquico socialmente sincronizado. Esta evidencia de la concepción pública del sentimiento, tanto en su estructuración como en su expresión, se inserta en las nociones del sentido común que facilita al interlocutor reconocer la emoción en las figuras mencionadas.

Dichos códigos de lectura circulan entre una multiplicidad de voces que en ocasiones armonizan con nuestras fantasías y en otras se convierten en cantos disonantes. La pluralidad normativa sobre la cual el joven negocia su subjetividad puede involucrar escenarios contrapuestos; en ciertos casos se confrontan idealizaciones con las experiencias propias o de sus pares. Es en esta búsqueda de coherencia donde la frontera simbólica entre el amor y el no-amor porta en su seno una sutil y delicada fragilidad. Sorteando metonimias, los esfuerzos por resignificar las vivencias a la sombra de las expectativas sociales se patentiza en la diferenciación entre enamoramiento-atracción- amor y otros términos asociados a la relación de pareja.

“Yo me imagino que eso debe ser algo muy fuerte pues y no como una simple atracción hacia una mujer, sino que algo más ya que muchas personas dicen ay que estoy enamorado y a lo mejor ni siquiera saben qué es eso en verdad y ni han experimentado eso todavía. E: ¿Tú te has enamorado? Que me han gustado bastante así que coño... que me han gustado pero hasta ahí, nunca me he enamorado” E: ¿Cómo sabes cuándo alguien te gusta? Ahhh no sé explicar eso (risas) (...) Pensar todo el día en ella y así, y cualquier música me recuerda a ella y ese tipo de cosas, la consigo en todos lados, su nombre y vainas así en todas partes,

es desesperante, llega un momento en que uno se cansa de pensar tanto en esa persona". (A.D. 15 años. Los Teques)

Como dice Benedetti en *Viceversa*, el amor declarado se convierte en destino. Correspondido o no, abre las compuertas de una dimensión desconocida en la cual el sujeto se interna en sus vaivenes y se pierde en sus laberintos; el otro se convierte así en el responsable de las tragedias y los esplendores personales.

Por otra parte, desde la teoría feminista se ha señalado el rol del amor romántico en la reproducción de relaciones desiguales género. La socialización diferencial sitúa los afectos en el eje de la subjetividad femenina y contrapone la lógica del éxito material a los hombres. Sin embargo, para estos jóvenes tal jerarquización no se muestra tan nítida en su realidad; su expectativa de porvenir está atada simultáneamente a la conformación de la pareja y la construcción de un futuro material estable, para lo cual la preparación académica juega un papel preponderante.

"Mantener el negocio familiar. Mis papás tienen varios negocios y la verdad estoy estudiando esto para ver cómo hacer un tipo de franquicia con todos esos negocios y después hacer la vida como más fácil" (J.D.G., 18 años, La Candelaria).

"Para mí uno de mi proyecto de vida es casarme y tener una familia, eso es uno de mis sueños, forma parte del plan de vida, además mi miedo es no casarme nunca, mis papás lo saben" (G.M. 18 años, Santa Cecilia).

"Bueno depende de que tanto, por lo menos yo quisiera tener mis hijos pero como a los 39, 38 cuando haya estudiado. Si yo quiero tener mis hijos, mi familia y como mi esposa, pues" (A.D. 15 años. Los Teques).

"Yo quiero tener un hijo, tener mi familia, este sí, todo así bien bonito como uno se lo imagina, porque hay unas relaciones que afectan a la gente... pero sí, quiero tener una familia" (A.T.H.12 años. Los Teques)"

"Me veo estudiando para especializarme en el área de la filosofía política, por ahí y también no me desagradaría trabajar con compañías de tecnología, yo trabajaría feliz con una compañía tipo sony de ese tipo

de compañía, no me desagradaría y bueno me gustaría ser el economista de ese tipo de empresas, viajar y eso” (C.P. 17 años. La California).

En el imaginario de la clase media abundan las referencias a la especialización académica como sinónimo de mayores oportunidades. Una vida material estable se dibuja como receta para el futuro feliz, para hacer la vida más tranquila. Así como se idealiza el trabajo corporativo, la relación de pareja también ocupa un lugar dentro sus proyecciones. Ambos resultan cónsonos con las trayectorias lineales modernas.

En todo caso la memoria histórica del corazón está compuesta por elementos objetivos que son asimilados en las socializaciones y reactualizados en las prácticas. En las tres R del amor: Reconocimiento, Roles y Rituales, las nociones de género y clase social atraviesan las representaciones y expectativas de los jóvenes; en el ámbito ceremonial, específicamente en el campo de los rituales de conquista y despecho, se visibilizan patrones en la construcción narrativa de sus experiencias amorosas.

4.2.2. La coreografía de la conquista: la danza de los roles.

Generalmente valoramos una pieza de baile por la sincronidad de los movimientos, las secuencias, los ritmos y los estados de ánimo que comunican sus actuaciones. La armonía del espectáculo está garantizada cuando cada participante asume la rutina de pasos que le corresponde de acuerdo al rol asignado. Si dichos roles se hallan instituidos en construcciones de género, su modificación puede resultar una deformación estética de esa danza; pensemos por ejemplo en el reggaeton, una variedad musical latinoamericana muy de moda cuestionada por el contenido sexual-agresivo de sus pasos de baile y los mensajes de sus letras, pero que aún así goza de una presencia importante en la cotidianidad. Teniendo en cuenta la coreografía del “perreo” nos preguntamos ¿podríamos imaginar al hombre inclinado en un movimiento giratorio continuo de cadera frotando sus posaderas en las partes íntimas de la mujer?; sin duda sería una imagen que evocaría más al humor que a la sexualidad. Estos pasos que se han construido como eminentemente femeninos no pueden ser desplazados sin generar resistencias, burlas o sanciones.

A la luz de esta metáfora pretendemos alegar que ocurre una situación similar en las relaciones de pareja. El rol de la conquista, de enamorar al otro, ha sido una actividad históricamente enclavada en la esfera masculina.

La inserción de la mujer al mundo laboral remunerado, el desplazamiento de la economía al sector de los servicios y el fomento del consumo, los logros políticos del movimiento feminista, el incremento en la profesionalización, entre otros factores, han permitido -a aquellas que por sus condiciones materiales de vida tienen acceso a estos espacios- redefinir ciertas subjetividades femeninas. Por una parte se cristaliza el auto-reconocimiento de los talentos y las capacidades propias, y por otra se vislumbra el aumento de sus recursos simbólicos y materiales que empoderan a las propietarias de esos nuevos patrimonios. Creemos entonces que a partir de tales apropiaciones se han introducido también cambios en los rituales de conquista.

Mujeres que abordan, mujeres que conquistan, mujeres que pueblan mundos económicos nuevos o antes exclusivamente masculinos. Si bien consideramos que es plenamente legítimo la reivindicación de nuestro derecho femenino -sin distinción de clase- de participar, negociar y decidir en todos los niveles del mundo social de la vida, reconocemos que, bajo la hegemonía del capitalismo y su retórica de dominación, es una lucha cargada de contradicciones y nuevas exclusiones, tanto para las propias mujeres como para los hombres.

En este sentido, cuando en el universo amoroso se movilizan los roles estereotipados de la sociedad patriarcal, la construcción de nuevas formas de relación puede ser objetos de disputa. Inmersos en las significaciones de la lógica polarizante (activo: meritorio / pasivo: denigrante), el papel activo de la mujer en la conquista es añorado o sancionado; desde la visión tradicional este desplazamiento expropia al hombre de un componente constitutivo de su identidad dejando un vacío simbólico que no contempla sustituto; desde otra perspectiva es una vía de liberación del “privilegio masculino” de cargar, inconsulta e injustamente, los estamentos del orden social falocéntrico.

“Aquí lamentablemente como la sociedad es conservadora, el hombre tiene que hacer todo, o sea que una chama te pida el número, que te escriba, que te llame, está bien. E: ¿Eso no te molesta? No me molesta

para nada, es más me encanta, porque es una chama progresista, que no es una chama que se deja abrumar por el tabú, que no es pendeja, oye si te gusta ese carajo, pues búscalos, por qué tiene que ser el hombre, sino se da cuenta que le gustas y está pensando en pajarito preñados, o sea y si le llegaste ¿cuál es el peo? Ya al final el pana dirá, 'oye marico la jeva me escribe, me está llamando, invitando a salir' y no sé qué; pero aquí siempre es el hombre, el hombre, el hombre tiene que buscar, el hombre tiene que invitar, eso cansa, bueno a mí me cansa. Yo a veces, me entra la ladilla y no, no tengo ganas, es que no tengo ganas de escribirle, no tengo ganas de nada" (G.M. 18 años. Santa Cecilia).

"Yo por lo menos creo que el hombre es quien debe abordar, dar el primero paso, y si una chama lo da es bien recibido, pero también puede estar desesperada" (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)

"Por ejemplo con una amiga que ya conozco de hace tiempo o que ya me siento más familiar, con esa sí siento que puedo durar bien y todo eso, pero de resto han habido que me abordan a mí, o sea que me piden el número y tal y a veces que uno se siente presionado (E.R. 18 años. Los Teques).

Esta dislocación del rol tradicional encierra a los jóvenes en una posición de vulnerabilidad que les puede ocasionar malestares identitarios. A pesar de la fractura en la legitimidad del patriarcado que se observa en distintos ámbitos de la vida pública, se sigue apostando por el papel pasivo de la mujer en los rituales de conquista. Cualquier variación en las formas de acceder al otro que provenga del mundo femenino ya es motivo de duda; a modo de hipótesis creemos que esta percepción de sentirse excluido de su lugar histórico, estigmatiza las capacidades de las jóvenes confinándolas a formas de relación excluidas de las arenas del compromiso.

"No puede ser de ese tipo de niñas que son brinconas que se la pasan coqueteándole a uno y cosas así, sino chamas que uno vea que son seriecitas pues que no andan pendiente de esas cosas. E: ¿Tú has sido

novio de alguna chica así? *No ¿Y te has besado con alguna que no sea así seriecita? Si, jajaja antes, antes*". (A.D., 15 años. Los Teques)

Así como los hombres deben probar la propia virilidad continuamente, dentro del imaginario de género las muchachas están obligadas a exhibir su castidad frente a ellos, pero esta virtud no está necesariamente referida a la condición sexual, sino ligada a pautas de comportamiento que se ajustan a la moral conservadora. Una joven "seria" es aquella que hace difícil la conquista, dosifica el reforzador y lo concede generosamente a medida que el varón logra vencer las batallas que se le interponen. Se trata pues de la imagen estereotipada de la "santa" en los discursos de género que se desprenden del aparato socializador. Pero esto no es un absoluto.

Los desajustes no sólo se expresan en los roles sino también en los "privilegios" inherentes de sus portadores. Estos jóvenes advierten una preocupación por el proceso de masculinización de sus compañeras y feminización del hombre; la codificación que se ha inscrito por generaciones en los modelos amorosos se ve amenazada por las nuevas modalidades de ejercicio de la autonomía filiatoria de las mujeres.

"Es que yo creo que ahorita ya se ha perdido el concepto de lo que es una relación seria, y vas a decir que soy un machista, yo sé que suena un poco machista, es que quizás ahorita las mujeres se están convirtiendo muy malas, E: ¿Se están convirtiendo..? muy malas, o sea juegan con los sentimientos de los hombres porque cuando un hombre se empata tiene novia, es automáticamente para enseriarse, cuando un hombre se empata se enseria porque para eso puede seguir rumbeando y jodiendo sin ninguna restricción, pero cuando se empata es serio, pero una mujer no entiende eso, y una mujer esté empatada o no esté empatada puede seguir jodiendo y haciendo vainas y te puede estar montando cachos y ahí quiero saber yo, cuantas chamascas conozco que están montando cachos y que tienen novio (...) ahorita las mujeres están al nivel de los hombres, es decir, lo que quise decir, es que las mujeres ahorita actúan como los hombres, montan cachos hacen vainas, y las mujeres están actuando así" (G.M. 18 años. Santa Cecilia).

Asimismo resulta interesante la noción de la pareja. El compromiso se dibuja antónimo a la diversión, un cumplimiento del deber, como el servicio militar obligatorio o las colas en el supermercado; un espacio reglamentado que implica la renuncia a la mismidad, pero que especialmente está sacralizado para las jóvenes, la entrega y la fidelidad se les atribuyen como condiciones inherentes a su ser. Dentro de estos circuitos los varones se adjudican una flexibilidad moral que ahora sienten usurpada; estas expresiones de machismo enmascarado se manifiestan de diversas formas, pero sus mecanismos de justificación y validación social siguen estando en juego.

“¿Cuáles serían las restricciones cuando estás con alguien? Cuando uno está en una fiesta y le dice que uno no puede bailar” (N.S., 14 años. Femenino. 23 de Enero). .

El ejercicio de la violencia no es de uso exclusivo de los hombres; en las muchachas también se traduce en un arma válida para la defensa de su dignidad y su honor propio. Frente a los acuerdos quebrantados, quizás este tipo de violencia disputa un espacio tan o más legítimo como el que se dirige contra la mujer.

“(Si me monta cachos) Yo le doy una cachetada, y que sabes qué terminamos vale y si se me pega atrás no fuera de aquí, ladilla, le digo. Uno tiene que darse a respetar” (J.C.A., 14 años, La Silsa. Femenino).

Por otra parte el rol de proveedor sigue siendo compensado con la contención y el cuidado femenino, más no se experimenta segmentadamente. La protección y el cariño también forman parte de la oferta amorosa masculina, aunque esto sea motivo de descrédito externo.

“No, en realidad yo soy una persona, muchas personas dicen que soy el guevón porque soy el más consentidor (Interviene O.B. ¡Bienvenido!) Porque la verdad estoy más pendiente de la otra persona y no espero que la otra persona no esté pendiente de mí ni nada, simplemente lo disfruto pues. O sea yo disfruto que ella esté bien, y nada yo soy como el que... se entrega como quien dice el 100% y yo hago todo lo que yo sienta que a ella le pueda hacer feliz o la haga estar tranquila pues, por lo menos mi

novia es de Margarita pero vive prácticamente en mi casa, come conmigo en el negocio, muchas cosas que de verdad yo no tengo que hacer, pero como ella está feliz y yo estoy feliz, entonces estamos tranquilos los dos. Y claro ella tiene, me lo paga a mí estando pendiente, en dándome apoyo, muchas cosas o sea que son normalmente lo que hace una mujer”. (J.D.G., 18 años, La Candelaria).

La estructura de roles tradicionales no da cuenta de todas las modalidades del intercambio amoroso. En las relaciones homosexuales, por ejemplo, las fronteras se vuelven difusas entre los esquemas que perfilamos como femeninos y masculinos. Los papeles que cada uno desempeñan en las ceremonias de conquista, por ejemplo, se encuentran subordinados a los recursos y habilidades de los actores involucrados.

Quien toma la iniciativa es quien tenga más atrevimiento, que tenga mayor seguridad o algo así, (...) no es fácil establecer esos protocolos de quién es el que aborda, porque los dos son hombres, no, pudiera pensarse pasa mucho, y es un cliché malo, discriminatorio que es el de la loquita la que aborda, pues no, siempre es impredecible (J.C. 33 años, San Antonio de los Altos)

En todo caso, conquistar la pareja se constituye en capital simbólico que reafirma el Yo masculino tanto ante sí mismo como ante sus pares. Para ejemplificar esto, reproducimos una conversación que se desarrolló durante un grupo focal:

- *“A veces uno lo puede interpretar así, uno se puede poner a pensar si me llegó así a cualquier otro... (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)*
- *Le puede llegar. (J.D.G. 21 años, La Candelaria)*
- *Imagínate si el otro le llega a ella capaz lo va a hacer mucho, mucho más fácil. (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)*
- *Por lo general a uno le gusta lo difícil. (C. P. 17 años. La California)*
- *Sí. A veces uno se mete de enrollado. (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)*

E: ¿Ustedes piensan que esta es una creencia masculina que se comparta mucho?

- *Claro. (J.D.G. 21 años, La Candelaria)*
- *Eso es tentador. (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)*
- *Y si se logra algo es como que como un orgullo. Si estuviste cayéndole a la chama por un año o nueve meses (J.L.M. 18 años. El Paraíso)*
- *No, tampoco, te fuiste. (Interviene C. P. 17 años. La California)*
- *Estoy poniendo un ejemplo, y coye si te haces novio de esa chama es un logro. (Continúa J.L.M. 18 años. El Paraíso)*
- *Si. Vas en contra de las predicciones”. (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)*

En el ritual de la conquista las jóvenes se construyen como seres receptivos de la gracia amorosa. Los cortejos estereotipados en roles instituidos comprenden halagos, citas y regalos de objetos que se afilian culturalmente a los gustos femeninos mediante la iconografía publicitaria del amor que cosifica los intercambios sociales.

“Con detalles, eso es muy importante. Regalos, por ejemplo un chocolate que le encanta a una mujer, un oso de peluche, algo así que... yo siempre he visto que le encanta a una mujer” (A.T.H.12 años. Los Teques)

“Bueno lo que uno le dice, que uno las trate bien, que uno le diga princesa, que uno la saque a pasear de vez en cuando” (J.Y. 16 años, 23 de enero)

Conquistar según el DRAE (2011) proviene del latín **conquisitāre*, entre sus acepciones se encuentra:

“a) Ganar, mediante operación de guerra, un territorio, población, posición, etc.; b) Ganar, conseguir algo, generalmente con esfuerzo, habilidad o venciendo algunas dificultades; c) Dicho de una persona: Ganar la voluntad de otra, o traerla a su partido; d) Lograr el amor de alguien, cautivar su ánimo.”

Frente al sentimiento amoroso es posible tomar esta definición en dos sentidos: el primero como un *medio*, un momento en la relación de pareja que supone valerse

de los atributos necesarios para captar la atención del otro; y el segundo es concebirlo como un *fin* en sí mismo, evocando de este modo algunos de los presupuestos del amor romántico o amor pasión que aún hoy orbita vigorosamente en el imaginario juvenil. Según hemos descrito, este modelo implica gestas épicas y un interés perseverante, por tales esfuerzos se muestra como un vínculo breve, narcisista y cansador, exacerbado por la idealización de la seducción inicial y el exhibicionismo. La conquista difícil es celebrada, la interacción fluida puede ser fuente de desconfianza.

“Si las cosas se dan muy rápido y muy fáciles dan miedo, y que ¡uy no sape gato! Yo no confío” (J.D.G. 21 años, La Candelaria).

Por otro lado los términos *guerra, esfuerzo, dificultad, ganar* que conforman la definición de conquista son palabras inscritas en los territorios androcéntricos; la satisfacción de hacerse acreedor del “botín” de la colonización y compartir las hazañas públicamente es motivo de orgullo social y reafirma la propia valía. No es casual entonces que en la historiografía oficial los procesos brutales de genocidio indígena hayan sido denominados “conquistas”.

“Bueno los varones somos cómplices, todos o a la mayoría de los hombres le gusta contar sus experiencias y cosas así. Bueno y dicen que los hombres son peores y a lo mejor las mujeres son las víctimas, porque hablan de lo que hacen, en que cambio los hombres le ponen más de la cuenta, más de lo que ocurrió y por lo menos empiezan a hablar con lujos y detalles” (A.D. 15 años. Los Teques).

“Ellos hablan de las chamas como si ya tuvieran relaciones con ellas, ellos, bueno como todos pues, yo más pequeño también escuchaba hablar a los chamos y que te puedo decir, yo no me quería quedar callado pues, y simplemente hablar de tonterías, ehh ellos siempre hablan de que si viste lo que pasó con tal chama, a esta chama le metí, siempre quieren hacerse como notar en el grupo, siempre quieren verse como el que tuvo la mayor cantidad de novias, en realidad no me gusta eso, yo soy una persona callada en ese sentido, porque todo mi vida he tenido bastante relaciones, no sexuales pero si he tenido gran cantidad

de chamas, por mí ha pasado he tenido gran cantidad de chicas pero, no es porque yo sepa hacer mucho las cosas sino porque no soy persona de hablar mucho en ese tipo de cosas, sino que soy callado me gustó aquella chama, simplemente con una simple mirada, una mueca yo veo un aspecto y veo la cosa, y hago las cosas lentas porque son cosas que uno debe saber hacer. Porque ellos hablan y hablan pero no saben lo que hacen en realidad” (A.J.R. 17 años, Los Teques).

La suerte de complicidad y competencia masculina presente en las confesiones amorosas funge de entrenamiento, una pedagogía de sus pares que a la vez se convierte en elementos de identidad y valoración personal. El reconocimiento de los otros a partir de las historias de pareja cumple una función importante en la construcción de su masculinidad.

En suma, el tema de la conquista abarca una gran extensión. La convivencia, los conflictos, las diferencias e incluso las alegrías del compartir cotidiano son mínimamente mencionados en sus relatos; la fascinación idealizada del enamoramiento se incrusta en la cultura del romance que circula masivamente en los discursos de la industria del entretenimiento. La belleza efímera de la conquista está guiada por una estructura estereotipada de roles y rituales que privilegia el placer inicial del descubrimiento del otro, el moralismo y los estamentos de género.

4.2.3. El oscuro objeto del deseo: la elección amorosa.

Tal como señala Bourdieu, las estructuras objetivas sobre las cuales se imprime la dominación masculina son asimiladas y reproducidas por hombres y mujeres a través de sus prácticas en términos de naturalizaciones. Antes de iniciar la contienda de la conquista, las expectativas de género orientan la elección de los objetos amorosos; en ciertos imaginarios femeninos el hombre sigue valorándose por su figura de proveedor, esta institucionalización del rol agrega también un peso al varón, especialmente cuando por sus condiciones materiales de existencia las demandas no pueden ser satisfechas al nivel esperado.

“A mí me gusta un hombre que sea bien, que no sea tan celoso, que te dé todo” (J.A.A. Femenino. 14 años. La Silsa).

“A mí me gusta que una chama no sea muy sifrina, me gusta que de vez en cuando no le dé miedo ensuciarse las manos no, pero he estado con chamas que le digo vamos a ir a una parrilla y no le gustan pues, todo tiene que ser cosas de dinero, lujoso. (A.J.R. 17 años, Los Teques).

“Yo busco una chama burda que sea muy intelectual, que lea, que no sea de esa “ehh” que no sea niña, porque a veces muchas chamas buscan lo superficial, que si uno tiene una Merú, si tiene una vaina, que si donde uno viva y yo no soy así, a mí no me importa si la chama puede vivir en tal parte o en tal parte, pero que tenga los mismos valores y principios está bien que yo ah y el léxico, que a mí no me hable mal” (G.M. 18 años. Santa Cecilia).

Efectivamente las cualidades valoradas en la atracción se ciñen tanto a estereotipos de género como a la condición de clase. El gerundio de “malandro” expresa la acción de supremacía que se consolida en la subordinación de los otros para reafirmar la potencia propia y ganar respeto; el uso de esta estrategia discursiva es legítima entre varones. Desde la perspectiva de la ideología de clase, dicho argot constituye un indicador de ignorancia y violencia que se asocia exclusivamente a los sectores populares; de hecho esta retórica de la discriminación se alza sobre otros atributos estimados y promovidos por la cultura de la imagen. La desigualdad introyectada se exterioriza en los prejuicios y opiniones clasistas que se desprenden incluso desde miembros de los sectores sociales que estigmatizan.

“Bueno uno como hombre le ve las manos a la mujer, que sea aseada y que no hable feo. E: Y una chama que hable feo, ¿cómo sería? Así como malandreando, como un hombre. (...) alguien decente pues, que se comporte, que no esté por ahí; que se vista bien; que se haga respetar, todo eso” (J.Y. 16 años, 23 de enero)

“Que veas a una jeva que va pasando por allí y tenga las tetas hechas, el culo hecho y explotada de buena y tú verga está demasiado buena, pero cuando hablas con ella y sale con el cerebro tierrúo, verga, vete a lavarte, la mandas pa´ allá y aléjate de mí E: ¿Cómo es tener un cerebro tierrúo? Esas chamas que te hablan así “¿todo bien el mío, todo fino?”

(Lo expresa en tono más agudo) *A mí esas chamas que me hablan así, no, no*” (J.D.G. 21 años, *La Candelaria*)

En el cuerpo y en el lenguaje habitan las huellas de la trayectoria social del individuo; en ellos se evidencian por ejemplo, los hábitos de consumo o la educación. En todo caso dentro de los criterios de selección de pareja, no sólo se valora la apariencia física y el estilo comunicativo sino el “decoro y las buenas costumbres”. La etiqueta de “seriedad” está asociada al comportamiento moralista conservador que se sostiene en la estructura de roles estamentales del patriarcado. La mujer como sinónimo de capital simbólico, estatus u objeto de reconocimiento debe apearse a estos modos deseables socialmente. La joven que no se encarna en estas tipificaciones es susceptible de hacer de su compañero el hazmerreír de sus pares.

“Bueno que sea seria, no así toda loca (...) que venga de una buena broma y ya, que tenga buenos principios. E: ¿Cómo serían esos buenos principios? bueno es que por lo menos ahorita hay chamas que se la pasan todo el día con un grupo que si montada encima de hombres y cosas así, eso se ve feo” (J.A.J. 16 años, *Los Teques*).

Los encuentros underground se producen con aquellas que no personifican el ideal conservador abriendo el espacio para el ejercicio de las funciones eróticas “experimentales”. La sexualidad se convierte en un campo minado por la curiosidad y las restricciones y desempeña un papel mítico en las relaciones con el otro.

“Bueno además que implica perder mi inocencia es...sería como que tienes que protegerte porque no estás buscando como un embarazo no deseado o una ITS, hay veces que solamente se hace por diversión o para probar pero no es lo indicado, o bueno a mi manera no es lo indicado. E. ¿Por qué crees que si se hace por diversión o curiosidad no es lo indicado? No me parece bien, en algún caso que yo lo haga con un chico o algún chamo sería porque de verdad siento que lo amo o él me ama a mí. E: Y en ese caso cuáles serían los fines de hacerlo. Como para demostrarle mi amor” (N.S., 14 años. *Femenino. 23 de Enero*).

“Bueno yo veo eso más como un desenlace, por lo menos cuando uno ama en verdad, para mí eso es algo que pasa a un segundo plano claro si ya es algo épico si estás de verdad enamorado. Pero si es una relación que no es tan seria ahí si uno se puede ladillar de esperarla” (E.R., 18 años. Los Teques).

“Hay muchos hombres que si está buena, se la tiran y ya. Pero yo no. porque yo tengo hermanas, tías, amigas y no sé, cuando no se, como se llama, cuando uno hace eso mayormente la mujer queda enamorada, entonces, uno la va a lastimar, este eso le puede pasar a una de mis amigas, a mi hermana, mis tías, y no me gusta pues (...) He tenido la oportunidad bastantes veces pero no he querido, como te dije con alguien que quiera, no con una chama Xs” (A.D. 15 años. Los Teques).

“Fue algo que sí fue planeado o lo supimos hacer pues, no fue la locura que simplemente que ella tenía ganas y se dejó llevar, se dio un proceso, y fue etc., etc., etc.” (A.J.R. 17 años, Los Teques).

“Tú también tienes necesidades ¿sabes? normales de toda persona que quieres sentir placer, que te den amor pero físico” (C.P. 17 años. La California)

El poder de decisión para el ejercicio de la sexualidad en la pareja sigue estando en gran medida en manos de la mujer, pero aún así se concibe fuertemente reglamentado para ambos. En estos casos se cristaliza como sello del compromiso, la evidencia del amor. Tímidamente se reconoce el derecho al placer, pero el tema esta circundado de tantas prescripciones que hace necesario un abordaje más profundo para caracterizar sus posturas y experiencias.

En fin, dentro de la confluencia de los elementos de género y clase los jóvenes discriminan las potenciales parejas para establecer distintos tipos de vínculos amorosos (breves, sin compromiso, duraderos, formales, sexuales, etc.). Una vez que se elige el objeto del deseo el sujeto se introduce en los rituales de conquista y el éxito o no de esta empresa delinea también su final.

4.2.4. Sobre el despecho.

Fromm distingue la potencialidad transitoria del trabajo creador dentro de las actividades humanas orientadas a recuperar la unidad espiritual con la naturaleza, la totalidad; en las dos caras de la moneda de las relaciones de pareja -el amor y el desamor- se revelan vías de redescubrimiento de la mismidad, una re-creación del propio ser que se experimenta a partir del otro. Así talentos y sombras emergen al entregarse a la vivencia.

“Horrible, el primer día no sabía qué hacer, cuando me pasó la broma yo me desesperé, no sabía qué hacer, fue como que me gustas pero vives lejos, y eso fue... como que ahhhh, demasiado feo (...) Casi que llené la casa de lágrimas así, me desesperé, agarré un cuchillo y empecé a caerle a un pote de leche que tenía... y bueno ahí fue cuando empecé a tocar guitarra...ahí me puse a escribir. Y me puse a tocar canciones súper corta venas, bueno no tan corta venas, lágrimas de plástico azul de Joaquín Sabina, y fue así como que yo llorando y tocando eso fue pasando”. (C.P. 17 años. La California)

Sin embargo, reconocerse en las lides del despecho y compartirlo en un espacio público genera consecuencias dentro del evento comunicativo. En el marco del Análisis Crítico del Discurso, el contexto de una enunciación se relaciona con las propiedades de la situación social que son relevantes para el discurso. Según van Dijk (1997) “las estructuras del discurso varían en función de las estructuras del contexto y pueden al mismo tiempo explicarse en términos de éstas últimas estructuras” (p. 33); desde esta perspectiva el contexto local resulta un indicativo del contexto global. Mientras C.P. relataba su vivencia de desamor, el resto de los jóvenes rieron y emitieron bromas sobre su narración; luego de esta intervención la etiqueta “jeva”⁸ le fue adjudicada en algunos de sus turnos de habla. La ideología patriarcal, situada como contexto global, se asienta en prácticas de género basadas en la dominación y subordinación, incluso entre grupos de hombres; las contradicciones

⁸ En el argot juvenil venezolano la palabra Jeva refiere, en forma general, a una mujer. En este argumento cumple una función peyorativa que implica adjudicarle al participante características tradicionalmente concebidas como femeninas, por ejemplo el llanto y la expresión pública de experiencias afectivas dolorosas.

y/o fisuras en estas prácticas objetivadas pueden ser sancionadas, en una escala cotidiana y local, en términos de burla o descrédito.

Sabemos que las disposiciones y principios que organizan las representaciones asociadas al comportamiento de hombres y mujeres se reactualizan a la luz de posibilidades históricas distintas; a pesar de la diversidad en las formas de estructuración de la experiencia, éstas se hallan ancladas en un entorno material que se hace carne, orienta las prácticas y dispone recursos y valoraciones que son necesarios para participar en el mundo social de la vida. El modelo hegemónico de masculinidad interiorizado en la socialización de género tradicional (“*los hombres no lloran*”) convive con la ocurrencia y significación de las propias experiencias (*llanto y actos violentos*), en un contexto que modula la expresión del agente, y específicamente en estos espacios, está mediado por la legitimidad de los interlocutores.

Quizás la gestión emocional del presente esta codificada en elementos racionales para los hombres (¡y para las mujeres también!), pero esto no restringe la declaración de sus afectos. Reconocer ante un otro los dolores es parte del proceso terapéutico de resignificación de las vivencias.

¿Cómo te sientes ahorita que terminaste con ella? Coño, triste todavía. Pero también si tu te pones a ver y es mejor, es caerme a golpes, porque ella se va para San Juan a estudiar odontología y yo cuando salga de aquí si Dios quiere me voy para Maracay, va a ser distante y va a ser un sufrimiento pues. Es chimbo pero también fue bien. (J.A.J. 16 años, Los Teques).

Mayoritariamente en estos casos las rupturas se configuraron en rituales de distracción; la reunión con sus pares tiene el objetivo de mantenerse ocupado-distraído de sí mismo, de sus sentimientos y de su vivencia, los dolores también son puestos en escena a modo de show al cual el protagonista asiste de invitado especial. La fuerza afectiva invertida en el enamoramiento para materializar los deseos y las ilusiones propias en el otro, es eyectada con la misma intensidad.

“Yo cuando me despecho, llamo a todos mis amigos, mira vamos a salir y me distraigo, trato de pasar todo el día distraído (E.R, 18 años. Los Teques).

Seducidos por la conquista, el fin no figura en el horizonte. La vida posmoderna posiciona la adaptabilidad y la sustitución como recursos claves hasta para participar en el universo de las relaciones de pareja, sin embargo, la promesa del porvenir sigue estando en la palestra del mito que nos rige. En la sociedad de consumo la conciencia de finitud permanece velada. Así por ejemplo la publicidad suele ofrecer mercancías que aluden a la durabilidad de sus componentes; la estructura del trabajo y del tiempo se disponen de forma similar: la explotación del empleado se compensa con el anhelo de las vacaciones, el trabajo asalariado de media vida se alienta con la ilusión de la pensión de vejez, incluso las políticas de crédito se orientan al “largo plazo”. Bajo estas condiciones vivimos atados a la expectativa del futuro. En el terreno de la intimidad, el escenario imaginado de la muerte del sentimiento de nuestro objeto amoroso se asume con un miedo paralizante; cuando ocurre, y nos hallamos sumergidos en este estado de vulnerabilidad indeseado e inevitable, el mandato del espíritu dionisiaco, irreflexivo y común, es mantenerse entretenido. La ruptura se convierte así en un acto oficial y público, motivo de celebración colectiva que inaugura la conversión del sujeto en un producto disponible. Para ello la industria cultural activa su maquinaria al servicio del desamor.

“Yo, rumbear. Me meto en una discoteca no sé porqué” (J.D.C. 21 años. La Candelaria.)

En tal sentido las vivencias dolorosas de los jóvenes se construyen sobre una estructura de negación, minimizando su impronta en el Yo; la fantasía de la evitación del dolor y la búsqueda del placer es impulsada desde el imperio hedonista. Discursivamente se vislumbran dos estrategias que dan cuenta de los contenidos ideológicos de nuestro sentido común en el caso de las rupturas; la primera tiene que ver con la validación y legitimación del discurso parental-institucional que concibe la juventud como un periodo de tránsito y formación, caracterizado por la precariedad de los recursos que le son atribuidos (“logrados satisfactoriamente” al llegar a la adultez). La dictadura del criterio etario se asienta en la subjetividad individual

encausando mecanismos de deseabilidad social que conducen a la descalificación de las propias experiencias.

“Una vez yo me equivoqué así y bueno. P: ¿Te empataste? Estaba en eso pues, pero la chama no iba pendiente, al final me lastimó y normal. (...) o sea estábamos cuadrando nosotros, y después me enteré que la chama estaba cuadrando conmigo, como con 3 más, seguía con el ex, y muchas vainas pues, y entonces muchas promesas y muchas vainas que no se dieron. Pero después, no le paré mucho pues, hay gente que se enfrasca en esas cosas, y que me lastimaron y se ponen así con 15 y 16 años, y se van a poner con esas ridiculeces de un desamor y ese tipo de cosas”.
(A.D., 15 años. Los Teques)

Las carencias y los excesos que son atribuidos a la juventud yacen con un peso ontológico. Su constitución social como seres deficitarios restringe la percepción de sí mismos como sujetos de derecho, capaces de posicionarse y tomar decisiones en las distintas esferas del mundo social. En estos espacios florece también la inclinación política de confinarlos a ghettos simbólicos. En ciertos sectores las experiencias amorosas de los adolescentes suelen ser desestimadas, oponiendo la formación académica al tema del enamoramiento; aunque la pareja de los hijos pueda ser aceptada en el núcleo familiar, el ejercicio del poder parental se mantiene implícito en refinados mecanismos de persuasión, en los cuales se provee un abanico de posibilidades de actuar pero enfatizando la alternativa de interés de las figuras de autoridad, bajo el argumento de “evitar consecuencias no deseadas”.

“Ellos (los padres) simplemente me decían que tuviera cuidado que no me enamorara ni nada, que primero me encargue de mis estudios, él no me dice que no tenga novia ni nada, pero que no me enserie porque no sería bueno, que sería como una distracción en los estudios, porque en realidad es verdad pues” (A.R.P., 17 años. Los Teques).

La segunda estrategia está relacionada con el agenciamiento. En la construcción de la identidad masculina se suprimen ciertas formas de expresión de la sensibilidad; la narración en tercera persona, por ejemplo, desvincula los afectos involucrados en las vivencias a través de un proceso de hiperracionalización que

simula la objetividad de los planteamientos (herencia dicotómica que divide razón y sentimiento). Asimismo la fragilidad de la relación amorosa se manifiesta en la lógica de sustitución que priva en el intercambio de bienes y servicios.

“Bueno marico sabes, hiciste, te has portado como un caballero, has hecho todo lo que has podido (...) y es difícil y yo sé que ella se va arrepentir... todo lo que has hecho por esta chama es... sabes que ninguna chama diría que no de verdad, coño si ella no quiere es porque es una estúpida, ya no puedes hacer nada, no puedes obligar a nadie que te quiera, hay muchas cosas en el mundo, hay muchas chamas, sabes”.
(G.M. 18 años. Santa Cecilia)

“Yo siempre pienso que hay mujeres más lindas, ni que fuera la única en la vida. Uno está joven y puede tener las novias que uno quiera y todo lo demás” (J.Y. 16 años, 23 de enero).

En la cinematografía del capitalismo los escenarios son transformados vertiginosamente; tal como advierte Bauman la flexibilidad y la capacidad de ajustarse al medio se declaman como herramientas imprescindibles para la sobrevivencia. La ideología consumista engendrada en la dinámica de mercado presupone la obsolescencia de los bienes que comercializa, al perder su vida útil y/o valoración social quedan relegados por otros nuevos; el bucle recursivo de esta lógica deja su huella en los imaginarios amorosos. Para la exaltación de la aparente disponibilidad de potenciales parejas que circulan dentro del mercado de las relaciones, se recrean atmósferas con oportunidades infinitas para adquirir la “adecuada” en tanto se incrementa el flujo de transacciones entre los actores; las negociaciones fallidas se compensan mediante la capacidad alquímica, que emana de los artefactos culturales de moda, de convertir las rupturas amorosas en victorias *per se*, lo que implica posicionar una jerarquía de valores cónsona con el sistema de relaciones sociales de producción: perder compromiso es ganar libertad... libertad para salir con amigos y hacer-consumir otras actividades mientras transita de nuevo por el mercado de las relaciones. La ambivalencia de fondo se traduce en el sentido que se construye sobre el vínculo de pareja: asumir las “restricciones” del compromiso o convivir con la “soledad” implícita de la libertad.

“Si te gusta otra chama primero tienes que conocerla antes de terminar con tu novia. Porque imagina, una la llega a terminar y después uno se queda soltero. E: ¿Qué pasa con estar soltero? Te gusta? Bueno es fino porque uno puede hacer lo que quiera, se siente libre, pero también uno está solo” (J.Y. 16 años, 23 de enero)

Para estos jóvenes en la relación de pareja reposa el centro de su existencia invisibilizando el paraguas de vínculos sociales posibles. Pero por otra parte, expresan las contradicciones del moralismo hipócrita de la sociedad de clases que se sintetizan en las nociones del mundo adulto arrojadas desde las plataformas de control social (familia, sistema educativo, expertos, medios, etc.), valiéndose de su autoridad como figuras referenciales sobre las relaciones afectivas; por ejemplo es común la tendencia a menospreciar los encuentros o las rupturas con argumentos como: *“tú estás muy joven para comprometerte”, “todavía te falta vivir”, “te quedan muchas personas por conocer”,* mientras simultáneamente se promueven idealizaciones de amor eterno y de fusiones simbióticas que ocultan disimetrías y objetos en pugna.

“Ahorita no es que no exista el amor pero sí... sí es difícil de encontrarlo ya, no como los tiempos de antes que tú veías que esa persona era para ti se enseriaban y ya, por ejemplo como mi mamá y mi papá” (A.J.R. 17 años, Los Teques).

He aquí una de las paradojas: ¿cómo se construyen relaciones basadas en la confianza, el compromiso y el respeto si desde las primeras inserciones en el mundo amoroso los jóvenes están siendo bombardeados, incluso desde sus figuras de referencia más cercanas, con mensajes que le orientan en una dirección contraria?.

4.2.5. El amor en la era de la industria cultural.

Las transformaciones del orden social y cultural han invadido los terrenos afectivos modulando las experiencias amorosas. Con el auge de las nuevas tecnologías las redes sociales reconfiguran las formas de encuentro con el otro tejiendo una suerte de convivencia virtual que altera el curso idealizado de la relación; la complejidad que involucra el manejo de la comunicación, la fidelidad y

el respeto suele trasladarse al papel de estos dispositivos y a sus usos y prácticas asociados culturalmente. La marca de la época se imprime en el temor oculto a la intimidad.

“Y de paso lo que hay en las inestabilidades de las parejas es porque, antes porque se escribían una carta, se veían ocasionalmente, ahora con esto de las redes sociales, es como vivir uno en la casa del otro, es como si uno se mudara de una pues. Entonces, tienes que hablar todos los días, a todas las horas y se acaban los temas muchas veces y entonces hay que estar inventando, es literalmente como si estuvieras viviendo con la otra persona” (J.D.C. 21 años. La Candelaria)

No obstante, la nostalgia por la organización amorosa del pasado revive en estas condiciones. En el mundo del acceso la tentación acecha; la tecnología convierte al otro en un potencial “disponible”, desmantelando la atmósfera de estabilidad que se creía atada al lazo de pareja en la rutina conyugal de antaño; aunque lo orgánico y corporal sigue estando en el imaginario de la interrelación, estos artefactos construyen el puente para el acercamiento físico. El paraíso de los celos se recrea ante la amenaza de la duda.

“A veces uno piensa que la sociedad de ahorita es diferente a la de antes, porque hay más personas, hay más facilidad de contacto, ya sea por internet y por tanto más contacto físico. Uno ve que las relaciones por eso son ahorita más inestables, y hasta en las personas que ya están casadas que son adultas, por eso mismo de que es más fácil el contacto, ya sea por teléfono o algo así, y como muchas personas cuando están con otras sienten que esa persona es propiedad de uno por ejemplo y ve que esa persona, que tu pareja está hablando con otra persona, uno siente celos, ahí empiezan ya los problemas” (J.L.M, 18 años. El Paraíso).

“Uno se entera que los demás están pendientes de la novia de uno pues y entonces, van le escriben, hablan, descarados, la invitan a salir, uno ve las conversaciones por whatsapp que si déjalo, descarados y ese poco de cosas entonces, si se ve que la chama lo rechaza pues, uno no le pararía.

Entonces, si la chama dice bueno, si, tal vez, no sé, y cosas así, entonces a lo mejor se ven”(A.D., 15 años. Los Teques).

En la era de la saturación informativa los delirios florecen. Los celos, esa ráfaga irreflexiva e inevitable que acecha al enamorado en su travesía, ha encontrado un eficiente aliado en los productos tecnológicos. Así por ejemplo, gobernados por la ilusión de las certezas se instaura la necesidad de conocer el pasado y presente del objeto amoroso apelando a sus publicaciones en las redes sociales. La perversa alteridad que nos separa del ser amado pretende ser aminorada con esta engañosa estrategia de apropiación del otro; al final el anhelo de poseer se reduce a la absorción del sujeto por su propio dispositivo, que le convierte entonces en un acosador virtual, adherido a la difusa intimidad que se desplaza en el espacio público.

“E: ¿Qué haces cuándo estás celoso? Stalkear, o sea revisarle la vida entera a la chama por las redes sociales, para averiguarle la vida y ver qué está haciendo” (C.P. 17 años. La California)

Efectivamente las vivencias amorosas del presente están mediadas por estas invenciones. Si el amor es un pretexto para adueñarse del otro y esclavizarlo -como subraya Oliverio en *El Lado Oscuro del Corazón*- en este marco interactivo las redes sociales abanderan la consigna, sólo que la verdadera esclavitud se ejerce entonces contra el sujeto mismo a través de estos dispositivos; encadenados a las redes y las aplicaciones de los teléfonos inteligentes renace la promesa de la fantasía del control. Una vez más, paradójicamente, la abundancia de medios para la comunicación nos separa y subyuga. La conversación que sigue da cuenta de ello.

- *Las redes sociales como que buscan eso, sobretudo el whatsapp que te dice si estás conectado, y la última hora en que se conectó la persona (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)*
- *Eso es un diablo, eso es el diablo. Y uno se pone paranoico, todavía no me ha escrito (C.P. 17 años. La California)*
- *Mira a mí me ha pasado. ¡Qué bolas te has conectado todo el día y no me has escrito! ¡Maldita sea! (J.D.G. 21 años, La Candelaria)*

Una sensación desesperante, de pasión sufriente, al modo que ilustra Barthes (1993) en el encantamiento del sujeto amoroso frente al teléfono fijo es reeditada en estos nuevos artefactos. La ansiedad se mide en el tiempo que transcurre frente al celular o la computadora, esperando la aparición virtual de nuestro objeto y su decisión de interactuar con ese que espera. Para unos la paranoia (¿por qué no me saluda?) para otros los reproches (¿te vi conectado y no me escribiste!).

Pero dentro de este mundo de efervescencia tecnológica, no sólo las redes modulan los intercambios afectivos. Tal como desarrollamos en nuestros corpus, por las características de su constitución y el lugar privilegiado que ocupa en el espacio público, la música resulta un importante instrumento de socialización e identidad para los jóvenes. Este condicionamiento ha sido capitalizado por la industria cultural para imponer su sentido del gusto, transmitiendo creencias y percepciones y brindando elementos para la cohesión y la agrupación juvenil; quizás por ello dentro de las preferencias musicales de todos los entrevistados, el pop y algunos de sus exponentes principales, figuraron en las listas.

“Me gusta una pero no sé cómo se llama, es una que el hombre pierde y la mujer también. Que los dos son infieles, se aman, pero son infieles. Pero es bien. La remix y la normal. E: ¿Y por qué te gusta esa canción? Bueno aquí todo el mundo la escuchaba, todavía se pone en las fiestas”
(J.Y, 16 años, 23 de Enero)

Sin embargo el gusto musical no es homogéneo, hay productos que se rechazan y otros que son extremadamente valorados; algunos dependen del contexto en el que se escuchen (p.ej. el reggaetón en celebraciones) y otros por su papel en la construcción de los mismos (p. ej. canciones románticas en los encuentros amorosos). En ciertas ocasiones son incluso accidentales; se toman en sentido naturalizado como compensación de la ausencia de compañía.

“La música me gusta, pero no es que me la paso con los audífonos como toda la gente, no soy persona que me gusta estar con los audífonos, simplemente me gusta cuando estoy en alguna fiesta o cuando estoy en mi casa y estoy aburrido, la pongo pero no prestándole atención sino simplemente para tener un poco de ruido, no me gusta estar sin escuchar

nada, me gusta más que todo el ruido pues, la gente hablando, la música a volumen alto” (A.J.R. 17 años, Los Teques).

“Yo escucho en realidad de todo pues, pero más que todo reggae. E:¿por qué te gusta el reggae? No sé, la letra, más que todo la letra y su mensaje pues, la mayoría de las personas creen que el reggae es pura letra de marihuana, drogas y cosas así pero cuando uno profundizas quizá en lo que es el reggae trata sobre el respeto hacia la mujer, hacia la paz y todo ese tipo de cosas” (A.D., 15 años. Los Teques).

“Bueno a mí también me gusta de todo un poco, puedo escuchar cosas que sí blues, o sea rock, escucho hip hop, también escucho esas cosas que son bien feas. E: ¿Cómo qué? (Interviene C.P.: jeje “ella quiere cualto”) E: ¿Como reggaeton? Si... no lo escucho porque lo disfrute así, sino porque la verdad me da risa lo feo que pueden decir esas cosas” (J.D.G. 21 años, La Candelaria)

Los jóvenes se apropian de estos productos de forma diferenciada. Su capital cultural les permite generar mecanismos de identificación simbólica para valorar los distintos géneros que circulan en el espacio público y relacionarlos consigo mismos; a modo lúdico o utilitarista adoptan en sus universos sonoros los contenidos que la industria musical impone.

En todo caso el impacto mediático y comercial de la música se trasluce en las referencias automáticas a sus contenidos para relatar experiencias personales y significar sus concepciones. En este sentido, el imaginario del amor pasión y las escenas de romance se acoplan a los discursos individuales.

“¿Qué es para ti el amor? Mira es como dice la canción duele pero en la vida es lo más bonito je je je” (J.A.J., 16 años. Los Teques)

“Cuando estamos en casa de mis amigos oímos música romántica así como merengueton, y uno siempre se imagina a la chama con quien quiere estar, o sea con su novia, yendo pa’ la playa” (G.M., 18 años, Santa Cecilia).

Asimismo, la música se convierte en un indicador del ser; un instrumento que permite desentrañar el misterio de la otredad e inferir sus características en el marco de una narración coherente con las expectativas propias.

“Ella no decía nada, era una mujer muy callada, yo a veces pensaba que no tenía ánimo y mucha gente decía lo mismo, pero cuando oía las canciones que ella oía, que eran puras canciones románticas, tú te dabas cuenta que ella por dentro es una persona romántica, súper cariñosa, y que bueno lo que pasa es que le era difícil hablar (...) Tú puedes ver como es una mujer por su ipod, por qué, porque ves lo que le gusta, lo que le apasiona, como es ella de verdad, su personalidad” (G.M., 18 años, Santa Cecilia).

El gusto musical no permanece fijo, por el contrario se muestra en estos jóvenes de forma dinámica, movable y puede ser transferido por los sentimientos de apego que se desarrollan con el objeto del deseo. La música cumple entonces una función gregarista y pragmática para estos jóvenes.

“A mí me ha pasado por ejemplo que si a tal chica le gusta tal música y a mí me atrae ella, capaz yo puedo sentir atracción por esa música” (O.B. 18 años, Colinas de Carrizal)

Las transformaciones en el ámbito tecnológico y su impacto en las relaciones sociales visibilizan horizontes amorosos que permanecieron velados en las generaciones de nuestros padres y abuelos. En resumidas cuentas, de forma periódica y paralela los itinerarios amorosos cambian, los códigos se diversifican, las direcciones se vuelven discontinuas, los roles se difuminan, los referentes se transforman; ante este marco de incertidumbre los jóvenes se posicionan desde la resistencia, la negación y/o el consentimiento para introducir en sus repertorios relacionales los valores, recursos y capacidades que permiten lidiar con las paradojas del amor en estos tiempos.

4.3. A modo de discusión

El poder simbólico que ejerce la Industria Cultural a través de sus productos musicales posibilita la reafirmación y reproducción de modelos y marcos de relación que armonizan con el orden social imperante. La estructura tradicional de la familia y la pareja se naturaliza en los contenidos de estos productos, enalteciendo una ideología de género sustentada en la distribución de roles que se anclan en la moral conservadora y en los imaginarios del amor romántico.

Tal como señalan los estudios feministas (Esteban, cols, 2005; 2008; Sanpedro, 2005) este modelo configura prácticas que devienen en situaciones de subordinación de la mujer y violencia de género; el amor romántico se asienta en las mismas bases de la propiedad privada, su lógica patrimonial parte de la desigualdad entre hombres y mujeres. Lo masculino se superpone por distintas razones, bien sea a partir de una superioridad material o, en estas nuevas condiciones, por la justificación simbólica de su rol de representación. Al ser la modalidad más difundida desde estos centros de socialización sigue consolidándose en el sentido común; creencias compartidas acríticamente en las cuales se enfatiza el desarraigo del Yo y el maltrato disfrazado en sufrimiento o sacrificio inevitable como indicadores de normalidad en las relaciones de pareja.

A lo largo de las reelaboraciones narrativas de los jóvenes sobre sus vivencias amorosas se visibilizan huellas de estos imaginarios reproducidos en las distintas esferas de influencia mediática. Las transformaciones tecnológicas que han operado en los últimos años impactan en conjunto la construcción de sus subjetividades y de la intimidad compartida; entre estas, la apropiación musical a partir de los dispositivos portátiles se ha hecho habitual en su experiencia cotidiana. No existe una percepción clara del tiempo que le es dedicado al mundo de la composición sonora y quizás de ello se derive que tampoco posean un análisis reflexivo de los contenidos que escuchan, en otras palabras, no son conscientes del consumo cultural que efectúan y de cómo este contribuye a su configuración individual; es precisamente en este pasar desapercibido e ingenuo que radica su poder de influencia. Los jóvenes se creen regidos por una motivación instrumental y pragmática en sus prácticas de uso y apropiación musical, particularmente destinadas para distraerse de la soledad o congregarse con sus pares.

En la constitución identitaria desprendida de sus relatos, el joven se presenta como un sujeto desconfiado y soñador. La centralidad del proyecto de pareja se expresa tanto en sus intentos por encontrar la “adecuada” como en las deslegitimaciones que realiza sobre sus propias expectativas en estos terrenos; se debate entre la diversión del descompromiso, la experimentación, la tentación y el miedo, el abandono y la soledad. Estos muchachos maniobran dentro del mundo íntimo como uno de los pocos espacios de supuesta autonomía que esta sociedad le brinda.

Por otra parte, masculinidad y feminidad son categorías plurales y polisémicas y en estos jóvenes se precian cargadas de contradicciones; sin duda reproducen sus estamentos de género, pero una sensación de incomodidad y desajuste les acecha. Los vertiginosos cambios en la sociedad no han sido procesados en la vida psíquica individual con la misma rapidez.

En las relaciones de pareja los participantes se pliegan a los discursos conservadores que detentan la hegemonía del sistema patriarcal, fundamentalmente en el tema de los roles. Aunque puedan mostrar una apertura a la movilización de los enclaves tradicionales de ejercicio de la masculinidad y la feminidad, continúan arraigando la construcción de su identidad a partir del contacto con los referentes primarios y del proceso continuo de socialización diferencial que se difunde desde los dispositivos mediáticos.

Asimismo la vinculación de lo emocional que se cree exclusivamente referido a las mujeres se mostró fracturada en estos jóvenes; grosso modo hablaron de sus sentimientos y vivencias de forma fluida y agradecieron el espacio y el interés por conversar sobre dichos temas. Evidentemente el dispositivo de reconstrucción de datos tuvo un impacto diferencial para sostener estos climas. En las entrevistas individuales se mostró una tendencia más marcada hacia la emotividad y la profundización de experiencias personales a pesar de haber adolecido de un contacto previo con la investigadora. Dadas las dinámicas propias de los grupos focales, las conversaciones estuvieron a un nivel un poco más superficial, sin embargo atisbos de confidencias se colaron desde algunos actores, sin dejar de generar reacciones o sanciones por parte de sus interlocutores.

En todo caso la propensión a compartir experiencias íntimas que mostraron la mayoría de los participantes puede estar relacionada con el poder simbólico del género de la investigadora dentro de estos espacios masculinos. La actitud de seducción hacia las entrevistadoras reportada por Silva y Mora (2014) en su investigación con hombres, contrasta con la apertura de los jóvenes a conversar sobre sus vivencias en un microclima de confesión y casi terapéutico; quizás el rol de escucha, contención y sensibilidad asociado tradicionalmente a la figura femenina potenció la generación de este espacio íntimo, cobrando más fuerza que las posibilidades de conquista. Además los temas de la sexualidad, tal vez socialmente contruidos con mayores resistencias y tabúes, no fueron abordados con la hondura de la investigación citada.

En otro orden, desde los estudios feministas (Gómez 2010; Andreani, 1998) se afirma que durante la socialización primaria a las niñas se les inculca la rivalidad con sus congéneres, una suerte de relación de competencia o germen de la envidia que contrasta con los valores de complicidad y camaradería que se les promueve a los varones. Sin embargo, para nuestros jóvenes este mandato se aprecia con matices. En los resultados obtenidos por Silva y Mora (2014) sobre las masculinidades caraqueñas se reafirma esta observación:

“La competencia del hombre, es el hombre: los participantes describen como parte de “ser hombre”, rivalizar con sus pares para mantener una imagen masculina que supere la del otro ser masculino que es visto como contrincante. Dicha imagen debe cultivarse y reafirmarse a lo largo del tiempo” (p. 96).

Una de las fuentes de reafirmación de la identidad masculina se halló en los relatos de la sexualidad. Los jóvenes confesaron ser protagonistas y/o espectadores de historias ficticias y reales, fantasías o medias verdades acerca de su función erótica como un instrumento de reconocimiento o admiración de sus pares. Certifican que este tipo de acciones les confiere un lugar de superioridad frente a los otros, un terreno para la competencia, para exhibir recursos y potencialidades.

La subordinación intra-género también es sufrida en estos dominios, lo cual nos permite inferir el amasijo que componen las masculinidades de nuestros

participantes; rasgos de los modelos hegemónicos batallan con características emergentes de su socialización; nuevas formas de entenderse que se hallan inscritas en las posibilidades históricas que les sobrevinieron como generación frente a la herencia cultural que pesa sobre sus hombros.

Por otro lado, las relaciones de pareja se observan como un entrenamiento para el futuro; en su proyecto de vida la trayectoria involucra el desarrollo académico y económico previo a la formalización del vínculo conyugal. Una dirección lineal y planificada que recuerda la constitución de la vida y del Yo moderno que señalaba Sennet. Igualmente dentro de sus esquemas el compromiso es contrario a la diversión; la lógica de la propiedad está presente en sus interacciones con sutiles dosis de machismos que se cuelan en los relatos.

En suma, la gestión emocional está enlazada a los contenidos de este nuevo mundo referencial, diverso y contradictorio. Las prácticas amorosas no dependen exclusivamente de la asignación tradicional de roles sino que están atadas a las condiciones materiales de existencia y las posibilidades que éstas les brindan para recrear los imaginarios y rituales idealizados. Estos hombres hablan de amor, de sexo, de sus relaciones y fantasías sólo que quizás no lo hacen desde los órdenes discursivos codificados por lo femenino. Para comprender esto la tarea de nosotras tal vez consista en problematizar las propias concepciones del dominio afectivo que tan enraizada se posa en las estructuras sociales e inconscientes de este sistema.

CAPITULO V: CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

En la era del consumo cultural predomina una tendencia a la sobrestimulación de la experiencia afectiva; las satisfacciones colectivas, la solidaridad y el trabajo en común por objetivos históricos están excluidos del inventario de felicidad y realización personal que comercializan sus mercados. El amplio marco relacional que nos ofrece el mundo de la vida se encuentra negado en estas esferas de influencia. Aquí el amor se define por su ausencia; su lugar es tomado por el romanticismo cursi y la búsqueda desesperada del placer.

La incitación a recluarnos en el espacio privado se instala como mecanismo de control social; la industria del entretenimiento nos invita incesantemente a involucrarnos en relaciones de pareja mientras inoculan pautas monolíticas de interpretación de la realidad amorosa; hace del erotismo pornografía y del amor una transacción comercial. Con el modelo del amor romántico promueve estereotipos de género, heteronormatividad y distinciones de clase; vende experiencias afectivas, atmósferas, metáforas e imaginarios que se reconstruyen en las vivencias individuales colmadas de contradicciones.

Naturalmente los procesos de influencia no son mecánicos; esta tecnología de subjetivación no actúa sola. Su efectividad como dispositivo de difusión del sentido está blindada porque se articula con otros discursos que legitiman tales concepciones; el cine, los medios, los terapeutas, autoayuda y todo el sistema de expertos se constituyen como instancias de regulación emocional asociadas a los referentes y normativas tradicionales. En líneas generales estos contenidos están tan cargados de paradojas como el orden social que les da sustento: por una parte, proyecta idealizaciones del objeto amoroso, uniones simbióticas y compromisos eternos rebosantes de felicidad, mientras por otra infiltra el virus de la duda, la desconfianza, la tentación sexual y el placer como fin en sí mismo.

Esto fue evidente en nuestro análisis; en la reconstrucción de las experiencias de los jóvenes se observaron referencias directas a los discursos de la música, pero sabemos que no son exclusivos de éstas. Hombres y mujeres somos arrastrados por la ola discursiva emocional que gravita en el espacio público. Contrario a lo establecido en la socialización tradicional, la centralidad del mundo

afectivo es adjudicada ahora a todos los géneros por igual. A pesar de esto, no se observa una homogenización de las formas de expresión ni las prácticas asociadas a cada género. Fisuras y contradicciones, desajustes y malestares, oportunidades y esperanzas se muestran a la orden del día.

Este trabajo pretendió aproximarse a los jóvenes considerando las transformaciones sociales que hoy nos acompañan; la finalidad fue conocer cómo los sujetos lidian con ellas y cómo recrean sus imaginarios y prácticas amorosas a partir de estas condiciones. Si bien es cierto que las mujeres muchas veces en nombre del amor hemos sufrido las peores consecuencias de convivir en un orden patriarcal violento, creemos que los hombres tampoco son los grandes vencedores de esta red de relaciones. La progresiva criminalización masculina, dada su visibilización mayoritaria de agresor justificada casi ontológicamente, oculta otras armas tal vez más sutiles de perpetuación de desigualdades y violencia. Los imaginarios amorosos que manejan los jóvenes se correlacionan con los ideales del amor romántico; pero a su vez el amor es fuente de miedos, revela la fragilidad propia y las paradojas del sistema social imperante. Es quizás en este marco íntimo donde se sienten más intensamente los cambios económicos y culturales que han afectado la configuración de las identidades de género.

Por otra parte, la selección de canciones, todas pertenecientes a la corporación del pop (entendida como estrategia de marketing organizada para multiplicar ventas), corresponden a géneros y estilos musicales distintos, cuyas valoraciones se traducen en formas diferenciadas de apropiación y uso. Dado que los objetivos de este trabajo se referían a la caracterización de las prácticas afectivas de los jóvenes en relación con los discursos de un espacio social particular, no fueron discriminados dichos géneros. Posiblemente esto fue una limitación del presente trabajo; ampliar el rango podría ser objeto de futuras investigaciones. Asimismo, comprendemos que el tema de las relaciones se vive de forma íntima y personal, por lo cual otra limitación puede estar relacionada por carecer de un proceso de familiarización previa con los informantes, que quizás hubiera posibilitado profundizar con mayor precisión en sus relatos.

Entendemos que los resultados de esta investigación se sitúan en un contexto histórico particular y corresponden a un grupo específico de jóvenes, por lo cual no

pretendemos generalizar la mirada construida al respecto. Es preciso entonces expandir los límites de nuestro estudio invitando a otros actores a manifestar su voz; despleguemos desde la psicología el abanico de temas de investigación considerando la complejidad humana y los procesos inéditos de transformación nacional. Dentro de esta línea, abordar distintos grupos etarios o dar cabida al resto de la comunidad sexo-diversa puede resultar interesante y provechoso; también en el marco de las nuevas tecnologías (p. ej. redes sociales, otros productos culturales como reality show, películas, videojuegos, etc.) seguir caracterizando su incidencia en las configuraciones relacionales, en la estructuración de los sentires y las identidades. El mundo de vida del joven es amplio; la estigmatización social que sobre ellos recae con el tema de la violencia, la apatía y el consumismo debe motivarnos a seguir trabajando por comprender mejor sus prácticas y horizontes.

De igual forma es recomendable explorar estos temas desde la propia mirada masculina. Entender cómo opera el género del investigador puede ayudarnos a explicar por qué ciertos contenidos se hacen explícitos y otros son silenciados, o bien particularidades y formas de expresión que probablemente estén mediadas por el papel del interlocutor.

En fin, los maestros y referentes más importantes no se encuentran necesariamente en la escuela o en la casa. Estamos expuestos a una diversidad de fuentes pedagógicas tan naturalizadas que no advertimos el poder que ejercen sobre nosotros. Por esto, deconstruir lo simbólico implica la reconstrucción de nuevos lugares alternativos de desplazamiento con sus correspondientes enclaves materiales; capitalizar la penetración de los dispositivos ya instalados en la cotidianidad involucra la reformulación de sus contenidos para tornarlos en productos más enriquecedores. Una “toma de conciencia” entendida y promovida en el sentido original Freire (2008), es decir, como un aprender a percibir las contradicciones sociales, políticas y económicas y a realizar acciones, aunque sean pequeñas, contra los elementos opresivos de la realidad. Por supuesto, esto pasa principalmente por entrenar la capacidad para cuestionar nuestras propias convicciones y roles dentro del mundo social de la vida.

REFERENCIAS

Andreani, F. (1998) **Vida cotidiana y malestar de las mujeres**. Universidad Central de Venezuela. Caracas: Venezuela

Angenot, M. (2010). **“El Discurso Social”**. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI

Bauman, Z (2011). **Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos**. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.

Barthes, R. (1993). **Fragmentos de un discurso amoroso**. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI

Beck, U. (2006). **La sociedad del riesgo. Hacia la nueva modernidad**. Madrid, España: Paidós.

Berger, P y T. Luckmann. (1968). **La construcción social de la realidad**. Buenos Aires, Argentina: Amorrurtu.

Bourdieu, P. (1990). **La dominación masculina**. Barcelona, España: Anagrama.

_____ (2002). **La juventud no es más que una palabra**. En Sociología y Cultura. Mexico: Grijalbo

_____ (2002). **Estructuras, habitus y prácticas**. Recuperado el 13/03/13 en: https://docs.google.com/document/d/1Y8khOJYrXBWUjPuoVCFJTo8y62rCIIsjB3N3TAU6Ai0E/edit?hl=en_US&pli=1.

Burr, V. (1995). **Introducción al Construccinismo Social**. Barcelona, España: Proa

Camejo, A. (2005). **Crisis del Modelo Fordista o Estado de Bienestar en Venezuela. Reforma de la Ley Orgánica del Trabajo. 1989-2004**. Rcuperado el 14/12/13 en: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?pid=S131585972005000200004&script=sci_abstract

Casique, I. (2000). **Trabajo femenino extradoméstico y riesgo de disolución de la primera unión. El caso de las mujeres urbanas en la región capital de Venezuela.** Papeles de población Vol. 6 N° 25. Universidad Autónoma de México. Recuperado el 19/03/14 en <http://www.redalyc.org/pdf/112/11202503.pdf>.

Castro, T.; Cortina, C.; Martín, T.; Pardo, I. (2010). **Maternidad sin matrimonio en america latina: análisis comparativo a partir de datos censales.** Cepal, notas de población N°93. Recuperado el 19/03/14 en http://www.cepal.org/publicaciones/xml/9/45549/lcg2509-p_2.pdf.

Chóliz, M.; Gómez C. (2002). **Emociones sociales II (enamoramamiento, celos, envidia y empatía).** En Palmero F.; Fernandez-Ablasca G.; Martínez F. y Chóliz M. (eds), *Psicología de la Motivación y la Emoción*. Madrid, España: McGraw Hill. Recuperado el 19/03/14 en <http://www.uv.es/choliz/EmocionesSociales.pdf>.

Connell, R. (1995). **La organización social de la masculinidad.** Cambridge, Polity Press. Recuperado desde: http://www.berdingune.euskadi.net/u89-congizon/es/contenidos/informacion/material/es_gizonduz/adjuntos/La%20Organizaci%C3%B3n%20Social%20de%20la%20Masculinidad.Robert%20W.%20Connell.pdf

Davidson, D. (2003). **Subjetivo, intersubjetivo, objetivo.** Madrid, España: Cátedra.

De Rougemont, D. (1986). **El amor y Occidente.** Barcelona, España: Editorial Kairós.

Elizondo, M.; Picot, C. (2011). **El sujeto posmoderno en las redes sociales.** Facultad de psicología. UNLP noviembre. Recuperado el 14/12/13 en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1539/ev.1539.pdf

El Nacional (06/11/2013). **125 mujeres han sido asesinadas en la Gran Caracas en lo que va de año.** Versión electrónica: http://www.el-nacional.com/sucesos/mujeres-asesinadas-Gran-Caracas-ano_0_295770481.html

Esteban, M.; Medina, R. y Távora, A. (2005). **¿Por qué analizar el amor? Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género.** Recuperado el 13/03/2013 en:

http://uam.academia.edu/Books/132334/Feminismos_en_la_Antropologia_Nuevas_propuestas_criticas.

Esteban, M.; Távora, A. (2008). **El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas**. Recuperado el 13/03/2013 en: <http://www.raco.cat/index.php/anuariopsicologia/article/viewFile/99354/159761&q=entre+mujeres+haciendo+el+amor+romantico&sa=X&ei=6c4ZUKTTNMSQhQeSi4C4Cg&ved=0CUBUQFjAA>.

Fairclough, N. y Wodak, R. (1997). **“Análisis Crítico del Discurso”**. En van Dijk (coord.), **“El Discurso como Interacción Social”**. Barcelona, España: Gedisa.

Fairclough, N. (2008). **“El Análisis Crítico del Discurso y la mercantilización del discurso público: las universidades”** (versión electrónica). *Discurso & Sociedad*, 2. Recuperado el 15/05/13 en: [http://www.dissoc.org/ediciones/v02n01/DS2\(1\)Fairclough.html](http://www.dissoc.org/ediciones/v02n01/DS2(1)Fairclough.html).

Feixa, C. (1999). **De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud**. Barcelona, España: Editorial Ariel.

Feixa, C. (1996). **Antropología de las edades**. En J. Prat & A. Martínez (eds). *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva – Fabregat*. Editorial Ariel, S.A. Barcelona. Recuperado el 16/01/14 <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/C%20Feixa.pdf>

Fernández, P. (2000). **La afectividad colectiva**. México: Taurus.

Freire, P. (2008). *Pedagogía del oprimido*. México: siglo XXI editores.

Frith, S. (2001) **Hacia una estética de la música popular. En culturas musicales**. *Lecturas en etnomusicología*. Recuperado el 14/12/13 en: http://musica.universidadarcis.cl/wm/analisis/hacia_una_estetica.pdf.

Foucault, M (2010). **Historia de la Sexualidad. Tomo dos: “El uso de los placeres”**. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI

Fromm, E. (1966). **El arte de amar**. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

García, N. (1984). **Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular.** Nueva Sociedad n 71. Recuperado el 1/03/14 en: http://www.google.co.ve/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0CBsQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.nuso.org%2Fupload%2Farticulos%2F1156_1.pdf&ei=u6QkVMbrG8aVgwTbtYKQCw&usg=AFQjCNFAZ51_FxNM34s-bVH16Qe7LuzE3g&bvm=bv.76247554,d.eXY.

_____ (1995) **El consumo sirve para pensar, en Consumidores y Ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización.** México: Grijalbo.

_____ (2002). **Las industrias culturales y el desarrollo de los países americanos.** Recuperado el 10/09/14 en <http://www.oas.org/udse/espanol/documentos/1hub2.doc>

García, B., Rojas, O. (2001). **Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género.** Centro de estudios demográficos y de desarrollo urbano (CEDDU) México. Recuperado el 19/03/14 en: socinfo.eclac.org/publicaciones/xml/9/22069/lcg2229-p3.pdf

Gergen, K. (2003). **El yo saturado,** Madrid: España: Paidós.

Giddens, A. (1992). **La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.** Madrid, España: Ediciones Cátedra

González, M. (2002). **Aspectos éticos de la investigación cualitativa.** Revista Iberoamericana de Educación, num. 29. Recuperado el 10/09/14 en <http://www.rieoei.org/rie29a04.PDF>.

Gómez, L. (2010). **Lentes de género, lecturas para desarmar el patriarcado.** Caracas, Venezuela: Fundación Editorial el Perro y la Rana.

Harvey, D. (1990). **La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural.** Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

Hormigos y Martín (2004). **La construcción de la identidad juvenil a través de la música.** Revista Española de Sociología. N°4. Recuperado el 14/12/13 en: <http://www.fes-web.org/uploads/files/res/res04/11.pdf>

Huggins, M. (2005). **Género, políticas públicas y promoción de la calidad de vida**. Caracas: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (Ildis).

Ibáñez, T (1996). **Fluctuaciones conceptuales en torno a la Psicología y la Posmodernidad**. Caracas: CEP-FHE, UCV.

_____ (1989): **La psicología social como dispositivo deconstruccionista**, en T. Ibáñez (Ed.): El conocimiento de la realidad social. Barcelona: Sendai

Ley Orgánica Sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. Gaceta Oficial N° 38.668 de fecha 23 de abril del 2007. Venezuela

Lyotard, J. (1991). **La condición postmoderna. Informe sobre el saber**. Buenos Aires, Argentina: Editorial R.E.I

Maffesoli, M. (2001). **El tiempo de las tribus**. México: Siglo XXI editores

Margulis y Urresti, s/f ¹). **La construcción social de la condición de juventud**. Recuperado el 20/03/14 en http://correo2.perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/mario_margulis_y_marcelo_urresti_-_la_construccion_social_de_la_condicion_de_juventud_urresti.pdf

Margulis y Urresti, s/f ²). **La juventud es más que una palabra**. Recuperado el 20/03/14 en http://perio.unlp.edu.ar/teorias/index_archivos/margulis_la_juventud.pdf

Martín, E. (1998). **Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud**. Madrid, España: Istmo.

Martínez, M. (2004). **Entre velas y rosas: Algunas dimensiones del amor romántico**. Revista de Ciencias Sociales 13. CIS. Recuperado el 13/03/13 en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/pr/cis/rcs/13/Velas.pdf>

Martínez, D. (2009). **Identidad, Juventud y música pop**. Tramas N 31 México UAM recuperado el 14/12/13 en: <http://132.248.9.34/hevila/TramasMexicoDF/2009/no31/7.pdf>

Maureira, F. (2008). **Amor y monogamia como conductas biológicas**. Gaceta de Psiquiatría Universitaria, 4, 3:326-330. Recuperado el 13/03/13 en <http://www.gacetadepsiquiatriauniversitaria.cl/ediciones/vol4n3sept2008.pdf>

Meras, A. (2008). **Prevención de la violencia de género en adolescentes**. Estudios de juventud N° 62/03. Recuperado el 10/09/14 en: <http://www.injuve.es/sites/default/files/art11.pdf>.

Menéndez, E. (2001). **Biologización y racismo en la vida cotidiana**. Alteridades, vol. 11, núm. 21. Universidad Autónoma de México. Recuperado el 14/12/13 en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74702102>.

Ministerio Público (2013). **Informe Anual de Gestión**. República Bolivariana de Venezuela. Recuperado el 10/09/14 en: http://www.mp.gob.ve/c/document_library/get_file?uuid=017b714e-2c2c-4f03-9de6-0e73c72840bc&groupId=10136

Noticias 24 (21/05/2014). **Violencia en el noviazgo enciende las alarmas en universidades venezolanas**. Portal electrónico <http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/157647/violencia-en-el-noviazgo-enciende-las-alarmas-en-universidades-venezolanas/>

Notiglobo (23/05/2014). **Tribunal Supremo de Justicia reforma el divorcio en Venezuela 2014**. Versión electrónica: <http://www.notiglobo.com/2014/05/23/tribunal-supremo-de-justicia-reforma-el-divorcio-en-venezuela/>

Ortega y Gasset, J. (1997). **Estudios sobre el amor**. Barcelona, España: Óptima

Ortiz, M. (1999). **Los cambios químicos del amor**. Diálogo n. 3 Recuperado el 13/03/13 en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/pr/cis/rccs/13/Descrip.pdf>

Organización de estado iberoamericanos para la educación la ciencia y la cultura (2013). **Latinbarómetro 2013**. Recuperado el 10/09/14 en: <http://www.oibcult.org/web/?-Encuestas-de-habitos-y-consumo->

Platón. (1997) **El Banquete**. Madrid, España: Alianza.

Real Academia Española (2001). **Diccionario de la lengua española**. 22ª edición. Madrid, España.

Ricardi, A. (2011). **Tres pilares epistemológicos en sociología: método, teoría y subjetividad del investigador. Una mirada desde Max Weber y Paul Feyerabend**. APOSTA: revista de ciencias sociales, nº 49, Abril, Mayo y Junio 2011. Recuperado el 10/09/14 en <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/ricardau.pdf>

Ruiz, J. e Ispizua, M. (1989). **Métodos de investigación cualitativa**. Universidad de Deusto Bilbao.

Sangrador, (1993). **Consideraciones psicosociales sobre el amor romántico**. **Psicothema** Vol. 5. Recuperado el 13/03/13 en <http://www.psicothema.com/psicothema.asp?id=1137>.

Sanpedro, P. (2005). **El mito del amor y sus consecuencias en los vínculos de pareja**. **Disenso**, nº45. Recuperado el 13/03/13 en <http://www.aldarte.org/comun/imagenes/documentos/Pilar%20Sanpedro- amor%20rom%20El%20mitico.pdf>

Sennet, R. (2005). **La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo**. Barcelona: España: Editorial Anagrama.

Taylor, J. y Bogdan, R. (1986). **Introducción a los métodos cualitativos de investigación**. Barcelona, España: Editorial Paidós.

Trezza, F. (2006). **Alerta por violencia en parejas jóvenes**. Revista Venezolana de Estudios de la Mujer V.3 N.1 Caracas. Recuperado el 10/09/14 en http://www.scielo.org.ve/scielo.php?pid=S13167012006000100009&script=sci_arttext.

Últimas Noticias (25/ 11/ 2012). **La violencia domestica es recurrente en Vargas**. Año 71. Versión impresa.

Valdés, R. (2013). **La música pop en español: industria artificial y de entretenimiento. Orígenes del fenómeno y su reproducción masiva**.

Multidisciplina N° 14, México. Recuperado el 15/05/14 en www.acatlan.unam.mx/multidisciplina/file.../multi-2013-04-04.pdf

Van Dijk, T. (1997). **“El discurso como interacción en la sociedad”**. En van Dijk (coord.), “El Discurso como Interacción Social”. Barcelona, España: Gedisa.

Vásquez, A. (2011). **La posmodernidad, nuevo régimen de verdad, violenta metafísica y fin de los metarrelatos**. Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas Vol. 29. Recuperado el 14/12/13 en:

Viñuela, L. (2009). **La construcción de las identidades de género en la música popular**. Recuperado el 15/05/14 en <http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/ensayopedagogicos/article/viewFile/4475/4305>